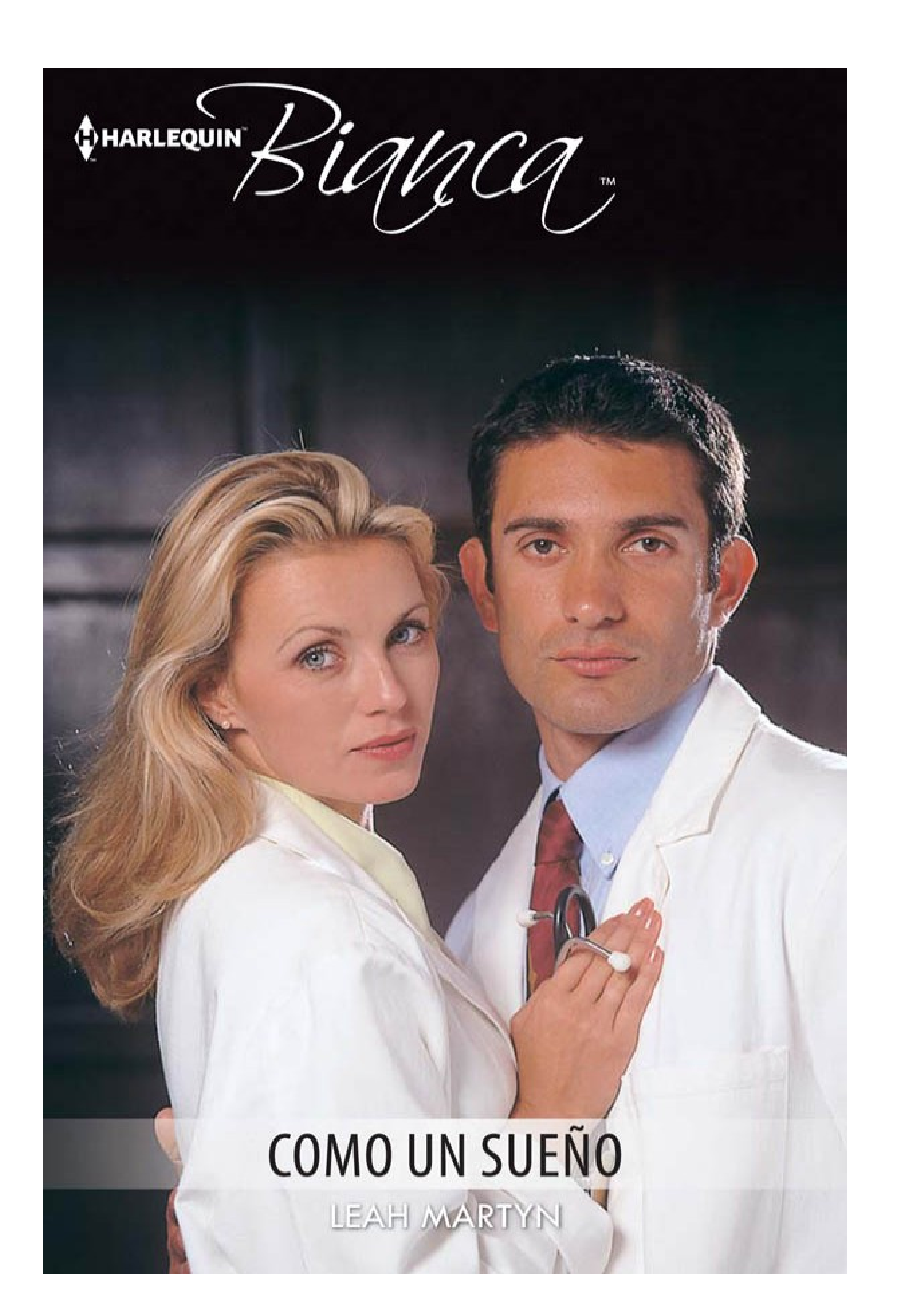

HARLEQUIN
Bianca
COMO UN SUEÑO
LEAH MARTYN

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Como un sueño, n.º 1251 - febrero 2016
Título original: The Loving Factor
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2001

I.S.B.N: 978-84-687-8037-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

Capítulo 1

CATE se alegraba de haberlo hecho.

La noche anterior había conseguido por fin armarse de valor para recoger las cosas de Rick, cosas que sin duda él no había tenido interés en llevarse del apartamento de Cate. Lo había metido todo en una bolsa de basura grande, y en esos momentos estaba a punto de llevarlas a la tienda benéfica de la zona.

Cate frunció la boca con cierto pesar. Su compromiso con Rick había sido breve, pero aún ocho meses después se preguntaba cómo Rick y ella habían podido hacer planes de boda.

En esos momento veía con toda claridad cómo había sido su relación. Al pensar en lo que podría haber ocurrido, sintió un escalofrío por la espalda.

Pero afortunadamente no había pasado nada. Salió del coche con la bolsa al hombro, resuelta a no volver a pensar más en el pasado.

Unos minutos después Cate ya estaba conduciendo su Volkswagen Polo de camino al Centro Médico Ferndale, donde trabajaba como médico de cabecera.

El consultorio estaba situado en uno de los barrios antiguos más urbanizados de Brisbane, y Cate se alegraba de haber pedido el traslado a aquel consultorio más pequeño. Llevaba ya seis meses allí y era la tercera doctora de un grupo de tres.

Los otros dos eran hombres. Peter Maguire, de unos cincuenta y cinco años, era el socio fundador y Jon Goodsirs, que tan solo llevaba dos años en el centro, el otro médico.

Sus compañeros de trabajo del centro eran buenas personas, pensaba Cate mientras avanzaba con lentitud en medio del tráfico de la mañana. Diez minutos después metía el coche en un espacio del aparcamiento trasero de un edificio de piedra de una sola planta.

Salió del coche, sacó el maletín y se detuvo un instante a respirar el aire fresco de aquella mañana de agosto.

Sin embargo, a pesar del frescor, en el aire flotaba el aroma del verano, la promesa de los largos y cálidos días venideros. ¿Qué le

depararía aquella estación? Cate se sintió curiosamente aturdida mientras pasaba por delante de los macizos de arbustos en flor de camino a la entrada trasera.

En la consulta, Cate se quitó la chaqueta y empezó a mirar el correo que Chrissie Jones, la recepcionista, le había dejado sobre la mesa.

De un sobre sacó con alivio las radiografías que había estado esperando. Se puso de pie y colocó la primera de las películas sobre la pantalla iluminada.

–Ah, Cate. Me alegro de que hayas venido –Chrissie asomó su rubia cabeza por la puerta–. ¿Podrías recibir a un paciente que ha llegado algo temprano?

Maldición. Cate le echó una mirada al reloj. De poco le había servido levantarse antes.

–¿Quién es, Chrissie?

–Lauren Bentley.

Cate abrió especulativamente sus grandes ojos marrones. Tan solo hacía seis días que le había hecho a Lauren la revisión posterior al parto.

–Si es urgente, será mejor que la reciba.

La recepcionista hizo una mueca.

–Desde el punto de vista médico no pienso que sea urgente. Aparentemente ha recibido una oferta de trabajo; quiere hablar contigo sobre el bebé antes de comprometerse.

Cate sonrió con pesar.

–En ese caso, será mejor que le digas que pase. Hablaré con ella.

–Gracias, Cate –Chrissie retiró la cabeza y al momento volvió a asomarse–. ¿Querrás tomar un café con nosotras cuando termines?

–Desde luego –Cate metió su bolso debajo de la mesa–. ¿Por cierto, quién está aquí y quién está fuera?

–Jon está en el hospital y haciendo visitas a domicilio, y Peter está honrando el club de golf con su presencia –Chrissie sonrió–. El doctor Whittaker está aquí.

–Creía que tenía que empezar la semana que viene –involuntariamente Cate se llevó la mano a la cadena de plata que llevaba al cuello–. ¿Quiere que le enseñe el centro?

–No ha dicho nada –Chrissie arqueó una ceja–. ¿Te mando ya a Lauren?

–En dos minutos –Cate ahogó un suspiro y se estiró la camiseta negra mientras veía cómo aquel rato que se había reservado libre se

desvanecía como el humo.

Parecía que iba a tener que ser ella la que recibiera a Andrew Whittaker. Qué fastidio. Lo menos que podía haber hecho Peter era estar allí. Después de todo, Andrew Whittaker era su sobrino. Él iba a sustituir a Peter mientras este se tomaba unas vacaciones.

Bueno, molestarse no serviría de nada. Cate se acomodó en su asiento y abrió el archivo de Lauren en el ordenador en el mismo momento en que la paciente entraba en la consulta.

–Gracias por recibirme –Lauren se sentó cuidadosamente en la silla que había junto a Cate–. Me han ofrecido un empleo a tiempo parcial –le explicó–. Tengo una entrevista con el director del colegio esta misma mañana.

–¿Qué te parece compaginar el trabajo con la maternidad?

–Bueno, esto me ha surgido un poco antes de lo que me habría gustado.

–La vida es así, ¿no? –Cate sonrió.

–Sí –Lauren se mordió el labio–. Lo que pasa es que no puedo permitirme el dejarlo. David y yo tenemos una letra mensual por la casa muy gorda.

–¿Has pensando ya en quién va a cuidar del bebé?

Cate repasó rápidamente las notas sobre Lauren. Había tenido un parto rápido y ella y su hijo habían pasado la revisión posterior satisfactoriamente.

–Mi madre se va a ocupar de él –tragó saliva–. Pero en parte siento como si fuera a abandonarlo...

–No pienses eso, Lauren –Cate se apresuró en asegurar a la joven madre–. Si lo deseas, puedes sacarte la leche cada día para que tu madre se la dé al pequeño Scott.

–Esperaba que me dijera eso –Lauren pareció animarse–. No me gustaría tener que destetarlo. Así que... –se acercó un poco más a Cate–. ¿Podría congelar la leche? ¿Y puede calentarla después mi madre en el microondas?

–Lo primero sí, pero lo segundo no –dijo Cate–. Los microondas tienden a calentar algunas partes más que otras y existe la posibilidad de que algunos de los componentes de la leche materna se estropeen durante el proceso. Como los glóbulos blancos, por ejemplo.

–No tenía ni idea –Lauren negó con la cabeza–. Hay tantas cosas en las que pensar.

–No lo conviertas en un problema –dijo Cate–. Mira, no es

demasiado difícil una vez que hayas aprendido a almacenar y descongelar la leche –le explicó–. Y la mejor manera de hacerlo para que no se estropee. ¿Quieres que te apunte unas cuantas directrices? –Cate se acercó un bloc de notas–. Creo que tengo también unos interesantes folletos informativos de la Asociación de Madres. Si te lo meto todo en un sobre y te lo dejo en recepción, tal vez puedas pasar a recogerlo después de la entrevista.

–Estupendo –Lauren se puso de pie–. Le agradezco mucho su ayuda, doctora Clifford.

–Estamos para eso –Cate esbozó una sonrisa deslumbrante–. Recuerda, para esto es para lo que me he preparado. Igual que tú te has preparado para otra cosa.

Lauren esbozó una sonrisa pesarosa.

–Solo que ahora yo tengo tres trabajos, ¿no? Además de enseñar, tengo que ser la mamá de Scott y la esposa de David. Pero soy optimista –soltó una risotada.

Cate acompañó a su paciente hasta la puerta, dejó esta entreabierta y se volvió a estudiar de nuevo la radiografía.

–Buenos días.

Cate volvió la cabeza rápidamente. Se quedó con la vista fija en la puerta y en el metro ochenta de hombre que tenía delante.

–Hola… –suspiró–. ¿El doctor Whittaker?

–Andrew –el hombre en cuestión se adelantó despacio y fue hacia ella–. Y usted debe ser Cate Clifford.

Una sonrisa pausada y provocativa se asomó a sus labios.

Ella asintió mientras sentía la cálida firmeza de su piel al estrecharle la mano.

–Me han encargado que le diga que el café está listo y que si es necesario la lleve a la fuerza –sonrió y apoyó la cadera en la mesa de Cate; entonces arqueó una ceja–. ¿Quiere eso decir que es usted una especie de adicta al trabajo, doctora Clifford?

–No más de lo que nos toca ser a todos en un consultorio pequeño como este –se defendió–. No lo esperábamos hasta la semana próxima… –se calló bruscamente al darse cuenta, demasiado tarde, que sus palabras asemejaban una acusación.

Oh, Dios mío, estaba exagerando. Cate sabía que nada ni nadie la había preparado para la presencia de aquel hombre.

¿Por qué no podía haber sido bajo?, pensaba mientras estudiaba sus bronceadas facciones. O aún mejor, casado. Para no sentir ninguna tentación.

–Peter llegará sobre las nueve y media –dijo Cate en tono seco.

–Mmm, lo sé –Andrew se apartó de la mesa para echar un vistazo por encima del hombro de Cate–. Me voy a quedar con Pete y Ellie hasta que alquile una casa. ¿De quién es el pie? –señaló la radiografía que Cate tenía delante.

Cate respiró hondo para tranquilizarse.

–De un hombre de cincuenta y seis años. Es carnicero. Pasa casi todo el día de pie sobre un suelo de cemento. Tiene molestias en el arco del pie derecho.

–¿Cree que pueda tener una deformación ósea en la parte posterior del pie? –aquellos ojos azules se iluminaron inquisitivamente.

–Bueno... sí.

Entonces él apretó los labios.

–Bueno, está claro por lo que tenemos aquí que no es una deformación ósea. Tampoco se ven lesiones en ningún otro hueso – con la yema del pulgar se acarició la barbilla.

–Tiene un par de quistes en la cabeza del metatarso –Cate señaló la silueta en sombra–. Pero eso no debería ser un problema.

–No –Andrew esbozó una breve sonrisa que iluminó su rostro atractivo–. ¿Entonces, Cate, qué tratamiento le recomendarás al carnicero?

Cate apagó la luz de la pantalla, consciente de los acelerados latidos de su corazón. La proximidad de Andrew Whittaker la turbaba de un modo incomprensible, y Cate empezó a hablar para que él no se diera cuenta.

–Fisioterapia para devolver algo de flexibilidad al pie.

–Tal vez no vendría mal que cambiara el calzado que utiliza para trabajar. Me tropecé con un montón de problemas en los pies en ejército, te lo puedo asegurar.

¿Ejército? Cate pestañeó y entonces hizo memoria. Peter había comentado que su sobrino había estado en las Fuerzas de Defensa australianas como oficial médico durante los últimos años. Aparentemente se había dado de baja hacía relativamente poco tiempo.

Cate le sonrió tímidamente.

–¿Qué te parece trabajar en un centro de barrio?

–¿Distinto, quizá?

–Espero que te las apañes.

–Dios mío, eso espero.

Cate se puso colorada al darse cuenta demasiado tarde de que se estaba burlando de ella con mucha gracia. Por supuesto que se las apañaría. Probablemente Andrew Whittaker habría visto muchas más emergencias que ella.

–Me refería al cambio de ambiente –dijo a la defensiva.

–Lo sé –Andrew se apartó de la pared y se metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón vaquero–. Siento haber sido un sabelotodo.

Cate carraspeó ligeramente. Si Andrew era un bromista, eso no tenía importancia. Su mera presencia era suficiente para que Cate sintiera una extraña turbación que amenazaba con hacer que perdiera la cabeza.

–¿Vamos entonces a tomar ese café?

–Venga –sonrió de nuevo–. Antes de que envíen a alguien a buscarnos.

–Después te enseñaré el centro, si te apetece –se ofreció Cate, para sorpresa suya.

–Gracias –asintió brevemente–. Pero prefiero que sea Pete el que lo haga. Probablemente tendrás una larga lista de pacientes esperándote.

Cate le dirigió una mirada cortante.

–Los viernes siempre pasa lo mismo; todo el mundo viene a solventar sus problemas antes del fin de semana.

–Mmm –parecía pensativo–. Los humanos somos criaturas peculiares, ¿no crees? ¿Vives cerca? –cambió de tema sutilmente.

–No vivo lejos.

Cate le rozó el brazo con el hombro cuando Andrew se retiró para dejarle entrar en la sala de personal. Sus miradas se encontraron y Andrew la miró fijamente durante un buen rato antes de desviar la mirada, dejándola más confusa y turbada que nunca.

–¡Ya era hora, vosotros dos! –Chrissie se puso de pie y empezó a servir café en dos tazas de alegres colores–. Andrew, negro con un terrón, ¿verdad? –la recepcionista le pasó el azucarero.

–Sí –contestó él–. Huele de maravilla. ¿Cate? –le pasó el azucarero con cortesía.

Ella negó con la cabeza.

–No, gracias. Solo le añado leche.

–Buenos días a todos –Bea Harrison, la administradora del centro, entró en la sala muy sonriente–. Hola de nuevo, doctor Whittaker. ¿Se va acomodando?

–Totalmente –sonrió a Bea–. El café también es bueno.

Bea pestañeó.

–Ah, sí –dejó las llaves sobre un estante–. ¿Alguno de vosotros tiene interés en venir a la feria benéfica del colegio mañana?

–No cuentes conmigo –Jessica Royal, la enfermera del grupo, levantó la cabeza pelirroja de la revista que estaba leyendo–. Tengo una día muy apretado. Nos vamos a la playa.

–Y yo juego al hockey los sábados, Bea –Chrissie parecía consternada–. ¿No dijiste que es para recaudar fondos para la orquesta del colegio o algo así?

Bea asintió.

–Mis dos hijos van a participar. Hay un viaje a Adelaide en perspectiva. A los niños les han pedido que toquen en su festival de arte. Será una publicidad estupenda. Pero desgraciadamente todo ello cuesta dinero.

–Supongo que podría pasarme un par de horas –dijo Cate en voz baja–. Jon está de guardia el fin de semana.

–Oh, Cate, ¿podrás? –Bea sonrió de oreja a oreja–. Toda ayuda nos vendrá bien. Y tal vez pueda encontrarte un trabajo en mi puesto de tartas. Tú puedes venir también, Andrew, si no estás ocupado.

Andrew se quedó sorprendido.

–Yo... esto... Estoy buscando piso, Bea. Lo siento.

–Menuda excusa –Cate ahogó una sonrisa ante su claro dilema.

Andrew levantó la taza.

–Ya veremos –dijo y sonrió con humor al tiempo que se llevaba la taza a los labios.

Sentada ya a su mesa unos minutos más tarde, Cate apoyó la barbilla entre ambas manos y se quedó mirando al vacío. Suspiró largamente. Una luz de emergencia parecía parpadear en su mente. Debía mantener los pies en el suelo...

Suspiró de nuevo y descolgó el teléfono para llamar a su paciente el carnicero, Trevor James. Mientras marcaba el número seguía dándole vueltas a la cabeza.

Esperaba que Andrew Whittaker poseyera el sentido común necesario para llevar una consulta de medicina general. ¿Y si no era así? Cate desestimó aquella idea. Tendrían que tratar de llevarse bien de alguna manera. Después de todo, no tenían por qué estar todo el día pegados el uno al otro.

Mientras esperaba a que Trevor contestara el teléfono, Cate

abrió el cajón para buscar algunos folletos para Lauren Bentley.

Y también estaba Madeleine Twigg. Cate pensó en la señora mayor, abandonada en su vieja casa sin nadie que cuidara de ella. Aunque eso bien podría cambiar. Tendría que buscar un momento para hablar con Pete y Jon de la señora Twigg. Había que intentar alojar a aquella pobre mujer en algún hogar de ancianos con urgencia. Aunque conseguir que ella accediera era también otro problema.

Nada más terminar de hablar con el carnicero, Cate oyó una algarabía fuera del despacho. Levantó la cabeza, muy nerviosa. Ya habían intentado robar en el centro en una ocasión, un drogo dependiente pidiendo metadona. La experiencia había sido una pesadilla...

–¿Cate, puedes venir? –Chrissie llegó sin aliento a su puerta–. Es el señor Cameron. ¡Ha sufrido un colapso!

Cate aspiró con fuerza. El destacado parlamentario era paciente de Pete.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó mientras corrían juntas por el pasillo de camino a la sala de espera.

–Se quejó de una indigestión. Dijo que quería ver al doctor Maguire –Chrissie se mordió el labio de abajo–. Y entonces se le pusieron los ojos en blanco... Ha sido horrible...

–Llama una ambulancia, Chrissie –Cate dijo rápidamente.

Cuando miró hacia la sala de espera vio que Andrew Whittaker se había hecho cargo de la situación. Apretó los labios. Solo les faltaba eso; un posible ataque cardiaco en la sala de espera y con los primeros pacientes a punto de llegar.

Jessica también se había acercado corriendo y en pocos segundos le aflojó la corbata al señor Cameron y le desabrochó los primeros botones de la inmaculada camisa blanca.

Andrew intentaba encontrarle el pulso con cara de preocupación.

–Nada –dijo al momento–. Vamos a necesitar la maquina de oxígeno, por favor. ¡Rápido!

Jessica salió volando.

A Cate se le hizo un nudo en el estómago. Al momento se arrodilló junto a Bart Cameron y empezó a darle un masaje cardiorespiratorio. Los ataques cardiacos se presentaban sigilosamente. Cate pensaba en eso mientras contaba el ritmo de cabeza. Golpeaban sin previo aviso, elegían a sus víctimas al azar...

–Continúa, Cate –dijo Andrew con desasosiego y Cate sintió que le apoyaba una mano firme y cálida sobre el hombro–. Traeré un tubo. ¡Y, Chrissie! –se volvió y la miró con intensidad–. ¡Esto no es un espectáculo de cabaret! Cierra las puertas y mete a los pacientes en otro sitio durante un rato –se volvió hacia Cate–. ¿Tiene pulso?

–No.

Maldijo entre dientes.

–De acuerdo, pongámosle la máquina. ¿Es algún pez gordo? –preguntó mientras colocaba una de las planchas sobre el pecho del hombre.

–Un parlamentario –dijo Cate.

–Es lógico –Andrew apretó los dientes y encendió la máquina.

Cate percibió el ritmo del silencio mientras la máquina se cargaba.

–¡Aparta! –se oyó la voz profunda de Andrew mientras le daba las descargas.

Cate apretó los labios, le buscó el pulso y negó con la cabeza.

–¡Adrenalina! –rugió Andrew, y Jessica le pasó la dosis que tenía preparada en la mano.

Cate rezó en silencio para que funcionara mientras Andrew le inyectaba el estimulante y se preparaba para darle otra descarga.

–¡Aparta!

–Tenemos pulso –le confirmó Cate–. Y respiración espontánea.

La expresión de Andrew se relajó visiblemente.

–Ya era hora.

–Y aquí está la ambulancia –Jessica se puso de pie apresuradamente y fue hacia las puertas para dejar pasar a los enfermeros.

–¿Adónde lo enviamos? –Andrew se apoyó sobre el mostrador de recepción y empezó a escribir en la cartulina que Chrissie le había dado.

Cate se hizo a un lado mientras colocaban la camilla junto al enfermo y lo levantaban cuidadosamente.

–Al hospital Princesa Alejandra –dijo Cate–. Es el más cercano y el personal es bueno. Lo atenderán bien.

–Dile a Pete que me he ido con el señor Cameron –Andrew le puso la mano en el hombro al paciente–. Volveré en cuanto sepa algo.

–¿Andrew? –Cate corrió tras él.

–¿Sí? –se volvió y la miró un momento.

Ella le sonrío.

–Gracias.

–Lo mismo digo –contestó y la miró con intensidad antes de volverse y seguir a la camilla a través de las puertas de cristal.

Cate aspiró hondo. Volvió rápidamente a su consulta mientras se imaginaba aquella mirada inquisitiva siguiéndola.

Entró en su consulta y resopló con incredulidad y exasperación. Andrew Whittaker solo estaría allí unas semanas, y probablemente andaría a la caza, buscando alguien con quien divertirse después de salir del ejército.

¿Qué demonios le ocurría? ¿Acaso era adicta de algún modo a los hombres poco recomendables?

Se sentó en la butaca para tranquilizarse un poco, empeñada en rechazar el silencioso mensaje que había visto en los ojos increíblemente azules de Andrew Whittaker.

Capítulo 2

A MEDIDA que avanzaba la mañana, Cate sintió que había conseguido controlar la situación. Claro estaba, sin contar el maldito papeleo.

Cuando se hubieron marchado sus últimos pacientes, empezó a pasar las notas al ordenador. Al poco oyó que llamaban a su puerta y levantó la cabeza.

Chrissie se asomó.

–Me voy a la cafetería, Cate. ¿Quieres que te traiga algo de comer?

–¿Dios mío, tan tarde es? –Cate frunció el ceño mientras miraba el reloj–. Mejor será que traigas sándwiches para todos, Chrissie –se apartó de la mesa y se estiró–. Creo que Peter quiere que nos reunamos durante la hora del almuerzo.

–Pobre –la recepcionista hizo una mueca–. De acuerdo. Atracaré la caja chica.

–Buena idea –Cate sonrió y volvió al teclado–. ¿Ha vuelto ya Andrew?

Chrissie se encogió de hombros.

–No lo he visto.

Cate se mordió el labio inferior, sin saber si se alegraba o no.

Andrew tardó en volver del hospital. Tenía mucho en qué pensar.

De acuerdo, hacía mucho tiempo, más de un año ya, que no había en su vida ninguna mujer. El ejército no había sido el lugar más propicio para entablar, menos aún para mantener, una relación.

Pero eso ya había terminado. Más animado, avanzó por la acera hacia la calzada mientras repasaba mentalmente los acontecimientos de esa mañana.

Entre ellos, su encuentro con la doctora Clifford.

¿Qué perfume llevaría? Estaba totalmente despistado con ese tipo de cosas últimamente. Pero aún lo recordaba. La suave

fragancia se había quedado impregnada en la manga de su jersey cuando ella lo había rozado al pasar.

Tenía una bonita figura también. Andrew sonrió. La camiseta negra y los pantalones de pinzas le ceñían amorosamente las suaves curvas de su cuerpo.

De repente, sin previo aviso, sintió una punzada de deseo, un anhelo que no había experimentado desde hacía muchísimo tiempo.

¡Maldición! No podía ser; tenía que controlarse. Pero, por otra parte…

Andrew apretó el paso, deseoso de volver a verla.

Cate se cepilló el pelo y se puso un poco de carmín en los labios antes de unirse al resto para almorzar en la sala de personal.

Bea colocó los sándwiches en una fuente y llenó el filtro de la cafetera con eficiencia.

–Hay agua hirviendo en el hervidor, por si alguien prefiere té –dijo.

–Yo, Bea, muchas gracias –Cate bajó una taza y abrió un paquete de té nuevo.

–Ya que estás ahí, prepárame uno a mí también.

Cate oyó la voz profunda de Pete que entraba en ese momento por la puerta y sonrió.

–Enseguida –respondió Cate–. ¿Va a venir Andrew?

–Sí, eso creo. Me llamó desde el hospital. Bart está mejor. Supongo que nos contará más detalles cuando llegue.

–Qué susto os habéis llevado esta mañana, ¿no? –Jon Goodsir dejó una carpeta sobre la mesa y fue a servirse un café–. Chrissie no hacía más que decir tonterías –Jon sonrió.

Cate se encogió de hombros.

–Podría haber sido peor de haber estado la sala de espera llena.

–Siempre he dicho que Bart es muy puntual –Pete sonrió y seguidamente se puso serio–. Pero esta vez le voy a poner algunos límites y va a tener que cumplirlos. Si no por su bien, al menos por el de Mary.

–Probablemente tiene sobrepeso, ¿no? –dijo Jon con la boca llena de sándwich vegetal–. Demasiado picar en el comedor del parlamento.

–No está demasiado obeso –Peter removió su té pensativamente–. Pero tiene un trabajo muy estresante.

–Y el señor Cameron está en una edad crítica para este tipo de problemas –dijo Cate recordando aún la palidez de Bart Cameron cuando se lo había llevado la ambulancia.

Peter asintió y tomó un sándwich.

–Tengo la intención de pasárselo a Andrew, de todos modos.

–¿Alguien está hablando mal de mí?

Andrew entró en la sala con brío, saludó a todos, se sirvió un café y se sentó junto a Cate.

–Veo que has sabido volver hasta aquí –Peter sonrió a su sobrino.

–Desde luego –Andrew se sirvió azúcar–. Bueno, ha sido el taxista el que me ha traído –dijo con una sonrisa; seguidamente miró a Jon y le tendió la mano–. Creo que no nos conocemos. Por si no lo has adivinado, soy Andrew Whittaker.

–Peter te ha mencionado de pasada –dijo el otro en tono seco y le estrechó la mano con firmeza–. Jon Goodsir.

–Lo siento –dijo Peter–. No sé dónde tengo los modales. Jon es nuestro campeón de squash y el tercer miembro de nuestro equipo médico.

–Ese soy yo –Jon soltó una carcajada–. Tengo treinta y cinco años, mi esposa se llama Claire y tengo un niño de tres años. Ataca –lo invitó, señalándole la fuente de sándwiches.

–No tengo hambre, gracias –Andrew dijo con educación–. Me tomé algo en la cafetería del hospital.

Jon se echó a reír.

–Entonces debías de tener bastante hambre.

–He comido en sitios peores –contestó Andrew en voz baja...

–Supongo que sí –dijo Cate que aún no había abierto la boca–. Peter nos contó que formabas parte del destacamento que enviaron para socorrer a la población de Nueva Guinea después de aquel horrible maremoto.

–Lo dices como si fuera un héroe, Cate –se pasó la mano por los cabellos negros–. Solo estaba haciendo mi trabajo.

Cate bajó la vista. ¿Cómo podía hablarle así? Intentó tragar el nudo que se le formó en la garganta.

–¿Qué te parece la vida civil? –preguntó Jon con notable diplomacia.

–Bien –Andrew respondió con brevedad y le echó una mirada interrogante a su tío–. ¿Quieres que te ponga al corriente sobre Bart Cameron?

–Sí, creo que sería lo mejor –Peter se sacó las gafas del bolsillo de la camisa y se las puso–. Después de todo, se suponía que esta iba a ser una comida de trabajo.

–Su pronóstico es reservado, pero está estable –Andrew agarró la taza de café con ambas manos–. Parece que el infarto de miocardio ha sido relativamente leve.

–Entonces el hombre ha tenido suerte –Peter empezó a tomar notas en la ficha de Bart Cameron.

–Hablé con el cardiólogo que estaba de servicio –siguió diciendo Andrew–. Le están suministrando medicamentos por vía intravenosa y está conectado a un electrocardiograma para monitorizar cualquier cambio.

Peter miró a su sobrino.

–¿Cuál es el pronóstico inmediato?

–Espera a ver. El doctor Beresford dijo que continuarán con los ejercicios y tests de estrés durante un par de días.

–Sus últimos niveles de colesterol no eran tan preocupantes, la verdad –dijo Peter.

–Su esposa llegó antes de que yo saliera del hospital –Andrew se arrellanó en el asiento y entrelazó las manos detrás del cuello–. Ellie estaba con ella.

Peter Maguire asintió.

–Somos amigos desde hace años. Conozco las preocupaciones de Mary en relación con el volumen de trabajo de tiene Bart. Y yo se las comunico a Ellie –añadió con cierto arrepentimiento.

–Por eso será que te ha animado a que te tomes unas largas vacaciones.

–Probablemente –Peter hizo una mueca–. Y, hablando de vacaciones, hemos pensado en marcharnos a finales de la semana próxima, si os parece bien a todos.

Paseó lentamente la mirada por el equipo médico que ocupaba la mesa.

Cate se mordió el labio. En realidad, detestaba pensar que Peter se fuera a marchar, aunque tan solo fuera temporalmente. Era el alma de Ferndale y, se dieran cuenta o no los demás, todos dependían de algún modo de su serena sabiduría y de la tranquilidad con que se enfrentaba a todas las situaciones.

La idea de que Andrew Whittaker lo reemplazara llenó de pronto a Cate de turbación...

–No te olvides de que tu fiesta de despedida es en nuestra casa –

le recordó Jon–. Dinos qué noche te viene bien.

–En realidad no hay necesidad... –la leve protesta de Peter fue rechazada por todos inmediatamente–. Bueno, de acuerdo –se encogió de hombros con resignación–. Muchas gracias a todos. Entonces lo haremos el sábado, si a Claire le parece bien. Ellie y yo planeamos marcharnos el domingo. Vamos a pasar un fin de semana en la costa antes de salir para Irlanda.

–Espero que no os topéis con ninguna sorpresa cuando lleguéis allí –comentó Jon.

Todos sabían que los Maguire estaban deseando investigar sus respectivos árboles genealógicos.

Peter hizo una mueca.

–Ellie cree que es posible que encontremos algunas ovejas negras.

–¿Solo algunas? –Andrew se echó a reír–. ¿A ti qué te parece, Cate?

Volvió la cabeza y lo miró, encontrándose de lleno con aquellos impresionantes ojos azules. Eran tan luminosos como el mar al amanecer, pensaba aturdida.

–¿Qué pienso de qué?

–De indagar el árbol genealógico –arqueó las morenas cejas–. Podría ser divertido hacerlo juntos alguna vez –sonrió y se le formó un hoyuelo en la mejilla–. Si tienes interés, claro...

Cate aspiró y desvió la mirada.

–¿Y si nos ponemos con asuntos más serios? –dijo Jon y miró la carpeta que tenía delante–. Me gustaría hablaros a todos de Shannon Hayward. Los análisis de médula indican una leucemia linfoblástica aguda.

–Ay, Dios mío –Peter negó con la cabeza–. Esa es la familia que vive en los pisos de protección oficial de la calle Balmain, ¿no?

–Kurt y Ginny –le confirmó Jon–. Son unos luchadores. Harían cualquier cosa por sus hijos.

–La señora Hayward está en mi lista –dijo Cate en voz baja–. Esta noticia tiene que haber sido un duro golpe para ellos.

–¿Cuántos años tiene la niña? –Andrew miró a todos con mirada alerta.

–Siete –Jon se frotó la frente con un dedo–. Tiene una hermana, Brit, de nueve años.

Andrew se inclinó hacia delante.

–El pronóstico para un niño afectado de leucemia es mucho más

esperanzador hoy en día. ¿Están ya con algún psicólogo?

–Oh, desde luego –contestó Jon–. Y yo he hablado con ellos, pero de verdad no sé si lo habrán entendido o no. Lo más probable es que más adelante les surjan un montón de preguntas –dijo–. Cuando empiecen a asimilar el diagnóstico.

–Y si no estás tú, quieres que Cate o yo los atendamos y escuchemos –Andrew lo miró con sagacidad.

–En una palabra, sí –Jon estiró el brazo y metió la mano en la lata de galletas que Bea había dejado allí–. Es bastante posible que los padres, y los abuelos también, vengan a nosotros para que les demos respuesta a algunas de sus preguntas.

Andrew asintió con solemnidad.

–Considéralo hecho.

–También por mi parte –dijo Cate, sabiendo que el hospitalizar y dar tratamiento a un niño hacía que los familiares se sintieran tremendamente vulnerables.

–Gracias a los dos –Jon sonrió brevemente–. Cuando Peter se vaya no queremos que el buen nombre de Ferndale se vaya al traste. Y me gustaría pensar que podríamos darles a los Hayward todo el apoyo que necesitan.

–Hablando de apoyo... –Cate se inclinó hacia delante y apoyó los brazos sobre la mesa–. No sé ya lo que debo hacer con Madeleine Twigg –se volvió, miró a Andrew brevemente y prosiguió a explicarle–. Mi paciente tiene más de ochenta años. Vive en una vieja casa medio en ruinas. Tiene mala salud, especialmente el corazón. Está tomando digoxina, pero dudo que se acuerde de tomar la medicación. Y se niega a que le lleven la comida preparada a casa.

–¿Cómo se las apaña para hacer la compra? ¿O es que no la hace? –Andrew frunció el ceño.

–Ha hecho un trato algo incierto con una joven vecina llamada Roxanne –dijo Cate–. Parece bastante amable y, aparentemente, Madeleine le ha dado la llave de su casa. Pero resulta de lo menos satisfactorio. Quiero decir, Roxanne podría entrar un día y encontrarse con, bueno, cualquier cosa.

Peter se mostró práctico.

–Podrías hablar con el equipo de atención a la tercera edad del hospital Princesa Alejandra para que le hagan una visita, Cate. Ellos le recomendarán algún centro adecuado si el caso lo justifica, y la señora Twigg tendrá que aceptarlo.

–He pensando ya en eso –Cate se mordió el labio–. Pero parecería que estamos obligando a una señora mayor. Es una mujer tan orgullosa. Independiente hasta decir basta...

–¿Qué opciones tienes? –la profunda voz de Andrew la interrumpió.

Cate flexionó los dedos.

–Bueno, he oído hablar de un nuevo hogar de ancianos en Chelmer. He hablado con el director y aún hay algunas plazas libres. Madeleine tendría su propia habitación y todos los cuidados. Podría pagarlo de su pensión y aún le sobraría un poco. ¿Pero cómo convencerla? –Cate se encogió de hombros.

–A su edad, es muy posible que tenga mucho miedo a los cambios –dijo Andrew en voz baja–. ¿Crees que ayudaría en algo si la lleváramos a ver el sitio?

A Cate la sorprendió su voluntad de involucrarse. En ese momento se dio cuenta de que no sabía casi nada del hombre que tenía delante.

–¿Cuándo tenías pensado visitar de nuevo a la señora?

Cate se ruborizó levemente al darse cuenta de que Andrew estaba esperando una respuesta por su parte. ¿Pero acaso estaba dispuesta a que la vigilara así? De otro modo, tampoco tenía elección. Tragó saliva.

–¿El lunes por la tarde, tal vez?

–Me viene bien –ladeó la cabeza para que ella lo mirara.

–De acuerdo... –se puso de pie apresuradamente–. Hablaremos de eso después. ¿Podéis excusarme los demás? Tengo que hacer una visita en el hospital.

Una vívida exhibición de alhelíes y rosas de invierno adornaban la entrada trasera del edificio del hospital, donde Cate aparcó el coche. Al entrar en el edificio agradeció el anonimato que ofrecía la enorme institución y el poder estar lejos de... ¡Diantres! ¿Por qué tenía que sentirse tan confusa, tan inquieta? Casi sentía miedo...

Su paciente estaba en la sección de maternidad del Santa Ana, un inmenso complejo de instalaciones parte públicas, parte privadas, dirigido por las Hermanas de la Caridad. Primero en el ascensor de camino al tercer piso, y después al pasar por delante de la enfermería, Cate se sintió de nuevo en casa.

No parecía que hubiera pasado tanto tiempo desde que había

hecho las prácticas de obstetricia allí. Sonrió con nostalgia al recordar lo bien que lo había pasado.

–¿Cate, eres tú? –Lyn Scali, la enfermera jefe, la saludó desde detrás de un enorme ramo de flores de colores–. Esta mañana han nacido los primeros trillizos en dos años –señaló el ramo–. Acaba de llegar para la nueva mamá. Es de alguna revista de mujeres, creo. Es la única que tiene los derechos de la exclusiva y todo eso.

Cate sonrió.

–Los niños ya son famosos entonces, ¿no? –se apoyó sobre el mostrador–. ¿Qué hay de nuevo, Lyn?

–¿Estás aquí para ver a Kelly Davenport?

–Solo me he pasado a hacerle una visita –dijo Cate.

–El médico está muy contento por ella –Lyn sacó unas notas–. Pero tendrá que guardar reposo en casa.

–Mmm –Cate examinó la ficha–. Me preocupaba la posibilidad de que sufriera pre eclampsia. Retenía muchísimo líquido y sufría terribles dolores de cabeza.

–Parece un globo la pobre –dijo Lyn pensativa.

–Y aún le quedan tres semanas.

La enfermera negó con la cabeza.

–No lo conseguirá. Me apuesto lo que quieras a que volveremos a verla a mediados de la próxima semana.

–Me quito el sombrero ante tu indiscutible instinto –dijo Cate con una sonrisa–. Gracias, Lyn. Será mejor que me dé prisa.

–He oído que hay un nuevo médico en Ferndale –le dijo Lyn con una sonrisa luminosa.

Cate se puso colorada.

–¿Cómo lo has sabido?

–He estado hablando con Claire.

–Había olvidado que erais amigas.

–¿Y bien? –Lyn la coaccionó con exasperación–. ¿Cómo es?

–Está bien, supongo. Parece saber lo que hace.

–¡Por favor! –Lyn se echó a reír–. Bueno, ya lo veré con mis propios ojos. Claire me ha invitado a la fiesta de despedida de los Maguire.

–Ah, muy bien.

Involuntariamente Cate estudió la belleza pelirroja de Lyn y el corazón le dio un vuelco. Seguramente Lyn sería más el tipo de Andrew.

–Será mejor que me vaya, Lyn –se despidió Cate.

–Claro. Nos veremos pronto –Lyn sonrió algo confusa mientras veía a Cate alejarse.

Cate fue hacia la sala donde había cuatro camas, entró y saludó amigablemente a las mujeres acomodadas bajo los alegres cubrecamas.

–¿Cómo te encuentras, Kelly?

–Mejor que cuando viniste ayer. Gracias de nuevo por venir a casa. El doctor Wyse ha dicho que probablemente pueda marcharme mañana por la mañana a casa –añadió con alegría.

–¿Para qué? –Cate fue directa–. ¿Para ir detrás del pequeño Tim? Cuidar de un niño de dos años no es lo más recomendable para ti en este momento, Kelly.

–Lo sé –la joven madre se enrolló un mechón de pelo rojo al dedo–. He hablado con mi cuñada. Ahora no está trabajando. Va a venir cada día a cuidarnos a los dos. Y el jefe de Antón le dijo que puede tomarse las vacaciones en cuanto nazca el niño.

–Bien pensado –Cate sonrió–. ¿Te das cuenta de que podría adelantársete, Kelly?

–Mmm. El doctor Wyse dijo que debo estar preparada, y ya tengo la maleta lista –se mordió el labio inferior–. Con Tim rompí aguas en casa. ¿Me pasará lo mismo esta vez?

–Estáte preparada para ello –Cate se puso de pie y colocó la silla junto a la pared–. Pero ningún embarazo es igual a otro. Tan solo asegúrate de tener unas compresas super absorbentes y algunas toallas a mano para poder venir al hospital más cómodamente si rompes aguas.

Kelly se echó a reír.

–La última vez fue horrible. Antón y yo éramos tan inexpertos. Ninguno de nosotros supo lo que estaba ocurriendo. Para colmo de males, yo me puse a temblar y no daba pie con bola.

–Las alegrías de la maternidad –Cate le puso la mano en el hombro–. De todos modos estate preparada. Tal vez te pase lo mismo con todos tus hijos.

–¡Este desde luego será el último! –Kelly se abrazó el abdomen–. Antón ha accedido a hacerse una vasectomía.

Cate ahogó una sonrisa, sabiendo por experiencia que con la llegada de un bebé sano y la alegría que eso proporcionaba a los padres, las parejas solían cambiar de opinión y optar por un método anticonceptivo menos permanente.

Cate completó la consulta de la tarde lentamente. Su última cita era con un paciente nuevo, una mujer de cincuenta años llamada Beris Russell. La señora Russell quería que la aconsejara para ayudarla a llevar mejor la menopausia.

–No pienso tomar hormonas, doctora –Beris Russell fue franca–. Me han dicho que provocan un aumento de peso.

Cate se retiró un mechón de pelo detrás de la oreja. La misma historia de siempre, pensó.

–Señora Russell –empezó a decir, pero la mujer la interrumpió.

–Por favor, llámeme Beris.

–Muy bien –Cate sonrió–. Pero antes de hablar de la terapia hormonal sustitutiva, ¿por qué no me habla un poco de su estilo de vida y de cómo le está afectando la menopausia?

Cuando se inclinó hacia delante y escuchó a su paciente, Cate se fijó en que iba bien vestida, bien peinada y discretamente maquillada. Al menos eso era una ventaja. Aunque la menopausia era una fase natural en la vida de una mujer, muchas le habían dicho a Cate lo mal que se sentían y que como resultado de ese malestar ni siquiera se molestaban en cuidar su apariencia.

–Trabajo en la Galería Sandstrom del centro de la ciudad –dijo Beris Russell–. Soy una especie de ayudante del conservador, y mi trabajo me fascina –tragó saliva–. No me gustaría perderlo.

Cate la miró con interés.

–¿Hay posibilidad de que eso ocurra?

Beris se encogió de hombros.

–Con estos sofocos que me dan me siento mucho menos segura de mí misma. Normalmente soy una persona muy vital, pero últimamente estoy tan olvidadiza –se calló y sonrió a Cate–. ¿Podrá creer que metí mi cartera en un sobre que tuvimos que enviar en la galería y lo eché al correo?

–¿Se lo devolvieron? –Cate se mordió el labio inferior para no sonreír.

–Afortunadamente, sí –la miró con remordimiento–. Tenía la intención de llevar esto yo sola, ya me entiende. Pero después de ese pequeño incidente, decidí buscar ayuda profesional.

–Ha hecho bien –Cate asintió–. Porque hoy en día podemos hacer bastante cosas para aliviar algunos de las fastidiosas etapas de la menopausia. Y no se deje desanimar por informaciones erróneas sobre la terapia hormonal sustitutiva, Beris. Lo sé, no es para todas

las personas, pero tampoco debe olvidar las ventajas.

–¿Y lo de ganar peso? –presionó Beris–. ¿Es eso cierto?

Cate le explicó.

–La progesterona, una de las hormonas femeninas sustitutivas puede, de hecho, disminuir la actividad intestinal normal. Pero si lleva una dieta equilibrada, tal vez evitando las cenas copiosas, eso le puede ayudar. Y el ejercicio es beneficioso. No quiere decir que tenga que meterse en el gimnasio. Caminar es estupendo –Cate sonrió–. Y muy barato.

–Me encanta caminar, la verdad. Entonces, doctora... –Beris parecía confusa–. Si hago lo que me está sugiriendo, ¿podría probar el tratamiento hormonal sustitutivo?

–Sí, podría intentarlo –Cate prefirió ser cautelosa–. Pero primero debo abrirle una historia médica y hacerle un reconocimiento completo para asegurarnos de que es usted una candidata adecuada.

La paciente pareció quedarse satisfecha con eso.

–¿Podría hacerlo hoy?

Cate echó una mirada a su reloj de pulsera y pensó que su jornada laboral no iba a terminar todo lo pronto que ella había esperado. Pero faltaría a su obligación si despidiera en ese momento a Beris, especialmente después del esfuerzo que había hecho la mujer para no faltar a la cita.

–Claro –Cate sonrió y le explicó a la mujer todas las pruebas que tendría que hacerse.

–¿También una mamografía? –Beris pareció sorprenderse.

–¿Cuándo fue la última vez que se hizo una?

–La verdad es que hace bastante tiempo –reconoció.

–Le daré un volante para eso –Cate escribió en un bloc–. El sitio que mejor le viene es el Hospital Wesley, y allí la atenderán muy bien. Podrá pedir cita por teléfono –Cate levantó la cabeza; su paciente se había quedado muy quieta–. ¿Hay algún problema?

–No... –Beris negó con la cabeza–. Solo estaba pensando. Parece todo bastante complicado, ¿verdad? –hizo una mueca–. Creía que íbamos a mantener una pequeña charla y que después me daría un folleto o algo...

Cate continuó escribiendo.

–Eso no le proporcionaría un resultado satisfactorio, ¿no cree?

–Por supuesto que no –Beris se apresuró a coincidir–. Y no me tome a mal, doctora Clifford. Le agradezco muchísimo lo que está haciendo por mí.

Empeñada en poner al día el papeleo, Cate se quedó en el centro después de marcharse la paciente; suponía que Pam Vickers, la señora de la limpieza, era la única que quedaba en el edificio.

Aquel había sido un día extraño, pensaba con pesar, y no tenía que buscar mucho para encontrar la razón. De pronto dejó el bolígrafo, se estiró y empezó a rotar la cabeza para flexionar los músculos del cuello.

Andrew Whittaker había variado el desarrollo de su día de manera importante. Tal vez aún se sentía vulnerable y algo a la defensiva con los hombres.

Pero enseguida se dijo que tenía que olvidar lo que le había ocurrido con Rick. Habían pasado ya muchos meses desde que había roto su relación con él. Ya era hora de volver a la normalidad. Cate se rió de sí misma. Estar libre a los treinta años no tenía nada que ver con ello. Instintivamente, sabía que aún no estaba lista para volver a estar en la onda.

Estiró los brazos, miró el reloj y pestañeó con fuerza. Ya era hora de volver a casa. Se puso de pie despacio y se acercó a la ventana. La tarde de invierno estaba cayendo, era el breve momento entre la luz del día y el ocaso, y los vivos colores de la puesta de sol iluminaban el cielo pálido.

Ensimismada, a Cate le llevó unos instantes darse cuenta de que algo se movía en el aparcamiento que se veía desde la ventana. Parecía ser un hombre corriendo hacia el centro. Tenía una mano pegada al pecho, envuelta en una especie de toalla ensangrentada.

–Dios mío… –suspiró Cate y corrió a abrir la puerta trasera–. ¿Qué ha ocurrido? –gritó con fuerza.

Lo vio ya con claridad. Era un hombre joven, con el pelo rubio atado con una coleta.

–La mano… –estaba sin aliento, claramente asustado.

Cate se apartó para dejarle pasar.

–Soy Cate. Soy uno de los médicos del centro. ¿Cómo se llama?

Él hizo una mueca de dolor.

–Graeme Wood. Dios, cómo duele…

–Venga conmigo –dijo Cate con urgencia–. Le echaré un vistazo.

Parecía desorientado y Cate casi tuvo que empujarle por la puerta de la consulta. Le pidió que se tumbara en la camilla y encendió un foco para examinar la herida.

Al quitarle la toalla Cate hizo una mueca. Tenía un corte profundo e irregular.

–¿Cómo te lo has hecho, Graeme?

Él se mordió el labio con fuerza.

–Soy jefe de cocina en el restaurante que hay un poco más abajo en esta misma calle. Estaba deshuesando un pollo y se me resbaló el cuchillo.

Cate tiró la toalla ensangrentada y utilizó unas gasas para tapar la herida temporalmente.

–Hay que limpiar la herida y darle puntos, me temo –le dijo al joven–. Y desde luego no puede volver al trabajo esta noche.

Él protestó débilmente.

–El viernes es el día más ajetreado...

–Bueno, pues tendrán que arreglárselas sin usted –dijo Cate con determinación–. ¿Es paciente del centro?

Graeme Wood negó con la cabeza.

–Vi coches aparcados fuera y pensé que tal vez hubiera alguien todavía –aspiró hondo y apretó los dientes, como si le doliera mucho–. ¿Podría darme los puntos, doctora?

Cate asintió mientras pensaba que su jornada laboral se iba a extender aún un poco más. ¿Pero qué podía hacer? No podía enviar al pobre hombre a uno de los hospitales de la ciudad para que tuviera que esperar Dios sabía cuánto tiempo.

–Ahora mismo vuelvo –Cate se apartó de la camilla–. Primero tiene que darme algunos datos.

De camino a la recepción todo estaba en silencio. Pam debía de haber terminado ya o estaría tomando un descanso, pensaba mientras entraba apresuradamente en la oficina a buscar los formularios necesarios para abrir una nueva ficha. Absorta en sus pensamientos, no oyó los pasos que iban detrás de ella.

–¿Cate? –dijo una voz profunda–. ¿Qué estás haciendo aquí?

Capítulo 3

ASOMBRADA, Cate levantó la cabeza.

–Andrew –tragó saliva con dificultad–. Creía que ya no quedaba nadie.

–Nadie excepto nosotros dos, según parece. He estado en el despacho de Pete, intentando hacerme con la idiosincrasia del sistema informático.

Y, desde luego, no había dicho ni pío. Cate apretó los labios.

–¿Te las has apañado?

Él sonrió.

–Te lo diré dentro de una semana. Si para entonces no he tirado el cacharro entero por la ventana –se apoyó en el mostrador junto a ella–. No estás trabajando todavía, ¿verdad?

–Tengo un paciente de emergencia –Cate hizo una mueca–. Un joven jefe de cocina de un restaurante cercano. Se ha hecho un corte muy feo.

Andrew hizo una mueca.

–¿Has terminado?

–¡Ojalá! –se volvió para marcharse–. En realidad acabo de empezar.

Andrew la siguió a través de las puertas de vaivén.

–¿Quieres que te eche una mano? –solo de pensar en sentir su aliento en el cuello mientras estaba trabajando no le pareció una perspectiva muy atractiva–. Gracias, pero ya me las apaño sola. Además, oficialmente aún no estás trabajando.

Él sonrió brevemente.

–No me engañes.

Cate se sintió atribulada mientras él la estudiaba con sagacidad.

–Entonces, razón de más para irte a casa.

Se habían detenido en el pasillo y estaban el uno en frente del otro.

–Me encantaría ayudarte –insistió él–. No he tenido un día muy pesado. Tú, por otra parte, pareces agotada.

Cate levantó la cabeza.

–No creas que puedes organizar mi carga de trabajo, Andrew.

–¿Es eso lo que estoy haciendo?

Cate se sintió tremendamente confusa mientras se preguntaba por qué estaba haciendo una montaña de un grano de arena. Pero sabía por qué, y solo deseaba que él se marchara, que se alejara de ella, para poder pensar a derechas.

En lugar de eso se sentía atrapada con él, temerosa de su proximidad y de las sensaciones que la embargaban cuando estaban cerca.

–Cate, deja que te ayude.

Aspiró entrecortadamente cuando él se colocó delante de ella y le agarró la cara con ambas manos. Cate abrió los ojos como platos. Su cabeza le decía que aquello no podía estar ocurriendo, pero su corazón no la escuchaba.

–¿Andrew? –susurró con incredulidad.

–No te opongas a esto, Cate –contestó con voz ronca.

Antes de que Cate pudiera moverse y protestar, Andrew inclinó la cabeza con delicadeza y posó sus labios sobre los de ella. Y el efecto fue devastador.

Un estremecimiento la recorrió de arriba abajo; entonces él se apartó despacio y la miró. Cate se pasó la lengua por los labios, mientras sentía su mirada intensa escudriñándola. Tragó saliva.

–¿Qué quiere decir esto... ?

–Tal vez el tiempo lo dirá –le dijo mientras le acariciaba levemente la mejilla –la miró por última vez antes de retirarle el formulario de entre los dedos inertes–. Veamos... –sonrió triunfalmente–. Vamos a ocuparnos de este pobre hombre, ¿le parece, doctora?

–Arrogante –murmuró Cate entre dientes, sintiéndose totalmente manipulada mientras caminaba detrás de él hacia la sala de curas.

–Si quieres asistirme, yo le daré los puntos –dijo con autoridad.

Cate lo miró enfadada.

–Necesitas practicar, ¿verdad?

–Probablemente –se encogió de hombros con naturalidad.

Mientras él se lavaba y desinfectaba las manos, Cate sonrió de mala gana a su espalda y empezó a preparar el carro de sutura.

Después de ponerse los guantes y la bata, Andrew le puso al paciente una infiltración de lignocaina y esperó a que se le durmiera la mano.

–¿No podría haberle acompañado alguien del trabajo, Graeme? –le preguntó.

–Que va... –el joven negó con la cabeza–. Habrían pensado que soy un cretino.

Andrew miró a Cate significativamente.

–Pues sepa que podría haberse desmayado con toda la sangre que ha perdido –le dijo en tono seco.

–No se preocupe, doctor. Sabía que alguien podría ayudarme.

Casi una hora después, Andrew ató el último punto y se echó hacia atrás para inspeccionar su trabajo.

–Eres bueno.

Cate fue generosa en su alabanza. En realidad, era más que bueno; con habilidad y meticulosidad había cerrado los bordes del corte. Casi con la precisión de un cirujano, pensaba Cate mientras sellaba la herida con un aerosol que la protegería con una película de plástico para evitar infecciones.

Andrew se quitó los guantes.

–Vuelva dentro de una semana para hacerle una revisión –le instruyó al paciente–. Es posible que podamos quitarle los puntos para entonces. E intente que no se le mojen.

Con cuidado, Cate le puso el brazo en cabestrillo.

–Con esto estará más cómodo –le dijo.

–Supongo que estará asegurado en el trabajo –Andrew empezó a soltarse los cierres de la bata–. Pero eso tiene que arreglarlo con su empresa. Le daré un certificado por el tiempo que tenga que faltar al trabajo. En realidad... –miró a su alrededor– lo haré ahora mismo. Ahora vuelvo.

–Yo... me siento algo débil –reconoció Graeme mientras Cate le echaba una manta por los hombros.

–Es lógico –Cate lo miró con preocupación–. Ha sufrido un shock. ¿Dígame, hay alguien que pueda ocuparse de usted en casa?

Graeme se puso de pie con torpeza.

–Mi novia –miró a Cate y le sonrió–. Es enfermera.

–Entonces está en buenas manos –levantó la cabeza al oír que Andrew volvía.

Le dio a Graeme su certificado y unos analgésicos.

–Le doy para un par de días –le instruyó–. Si tiene cualquier problema, llámenos, ¿vale?

–Gracias de nuevo, doctor –Graeme dio un par de pasos tambaleándose ligeramente–. ¿Les importaría llamar a un taxi que me llevara a casa? No me siento del todo bien.

–Yo lo haré –Cate se ofreció, y volvió corriendo a su despacho.

–Vaya día –Andrew dijo al entrar, después de meter a su paciente en un taxi.

–Y qué largo.

Cate estaba agotada, tanto física como mentalmente. Empujó la puerta de entrada y parpadeó con fuerza cuando la luz le dio en los ojos.

Se produjo un extraño silencio cuando Andrew se volvió después de cerrar la puerta. Cate entrelazó las manos y esperó.

Él tragó saliva con fuerza.

–¿Me dejarás invitarte a cenar, Cate?

–¿No te estarán esperando Peter y Ellie? –dijo Cate en tono sereno, y se preguntó cómo era eso posible con lo agitada que se sentía.

Andrew se metió las manos en los bolsillos de atrás.

–Le dije a Ellie que no se ocupara de mí. Ademas, probablemente se habrán ido al hospital a ver a Bart.

Cate lo consideró.

–Bueno, supongo que comer fuera será mejor que tomarme una tostada con queso en casa.

–¿Es eso un sí?

En ese momento, Cate decidió que sería un tanto infantil y grosero rechazar su invitación; ¿además, qué tenía de malo aceptar? Cate asintió.

–Gracias. Me encantaría.

–Esto... aún no conozco la zona –dijo en tono brusco–. Dejaré que elijas un restaurante, pero ten en cuenta que llevo vaqueros.

–Maldita sea –Cate se tocó la barbilla fingiendo estar pensando–. Al diablo un sitio pijo –esbozó una sonrisa breve–. Déjamelo a mí, doctor; conozco el lugar adecuado. Dame dos minutos para arreglarme un poco.

–¿Solo dos?

Cate oyó el tono de humor en su voz. Volvió la cabeza y le sacó un poco la lengua y entonces su corazón se alegró aún más al oír la risa espontánea de Andrew.

Se encontraron en el pasillo a la puerta de la consulta de Cate. Ella se había maquillado un poco, se había cepillado el pelo y puesto un poco de su perfume favorito. Pero al mirarse al espejo tan solo había visto la incertidumbre en sus ojos.

–¿Lista? –Andrew la miró con aprobación y sonrió–. Hace meses que no hago esto, Cate.

Ella pestañeó.

–¿Salir a cenar?

–No... –dijo en tono ronco–. Salir con una mujer.

Salieron por la puerta de atrás y activaron la alarma antes de cerrar. Cate llevaba una chaqueta color mostaza claro a juego con los pantalones. Hacía tan buena noche que no hacía falta abrigo, pensaba mientras le echaba una mirada a Andrew. Notó que había cambiado el jersey de esa mañana por una cazadora azul marino.

–La tenía en el coche –dijo, interpretando su mirada.

–Hace una noche divina, ¿verdad? –Cate miró hacia el cielo, donde brillaba una luna grande y amarilla acompañada de una ristra de estrellas.

–Mmm –Andrew siguió su mirada–. Desde luego es mejor que Canberra en invierno.

–¿Es allí donde estabas?

–De tanto en cuanto –dijo evitando comentar más mientras se detenía junto a su Audi color verde oscuro–. Me imagino que querrás llevarte tu coche, así que te seguiré.

Cate se cruzó de brazos.

–Llamé por teléfono y reservé mesa en Galileo; está muy cerca de aquí.

–De acuerdo –apretó el botón del control remoto que llevaba en el llavero para abrir la puerta–. Nos veremos allí.

Mientras conducía, Cate intentó no pensar en nada más que en el tráfico de aquel viernes por la noche. Pero fue inútil. Cada pocos segundos su pensamiento volvía a Andrew Whittaker y al modo en que había irrumpido en su vida.

Encontraron un sitio donde aparcar en una calle lateral cerca del restaurante, y cada uno aparcó a tan solo unos metros del otro.

Galileo había sido una antigua tienda de ultramarinos la cual habían remodelado y añadido una sección nueva que estaba en un altillo. Allí fue adonde condujeron a Andrew y Cate, a una mesa para dos junto a una estufa barriguda que proporcionaba calor a los clientes.

–Qué lugar más civilizado –dijo Andrew con aprobación.

–Brisbane tiene ahora unos restaurantes muy buenos –Cate se sentó en la silla que él le retiró–. Galileo es uno de mis favoritos.

Al momento, un camarero se acercó a ellos.

–Los dos vamos a conducir –dijo Cate mientras miraba la lista de bebidas.

Andrew le sonrió.

–Supongo que una copa de tinto de la casa no nos hará sobrepasar el límite de alcohol establecido, ¿verdad? Y algo para empezar –añadió–. No sé tú, pero yo me muero de hambre.

–Me apetecería tomar pan de hierbas –sugirió Cate.

Después de pedir se miraron.

–Bueno, Cate Clifford… –Andrew sonrió y rompió la tensión que había entre ellos–. Aquí estamos.

–Sí –pestañeó con incertidumbre y miró a su alrededor.

Las hojas de las plantas que bordeaban el perímetro del altillo estaban cubiertas de rocío y cuajadas de diminutas luces escondidas entre las hojas, como estrellas titilantes.

Extrañamente aturdida, Cate bajó la vista y se miró las manos que tenía sobre el regazo. La calidez e intimidad del restaurante le resultó de pronto desconcertante; se sintió más cerca de él, más sensible a él de una manera que apenas podía alcanzar a comprender.

–Estás muy callada –Andrew paseó la mirada por el rostro de Cate y después continuó hasta la curva de sus pechos.

–Solo me estoy relajando –Cate se mordió la lengua por haber mentido y se llevó la mano a la garganta, como si quisiera protegerse de su firme escrutinio–. ¿Crees que te va a gustar trabajar en la medicina general?

Fue una pregunta ridícula, pero también lo mejor que se le ocurrió.

–¿Qué es lo que no me va a gustar? –se encogió de hombros–. Hice mis prácticas de medicina general, así que tan solo es una cuestión de repasar un poco la lección. Pero, para contestar a tu pregunta, sí. Estoy deseando sustituir a Pete. ¿Llevas mucho tiempo en Ferndale?

–Seis meses –levantó la vista y le dio las gracias al camarero cuando les llevó el vino a la mesa.

–¿Es el primer sitio donde practicas la medicina general?

–¡No, por Dios! Estuve en un centro en Santa Lucía antes de venir aquí.

–¿Santa Lucía? –Andrew la miró por encima del borde de las gafas–. ¿No es ahí donde está la Universidad de Queensland?

Ella asintió y repentinamente se sintió agobiada al pensar en su

relación con Rick De Lisle.
–¿No fue una buena experiencia?
La voz de Andrew le llegó como desde muy lejos. Cate recobró rápidamente la compostura.
–Era un centro muy grande. Había demasiados egos que alimentar –le temblaron las manos levemente al ir a levantar la copa–. Estoy mucho más contenta en Ferndale. Salud.
Levantó el vaso y alzó la barbilla, como si rechazara elegantemente continuar con el tema.
Andrew decidió que detrás de aquello había una historia. Cate Clifford se había mostrado casi aterrada. Como un animal asustado por los faros de un coche. Tal vez algún día confiara en él lo suficiente como para contárselo.
Llegó el pan de hierbas y Andrew lo engulló como si llevara una semana sin comer.
Tras haber recobrado la compostura, Cate lo miró divertida.
–¿Qué has almorzado?
–Algo que llevaba pescado –sonrió–. ¿Te parezco un salvaje?
Ella negó con la cabeza. Al contrario, le resultaba muy tierno ver a un hombre hecho y derecho disfrutar tanto de una comida tan simple.
–¿Has estado casada alguna vez, Cate?
Ella desvió un poco la mirada.
–No. ¿Y tú?
–No –se limpió los dedos en la servilleta–. Nunca pasé el tiempo necesario en un sitio para dedicarme a nadie en especial.
Imprudentemente, Cate se preguntó por qué eso la complació.
–Imagino que debe de ser una experiencia tremenda cuando a uno lo envían a una zona de desastre.
–Por supuesto –comentó–. Pero a menudo te lo dicen con uno o dos días de antelación y antes de darte cuenta ya estás allí, en medio de todo.
–¿Por qué te alistaste en el ejército? –Cate estaba francamente confusa.
–Tal vez para ayudar a personas menos afortunadas. Para probarme, para probar mis habilidades. Pero el estilo de vida del ejército no es para todo el mundo y mentiría si dijera que no es duro. Acababa de volver de una misión de paz en Bougainville cuando me enviaron al maremoto de Nueva Guinea –negó con la cabeza–. Fue una época horrible.

Cate lo miró disimuladamente. Estaba claro que sus experiencias lo habían afectado profundamente. Que aún lo afectaban.

–¿Hace cuánto que abandonaste el ejército?

–Un par de semanas –sin previo aviso estiró el brazo y le tomó la mano a Cate–. No todo fue tan duro. Cuando no estaba adscrito a ningún destacamento específico, hacía trabajo de rutina. De paso vi muchos lugares interesantes.

–¿Pero te alegraste de dejarlo?

–Sí... Eso creo... –lentamente empezó a separarle los dedos con el pulgar, rozando la punta de cada uno–. Todo el mundo tiene sus límites. ¿No estás de acuerdo?

Ella asintió, incapaz de pronunciar palabra. Todos los nervios de su cuerpo se pusieron alerta, exaltados por las sensaciones que su mano le producían.

Miró la mano que cubría la suya. Andrew tenía la piel aceitunada, los dedos largos y de puntas chatas. Y sintió un deseo irrefrenable de que esos dedos la acariciaran todo el cuerpo... de ser amada...

–¿Desearían pedir ya? –la camarera se presentó muy sonriente, bloc de notas en mano.

Andrew apartó lentamente la mano de la de Cate.

–Sí –abrió el menú y se frotó la frente con los dedos, como haciendo un esfuerzo tremendo para concentrarse–. Todo tiene una pinta estupenda –dijo–. Y estoy muerto de hambre.

–¿Aún? –Cate se refugió en el humor–. Acabas de comerte una barra de pan entera. Debes de tener la solitaria.

–No lo creo –la miró y le sonrió dulcemente–. Me habría dado cuenta.

Capítulo 4

EL SÁBADO por la mañana Cate se despertó con una enorme sensación de bienestar; algo que hacía semanas que no le pasaba. ¿Sería solo por Andrew Whittaker? Durante unos segundos el corazón le latió con fuerza dentro del pecho.

Pestañeó y miró al techo mientras su mente repasaba la velada anterior, cuando ella y Andrew habían salido del restaurante.

La temperatura había bajado y él le había ayudado a ponerse la chaqueta; después le había tomado la mano de camino hacia los coches.

Cate se había inclinado para abrir la puerta del Polo y luego se había vuelto hacia Andrew.

–Buenas noches, Andrew. Gracias por esta velada tan estupenda.

–Gracias a ti, Cate –había dicho mientras la miraba fijamente a los ojos.

Se habían acercado casi a cámara lenta. Como estaba oscuro, Cate no había sido capaz de distinguir la expresión de su rostro, pero había aspirado el masculino perfume de su cuerpo. Andrew la había besado una, dos y hasta tres veces y le había hecho una serie de breves y provocativas caricias.

–Que duermas bien –le había dicho mientras la ayudaba a meterse en el coche.

–¡Por amor de Dios! –murmuró Cate mientras apartaba la colcha.

Andrew Whittaker la había besado... ¿Y qué?

Ya le había dicho que no había salido con ninguna mujer desde hacía mucho tiempo, pensaba Cate mientras se ponía una bata azul marino. No significaba nada especial para él. Además, Cate racionalizó mientras se rascaba la cabeza de camino a la cocina, ella tampoco buscaba una relación seria en esos momentos.

Mientras desayunaba, Cate pensó que hacía una mañana maravillosa. Se preparó una tostada con mermelada y se acomodó en la silla para comérsela tranquilamente. Alzó la vista y la fijó en el azul limpio y claro del cielo, el azul pálido del cielo invernal en el sur de Queensland.

Tenía tantas cosas por las que estar agradecida. Agarró la taza de té con ambas manos para calentárselas y se la llevó a los labios. Las alondras arrullaban entre los arbustos que había rodeando la casa. Cate sonrió suavemente. Probablemente estarían construyendo nidos, o al menos con ello en mente, toda vez que la primavera estaba próxima.

Dejó la taza sobre la mesa. De pronto se puso tensa. Rick y ella habían planeado casarse en primavera.

Bueno, aquello ya no iba a ocurrir. Se puso de pie apresuradamente y llevó la bandeja a la pila mientras se decía que debería estar contenta de haberlo descubierto a tiempo. Y lo estaba. Pero de vez en cuando los recuerdos volvían y la dejaban dolida y angustiada. Qué ridícula. La pobre y confiada de Cate.

Empeñada en dejar de pensar en esas cosas, Cate metió la taza y el resto de las cosas en el lavavajillas. Tenía que darse una ducha rápida e ir a la fiesta benéfica de Bea.

No había hecho una cosa así desde hacía mucho tiempo; es decir, asistir a una fiesta benéfica en un colegio. Mientras se ponía unos pantalones blancos de corte marinero y un jersey de algodón también blanco, Cate se sintió contenta y despreocupada. Últimamente tenía la piel muy bien, pensaba mientras se aplicaba un poco de crema coloreada y después se pintaba los labios de un rosa pálido.

Agachó la cabeza y se hizo una cola de caballo. Para terminar se echó un jersey fino color melocotón por los hombros.

Dos minutos después cerraba la puerta de su casa con llave y echaba a andar las dos manzanas que separaban su casa del colegio.

Cate se sumió a la emoción de los asistentes nada más entrar en el centro de enseñanza primaria.

Los puestos estaban colocados en semicírculo en el patio rectangular, decorados con alegres banderines y globos que invitaban a los asistentes a acercarse y, con suerte, a gastarse el dinero allí.

Miró a su alrededor, empapándose del ambiente festivo, escuchando los chillidos de alegría y las risas de los niños. Bueno, desde luego había suficientes cosas para mantenerlos ocupados. Cate sonrió y devolvió el saludo a un niño de cuatro años que agitaba la mano mientras daba vueltas en el tiovivo.

El corazón le dio un vuelco. Deseaba tener hijos, pero tendría que esperar todavía para eso. Gracias a Rick...

Suspiró levemente. ¿No debería ya olvidarse de todo ello y dejar de sentir tanta rabia? Se mordió el labio mientras pasaba junto a los columpios y el enorme castillo inflable rojo y amarillo donde los niños se divertían como locos saltando y deslizándose por las formas acolchadas.

–¡Cate! –alzó la cabeza y vio a Bea aproximándose a ella.

Cate la saludó con la mano y fue hacia el puesto de los dulces.

Enseguida le dieron una tarea.

–¿Si pudieras quedarte una hora más o menos? –Bea le pidió en tono esperanzado–. Solo hasta que llegue mi ayudante siguiente.

Cate se echó a reír.

–Encantada, Bea –mientras se quitaba el bolso de rafia paseó la mirada por la variedad de tartas, pasteles y galletas–. Habéis estado muy ocupadas.

–La gente se ha portado de maravilla –Bea colocó un bizcocho de nata y fresas con una pinta deliciosa en la parte delantera del mostrador–. Bueno, todo está marcado –continuó a toda prisa–. El cambio está en esta lata. Tengo que dejarte un momento. Tengo que recoger una caja de dulces que alguien ha dejado en una de las aulas.

La gente se acercaba continuamente al puesto y Cate no pudo creer lo rápido que pasó el tiempo. A las once llegó la otra ayudante de Bea y Cate se dispuso a dejar el puesto.

–¿Qué vas a hacer ahora? –Bea le puso la mano en el brazo con afecto.

Cate vaciló.

–Creo que me daré una vuelta por el resto de los puestos –dijo–. Me encantaría comprar algún bote de mermelada casera.

–Allí los tienes –Bea le indicó un puesto con un toldo de rayas rojas y blancas al otro lado–. Tiene que haber mucha variedad.

Cate tenía un bote de mermelada de fresa en la mano cuando alguien se pegó a ela. Levantó la cara y se sorprendió al ver a Andrew.

–Hola, Cate –la saludó con las manos en jarras mientras la miraba con curiosidad.

–Andrew... –Cate pestañeó y se puso colorada–. ¿Qué estás haciendo aquí?

Sonrió y se le iluminaron los azules ojos.

–Ellie había hecho unas tartas para el puesto de Bea. Me ofrecí para traérselas. Ella y Pete tenían que hacer algunos recados de

última hora en la agencia. ¿Qué estás mirando?

Cate levantó el tarro.

–Mermelada casera. Estoy intentando decidirme entre la de fresa, la de fresa y manzana, o la de jengibre.

–Santo cielo –Andrew negó con la cabeza ligeramente–. Qué decisiones más terribles tenemos que tomar en la vida, ¿verdad? –le sonrió–. Lo más fácil es comprar los tres botes –fue a sacar la cartera–. Es por una buena causa.

Cate se sintió torpe mientras él pagaba la mermelada y seguidamente le pasaba la bolsa de papel de estraza.

–Bueno, ahora tendré que ir a verte para ayudarte a comértela.

–¿Lo harás? –Cate sonrió al detectar el tono esperanzador de las palabras de Andrew.

–No se te puede engañar, ¿eh, doctora?

Empezaron a pasear juntos por los distintos puestos, donde se detuvieron de vez en cuando a admirar las distintas exhibiciones, la mezcla de talentos. Alguien había cedido una preciosa mantelería de encaje para la rifa, y en el puesto contiguo unos niños de siete años se esforzaban al máximo para que la gente se acercara a ver sus artículos de alfarería y sus pinturas.

–¿No te trae recuerdos? –de algún modo Andrew le echó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí despacio.

Cate asintió. Aquello era una locura, pensaba, pero sin saber por qué no era capaz de apartarse de él y continuó caminando automáticamente mientras seguían dando la vuelta. Compraron unos polos que comieron como si fueran niños, y Andrew ganó un saco de patatas que donó inmediatamente.

Cate fingió desaprobación.

–Podrías haber tenido suficiente para prepararte patatas fritas durante seis meses.

–Y el colesterol alto durante todo un año –resopló–. ¡Ah, mira! –tiró de ella hacia otro puesto–. Tiro con pelotas... ¿Probamos suerte?

Cate miró las pelotas de madera con incertidumbre.

–Creo que te lo voy a dejar a ti.

–Gallina –le sonrió pausadamente–. De acuerdo, a la carga...

Cate intentó no fijarse demasiado en la flexibilidad de sus hombros, en la fuerza de sus brazos al lanzar. Como era de esperar, Andrew ganó.

–¿Qué desean? –les preguntó el risueño hombre del puesto.

–Que elija la señorita –Andrew extendió las manos hacia ella.

Cate se mordió el labio, algo intimidada.

–¿Bueno... , qué es lo que hay?

–Cualquier cosa que desee –el hombre se volvió y le señaló las estanterías–. Hay bombones, latas de galletas, de cerveza...

–¡Ah... ! –Andrew levantó las manos esperanzado.

–Ni lo sueñes –Cate soltó una risotada–. Me llevaré uno de esos muñecos hechos a ganchillo; el pequeño búho.

–¿Y por qué has elegido eso? –Andrew la miró fijamente a los ojos.

Cate acarició el suave muñeco blanco y marrón vestido con chaleco rojo.

–Parecía necesitado de un hogar –dijo sin más.

–Sé lo que es eso –soltó una risotada antes de apretar los dientes, pero su expresión resultó imposible de descifrar.

Cate retrocedió con inquietud. El ambiente distendido se había desvanecido, como si se hubiera cerrado una puerta y entre ellos se hubiera interpuesto una sombra. Por unos momentos Andrew Whittaker le había parecido... vulnerable. ¿Pero por qué?

¿Tendría necesidad de contarle algo? Cate se abstuvo de preguntarle. Sería indiscreto por su parte. Apenas se conocían.

–Vamos –dijo ella–. Voy a invitarte a comer.

Las hamburguesas estaban deliciosas, de ternera de primera y con un montón de cebolla.

–Deliciosa –Cate suspiró con satisfacción antes de meterse en la boca el último pedazo.

–Podría tomarme otra –comentó Andrew mientras le limpiaba un poco de salsa de la comisura de los labios con una servilleta–. ¿Y tú?

–No, gracias –se ruborizó ligeramente–. Pero, adelante.

Mientras bebía un sorbo de vino fresco, Cate lo observó mientras él esperaba a la cola de la barbacoa. ¿Sería Andrew un hombre complejo?

Al poco volvió y se sentó a la mesa del merendero.

–¿Qué tal está el vino? –preguntó y la miró.

–Muy bueno. Deberías haber pedido una copa.

–Voy a conducir –dijo él–. Si bebo alcohol durante el día me deja atontado.

–¿Aunque solo sea una copa de vino? –preguntó Cate con escepticismo.

–Será mejor que me creas –la miró con sinceridad–. ¿Estás ocupada esta tarde?

–¿Por qué? –Cate lo miró a los ojos detenidamente.

Tenía el iris salpicado de motas ámbar y verdes. Como los ojos de un tigre, pensó Cate. Siempre vigilantes.

–¿Qué tienes pensado hacer?

–Hay un par de apartamentos que quiero ir a ver. Me preguntaba si podrías servirme de guía.

–Pensé que te quedarías en casa de los Maguire –dijo, evitando la sugerencia de Andrew.

Él negó con la cabeza.

–No me hace falta tanto espacio. Incluso Ellie y Pete dicen que es demasiado grande para ellos ahora que las chicas se han ido de casa –se bebió los últimos tragos de su refresco–. Solo necesito un sitio donde quedarme durante una temporada. No tengo demasiadas cosas.

Cate se quedó callada. La existencia de Andrew parecía tan solitaria, tan nómada.

–¿No quieres echar raíces?

Él se echó a reír.

–Dices lo mismo que Ellie.

–Bueno, es normal –Cate se erizó ligeramente–. Cuando uno llega a cierta edad, me refiero.

Él la miró fijamente, flexionando los dedos, deseando soltarle la coleta. Solo el pensar en la seda de sus cabellos lo excitó inmediatamente.

La deseaba. Eso no lo sorprendió, aunque a ella probablemente sí que la asombraría. Si los significativos comentarios de Cate tenían algo que ver con lo que pensaba, no se la imaginaba aceptando un romance casual.

El deseo se desvaneció.

–La edad no tiene nada que ver, Cate.

Ella se sintió algo cortada. Andrew la miraba con frialdad, como si quisiera distanciarla con la mirada. Fue casi como si se acabara de encerrar en sí mismo, como si se negara a compartir con ella lo que llevaba dentro. Cate tragó saliva.

–¿Estás bien, Andrew?

Él sabía que Cate lo estaba mirando, notó la preocupación en su voz.

–Sí, estoy bien. Tan solo un poco preocupado.

Cate se mordió el labio. Sintió que volvía a rechazarla, pero ella continuó.

–Háblame de esos pisos –dijo, intentando volver a su onda.

Él sonrió sin ganas.

–No creo que me moleste, después de todo. Hay tiempo de sobra –lanzó la lata vacía a una papelera cercana y se puso de pie–. ¿Quieres que te deje en algún sitio?

Ella lo miró y el corazón empezó a latirle de nuevo aceleradamente.

–Gracias, pero creo que me quedaré un rato más.

–De acuerdo –asintió con la cabeza bruscamente–. Nos veremos.

Cate le daba vueltas y más vueltas a la cabeza mientras lo observaba marchar. Iba muy erguido, con sus anchos hombros derechos, y se pasó la mano por los cabellos nerviosamente.

Vaya, había metido bien la pata. Andrew sonrió sin ganas. Seguramente en ese momento Cate estaría pensando que era un cretino. Pero había hecho bien en marcharse. La situación se había vuelto claramente insostenible.

De camino a la salida se detuvo a mirar a unos niños pequeños que bailaban unas danzas regionales, con movimientos ligeramente descoordinados, pero con mucho entusiasmo.

Qué inocentes eran los niños. Andrew negó con la cabeza y echó a andar. Se sentía muy viejo.

Los altavoces anunciaron algo que le llamó la atención y le hizo volver a la zona donde estaban las atracciones.

Un accidente.

Dos alumnos de once años del colegio habían colisionado mientras uno saltaba desde el trampolín.

Mientras se abría paso entre la gente que se había aglomerado alrededor, Andrew iba pensando que normalmente los niños eran muy resistentes.

Cate estaba allí cuando llegó.

–¿Qué tenemos? –dijo Andrew en tono seco mientras se agachaba junto a los heridos–. ¿Qué? –se volvió al oír la exclamación de alarma de Cate.

Esta se mordió el labio.

–Este niño es Will Harrison.

–¿El hijo de Bea? –el niño estaba inconsciente, su cuerpo doblado de manera extraña–. ¿Puede alguien ir a buscar a la señora Harrison? –dijo Andrew en voz alta–. Está en el puesto de las tartas.

Y traiga también hielo –gritó a la persona que ya estaba en camino.

–Oh, Dios... ¡Brent! –un adolescente larguirucho y pelirrojo se arrodilló junto a ellos; estaba muy pálido–. Papá me va a matar. Se suponía que tenía que echarle un ojo a Brent.

–¿Brent es tu hermano? –le preguntó Cate.

La primera impresión de Cate sobre las lesiones del niño era que tendría que ir al hospital y que habría que localizar a los padres o las personas a su cargo.

–Su hermanastro –el joven pestañeó con rapidez–. Qué raro tiene el brazo.

–Eso es porque tiene el hombro dislocado –dijo Cate en voz baja.

–¡Imbécil! –sollozó el adolescente–. Ese es el brazo con el que agarra el arco –la inquisitiva mirada de Cate provocó la emotiva respuesta del joven–. Mi hermanastro toca el violín.

–Santo Dios... –Andrew murmuró entre dientes y negó con la cabeza–. Tratemos de ser objetivos, ¿de acuerdo? ¿Qué crees que tiene Brent, doctora Clifford?

Cate se arrimó a consolar al lloroso adolescente.

–Además del hombro dislocado, sospecho que se ha fracturado el pómulo. El tobillo está empezando a hinchársele, pero está claro que no lo tiene roto. Probablemente se habrá hecho un esguince.

–Tengo ganas de vomitar... –Brent volvió la cabeza y empezó a arrojar.

–Oh, Dios mío –Bea Harrison se abrió paso entre el grupo que los rodeaba y se quedó pálida al ver a su hijo postrado–. ¿Cate? ¿Andrew? ¡Decidme lo que sea! –miró a uno y a otro con los ojos como platos–. ¿No estará... ? –se calló de pronto.

–Cálmate, Bea –el tono calmado de Andrew ocultaba su preocupación; el niño debería haber recuperado ya el conocimiento–. Parece como si hubiera ocurrido uno de esos desafortunados accidentes que sufren los niños de vez en cuando.

–¿Qué me dices, Andrew?

Con gran esfuerzo, Bea consiguió controlarse.

–Parece ser que los chicos se chocaron en el aire. Está claro que Will perdió el conocimiento antes de tocar el suelo.

–Oh, Dios mío –Bea se estremeció–. Mira cómo tiene la espalda –le levantó la camiseta al niño y frunció el ceño al ver el moretón que se le estaba ya formando.

–Debió de pegarse con el borde de metal del trampolín al caer –dijo Cate en tono bajo–. Bea, lo siento tanto...

–La ambulancia está de camino –dijo alguien.

–Ya era hora.

Andrew estaba muy serio mientras comprobaba las constantes vitales del niño, notando que tenía el pulso elevado, pero aún fuerte. Ojalá que no resultara ser nada más serio que una conmoción.

–Mamá…

–Oh, cariño, estás despierto.

–Con cuidado, Bea –Andrew la advirtió al ver que la madre estaba por abrazar al niño herido–. Es mejor que no movamos a Will de momento, ¿vale?

–¿Doctora Clifford?

Cate levantó la cabeza y vio a Lauren Bentley a su lado con una bolsa enorme de hielo picado. Cate se quedó aturdida unos segundos hasta que recordó que aquel era el colegio donde Lauren había empezado a trabajar.

–La saqué de una cámara donde están las bebidas –la joven se arrodilló junto a Cate–. Y también he traído un par de paños de cocina por si te hacían falta para envolver el hielo.

–Gracias Lauren, has tenido una buena idea –Cate se sintió más tranquila por tener allí a dos personas más ayudándola–. Vamos a necesitar ponerle hielo a Brent en el pómulo y en el tobillo.

–Diablillos… –rápidamente Lauren colocó un buen montón de hielo en el centro de cada paño, ató las cuatro esquinas y le pasó uno a Cate–. Yo me ocuparé del tobillo, ¿te parece?

Cate asintió agradecida y se volvió a colocar con cuidado el paño con hielo sobre la mejilla del niño.

Lauren tuvo también cuidado con el tobillo.

–¡Allá vamos, personaje! –sonrió al niño con picardía–. Supongo que estabas intentando perder clase el lunes, ¿no? Debías de saber que iba a volver la semana que viene a daros clase, ¿eh?

Su alumno sonrió débilmente.

–¿Va a venir papá? –preguntó.

Lauren miró a Cate y ella le contestó en voz baja.

–Aún no lo hemos llamado, pero su hermano mayor está por aquí.

–Ah, será Jared –dijo Lauren–. Es un buen chico. Conozco a la familia, así que si quiere me ocuparé de avisarlos.

–Te agradezco infinitamente tu ofrecimiento, Lauren. Y, llámame Cate, por favor…

–¿Cómo está Will? –preguntó Lauren en voz baja.

Cate tragó saliva. Sentía la angustia de Andrew como si la estuviera viviendo ella misma.

–Sabremos más cuando lo llevemos al hospital.

Todo el mundo dejó de hablar cuando llegó la ambulancia, que entró despacio marcha atrás hasta el lugar donde se había producido el accidente.

–De acuerdo, vamos a llevarnos a estos niños –Andrew se mostró aliviado; le echó una mirada interrogante a Cate–. ¿Adónde los enviamos, doctora?

–A Santa Ana –dijo Cate sin dudarlo–. Tienen un departamento infantil muy bueno. Los niños estarán en buenas manos.

–Si quieres ir con Bea en la ambulancia, yo os seguiré con el coche –dijo–. ¿Habéis podido localizar a los padres de Brent?

–Su profesora lo va a arreglar. Mientras tanto, tal vez Jared pueda ir contigo. Brent necesitará a alguien...

–Desde luego –contestó Andrew en voz baja.

Deseaba controlar sus emociones. Lo que había ocurrido era lo que menos le hacía falta en ese día. Apretó los labios. El dolor de los niños le había hecho recordar cosas que hubiera preferido no rememorar...

–Buenas tardes a todos –los enfermeros salieron.

–Necesitamos un collarín para este, por favor.

–Desde luego, doctor. Tenemos uno que le vendrá bien, creo.

Bajo la cuidadosa supervisión de Andrew un enfermero le puso el collarín a Will Harrison y lo montaron hábilmente en una camilla.

–¿Estás bien, chico? –Andrew le puso la mano a Will sobre la cabeza.

–Yo voy contigo, cariño –Bea agarró a su hijo de la mano.

–Mamá... –Will suspiró con lágrimas en los ojos–. No siento las piernas...

Capítulo 5

SIENTO haberte estropeado el sábado, Cate –dijo Bea por enésima vez–. Y también a Andrew.

–Bea, por favor –Cate le apretó la mano a la mujer–. No podíamos haberte dejado aquí sola en el hospital.

Cate miró el reloj y se preguntó cuánto más tardaría Andrew. Había insistido en acompañar a los niños a rayos y le había dicho a Bea que volvería cuando supiera algo de Will.

Cate solo rezaba para que fueran buenas noticias.

–Tenía que ocurrir el fin de semana que Jeff está fuera del estado –dijo Bea medio sollozando.

–Pero podrás localizarlo, ¿no?

–Sí. Pero pensé... –se quedó callada un momento–. Pensé en esperar a ver qué le pasa a Will –suspiró largamente y miró al frente–. Dime la verdad, Cate. ¿Existe la posibilidad de que se quede parapléjico?

Cate ocultó su inquietud. Lo cierto era que no tenía manera de saberlo. Ningún médico era Dios. Ellos eran meros mortales que solo podían juzgar basándose en los hechos y en las condiciones de cada caso.

–Bea, sé que es duro esperar –dijo–. Le estarán haciendo muchas radiografías a Will aparte de un escáner en la cabeza. Todo eso lleva tiempo. Pero, por favor, no empieces a pensar en lo peor. ¿Mira, por qué no voy a por una taza de café?

Bea asintió.

–De acuerdo...

Cuando Cate volvió con los cafés, Bea no estaba donde la había dejado. Algo alarmada, Cate miró por la sala de espera y respiró aliviada al ver a la madre mirando por una ventana.

Rápidamente Cate dejó el café sobre una mesa y fue junto a Bea.

–¿Bea? –le puso una mano en el hombro y la mujer se volvió; al momento Cate vio que había estado llorando y se angustió–. ¿Qué pasa? ¿Han dicho algo ya?

–No –Bea negó con la cabeza y se enjugó las lágrimas que empezaron a brotar de nuevo–. Yo... –tragó saliva–. Tan solo estaba

sintiendo lástima de mí misma, imaginándome cómo sería nuestra vida si Will no...

–Vamos, vamos –Cate utilizó su tono más animoso–. Estás diciendo tonterías, Bea. Will es un chico sano. Que no sintiera las piernas podría deberse a distintas razones. Toma –Cate sacó un paquete de pañuelos de papel de su bolso–. Suénate y límpiate las lágrimas. No querrás que el niño te vea llorando, ¿verdad?

Bea consiguió sonreír.

–Gracias, Cate. Has sido tan amable conmigo...

Cate chasqueó la lengua.

–Deja de darme las gracias. En Ferndale somos una familia y tenemos que apoyarnos los unos a los otros. Tú misma me dijiste eso, ¿lo recuerdas?

Sentada en la sala de espera, Bea se tomó el café e hizo un esfuerzo para tranquilizarse.

–Me alegro de que Lauren consiguiera localizar al padre de Brent. Aparentemente, estaba en el campo de golf –suspiró–. Tan solo le he dicho dos palabras. Tal vez debería...

–¡Bea! –Cate le echó a la administradora una mirada firme–. Al señor Walker lo está atendiendo bien el personal. Y yo hablé con él sobre Brent.

Bea se mordió el labio.

–Supongo que estaría muy disgustado.

–Sí que parecía bastante nervioso –Cate recordó las preguntas un tanto bruscas de Neil Walker–. Según parece Brent y Jared son hermanastros.

–Brent es de su segundo matrimonio –Bea le confirmó–. Pero los niños pasan mucho tiempo juntos, sobre todo los fines de semana.

Cate frunció el ceño.

–¿Y la madre de Brent?

–Murió –Bea miró el café–. De cáncer de mama. Hará unos dieciocho meses.

Cate aspiró entrecortadamente.

–Qué triste. ¿Cómo se las apaña el señor Walker?

–Durante la semana tiene en casa a un ama de llaves. Los fines de semana se las apañan como pueden, supongo.

Las dos permanecieron un rato en silencio, cada una con sus propios pensamientos. Finalmente, Bea se volvió.

–¿Sabrá Andrew dónde estamos? Lo siento –hizo una mueca–. Es que la espera se me está haciendo eterna.

–Lo sé –dijo Cate comprensivamente–. Estoy segura de que vendrá en cuanto tenga algo que contarnos.

Cate se puso tensa al ver la cabeza morena de Andrew entre el público que salía de un ascensor cercano.

–Bea –Cate le puso la mano en el brazo–. Por ahí viene Andrew –agitó la mano y esperó a que se acercara a ellas.

–¿Cuál es el pronóstico? –Bea le soltó nada más verlo, en tono angustiado.

–Tranquila, Bea –Andrew se inclinó y le tomó ambas manos–. Tu hijo se va a poner bien.

–Oh, gracias a Dios… –Bea estaba a punto de llorar.

–El pediatra opina que el golpe que se dio en la espalda con el borde del trampolín ha sido la causa de la parálisis temporal. Will tenía el nervio ligeramente comprimido. Tan solo tarda unas horas volver a la normalidad –dijo Andrew–. Pero ya está empezando a tener sensación de nuevo.

–¿Lo dejarán en observación? –Bea se enjugó las lágrimas.

–Al menos hasta mañana. Tal vez un día más para asegurarse. Ahora lo llevan de camino a una habitación en la planta –Andrew sonrió–. Te llevaré. El pediatra quiere hablar contigo.

–Sí –Bea se retiró el pelo de la cara–. Será mejor que intente llamar a mi marido.

–Usa mi móvil –Andrew se sacó el teléfono del bolsillo trasero del pantalón y se lo pasó a la madre de Will.

–¿Tienes un informe de Brent? –le preguntó Cate, consciente del silencio que se produjo entre ellos cuando Bea se apartó para usar el teléfono.

–Se recuperará –Andrew se frotó la parte de atrás del cuello–. Le duele todo, comprensiblemente, y siente un poco de lástima de sí mismo. Su padre y Jared están con él ahora. ¿Bea está bien? Todo esto debe de haber sido muy duro para ella.

–Especialmente porque Jeff está fuera –le confirmó Cate–. Ha sido un detalle por tu parte el ir con el niño.

–Era lo menos que podía hacer –dijo sin darle importancia–. Además, por lo que he visto, tú no te has quedado a un lado, Cate.

Bea volvió con expresión aliviada, como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

–Jeff va a tomar el primer avión para Sidney –dijo–. Llegará a casa esta noche. Me ha pedido que os diera las gracias a los dos de su parte –añadió con voz trémula–. Yo también os las doy…

Cate tomó un taxi a casa un rato después. Andrew le había ofrecido llevarla a casa si quería esperar. Pero no lo había hecho.

El teléfono sonó a las nueve y media de esa noche, justo cuando Cate estaba pensando en ver una película en la televisión por cable.

–Soy yo –dijo Andrew cuando Cate contestó.

A Cate le dio un vuelco el corazón.

–¿Ocurre algo?

–No –dijo con voz ronca y sensual–. Me preguntaba si podría ir a verte.

Cate agarró el recibidor con fuerza. ¿Cómo había conseguido su número? Claro, pensó, se lo habrían dado o Peter o Bea. Y, de todos modos, lo hubiera tenido a partir del lunes cuando comenzara a trabajar en el centro oficialmente.

¿Por qué estaba vacilando así? Podría decir que no y ya estaba.

–¿Cate?

–Ah, sí. Vale, entonces –dijo–. ¿Tienes mi dirección?

–Sí, la tengo.

A Cate se le aceleró el pulso. Estaría allí en un par de minutos. La casa de los Maguire estaba a tan solo unos kilómetros de distancia.

Cate se miró las zapatillas viejas. ¡Dios, no podía recibirlo así! Hacía cosa de una hora se había dado una ducha, lavado el pelo y puesto el pijama y la bata.

Con el corazón en un puño, subió al dormitorio, se quitó el pijama a toda prisa y se puso unos vaqueros y un jersey azul cielo. No había tiempo de maquillarse. Además, estaba en casa y no estaba de guardia. Que la aceptara como la encontrara.

«No puedo creer que esté haciendo esto», pensó mientras entraba en el salón y empezaba a arreglar los cojines del sofá. Después puso un disco compacto de guitarra clásica.

La melodiosa campana del timbre le hizo darse la vuelta, y fue hacia la puerta con el corazón desbocado. Tenía tantas ganas de verlo... Dios Santo, pero qué ridiculez.

–Hola de nuevo –Andrew sonrió brevemente y la miró con intensidad.

–Hola...

Vio que llevaba unos chinos y un suéter oscuro con las mangas arremangadas. Se apartó para dejarle pasar, temiendo que le

fallaran las piernas ante la avalancha de sensaciones que experimentó al verlo.

–¿Tienes leche fría para combinar con esto?

Estaba claro que se había parado en la botillería del pub. Cate tomó la bolsa de plástico que le dio Andrew.

–¡Ay, estupendo! –sonrió de oreja a oreja al sacar la botella de licor de importación–. Kahlua, mi favorito. Pasa –hizo un gesto con la mano en dirección hacia la zona de la cocina.

La zona de estar del apartamento se derivaba en un diseño de planta abierta.

–Bonita casa –Andrew paseó por el brillante suelo de tarima y se acomodó sobre una de las banquetas que había junto a la barra–. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

–Años –rápida y eficazmente Cate sacó unos vasos, leche y unos hielos–. Mi madre me lo compró cuando empecé a ir a la facultad –sonrió con pesar–. Lo he renovado desde entonces, por supuesto.

–Y muy bien.

Andrew miró a su alrededor con aprobación; la cocina era muy alegre, decorada en azules y blancos y con unas margaritas amarillas que le quitaban frialdad a los accesorios de cocina de acero.

–¿Y arriba qué tienes? ¿Dormitorios? ¿Baños?

–Todo eso –Cate sirvió una medida de licor y rellenó los vasos con leche–. ¿Estás buscando un sitio de este tipo, Andrew?

–Dios mío, no –murmuró en tono gruñón; se cruzó de brazos y la miró.

Cate apretó los labios un momento y le pasó su bebida. No quería nada parecido a aquello porque sería demasiado para alguien que no quería echar raíces. Bueno, Andrew debía elegir el sitio que más le gustara para vivir.

–¿Pasamos al salón? –Cate agarró el vaso y echó a andar.

Cate se sentó en uno de los sofás, pensando que él se sentaría en el otro. Pero en lugar de eso, vaso en mano, Andrew empezó a inspeccionar el salón, deteniéndose de tanto en cuanto para examinar un cuadro, un libro, e incluso los azulejos que rodeaban la chimenea. Era, pensó Cate, como si con su escrutinio estuviera buscando la esencia del hogar.

–¿Es esta tu madre? –Andrew le enseñó una fotografía con un marco de estaño.

Cate tragó saliva al ver la imagen de las dos mujeres con las

melenas rubias al viento.

–Sí –dijo–. Fue tomada las navidades pasadas. Estábamos en el club náutico, esperando a mi padrastro que estaba aparcando el coche.

–Os parecéis mucho –Andrew dejó la foto donde la había encontrado–. ¿Tienes hermanos?

–Soy hija única. A mi padre lo mataron cuando yo tenía cuatro años. Mi madre y yo estuvimos solas mucho tiempo. Y después, cuando empecé a ir al internado, mi madre se casó con mi padrastro, Rod Kennard. Resultó ser algo bueno para todos. ¿Y tú? –le preguntó Cate en tono sereno.

–Tengo una hermana, Helene. Es periodista y trabaja en Canberra –sacó un libro de un estante, examinó la guarda y lo devolvió a su sitio–. Mis padres tienen una finca a las afueras de Canberra. Fui a un colegio interno cuando tenía catorce años y estudié medicina en San Vicente, en Sidney. ¿Te molesta que esté mirando tus cosas, Cate?

Lo miró sorprendida, y entonces se fijó en el cansancio que reflejaba su rostro. Su mundo se tambaleó y sintió cosas que pensaba que había enterrado para siempre. Deseaba acercarse a Andrew Whittaker y abrazarlo. En realidad deseaba mucho más que eso.

Su imaginación echó a volar y Cate aspiró temblorosamente.

–¿Andrew, estás bien?

–Eso me has preguntado esta tarde –su sonrisa borró las marcas de cansancio en su rostro–. No estoy en las últimas, Cate. Esta noche solo necesitaba a alguien con quien hablar; de nada en específico, en realidad –se calló bruscamente.

–Entonces, me alegro de que hayas venido.

–Yo también.

Andrew se relajó y apuró su bebida.

Andrew arqueó las cejas despacio y entonces se dejó caer en el sofá, junto a ella, y echó la cabeza hacia atrás.

–Háblame, Cate.

–Eso era lo que estaba haciendo.

Él se fijó en la rubia y brillante melena de Cate que le caía por los hombros.

–¿Por qué una chica tan bonita como tú no está por ahí divirtiéndose un sábado por la noche? –le preguntó.

Ella se rio con pesar.

–Los sábados por la noche terminaron para mí una semana después de empezar a trabajar de interno.

–Eso lo entiendo –le tendió la mano y por un momento el corazón le latió muy deprisa; la miró con sus preciosos ojos azules–. Es una sensación estupenda, ¿verdad?

Ella asintió, consciente de la naturalidad con que sus manos se acoplaban la una a la otra.

–Gracias, Cate.

–¿Gracias por qué? –preguntó muy cortada.

Él se encogió de hombros.

–Bueno, por ser tú –le metió una mano entre los cabellos–. He deseado hacer esto desde que nos conocimos... –ladeó la cabeza y la miró.

–Cuánto tiempo –sonrió azorada–. Hace un poco más de veinticuatro horas.

Él arqueó las cejas.

–Juraría que ha pasado un año. Debe de habérseme parado el reloj.

–Tonto...

Entonces permanecieron allí sentados en silencio, con las manos entrelazadas. Había pasado por eso antes, se recordó Cate. En cambio lo qué le estaba pasando con Andrew le parecía totalmente distinto. Espontáneo.

Cate cerró los ojos y aspiró el viril aroma de su cuerpo. Lo que más le sorprendió fue el darse cuenta de lo sensible que estaba hacia aquel hombre.

–¿Cate? –pronunció en voz baja, sensual.

El corazón empezó a latirle apresuradamente, como el aleteo de un pajarillo atrapado, cuando él le agarró la cara entre ambas manos y la miró a los ojos detenidamente. Entonces, emitió un suspiro entrecortado e inclinó la cabeza para besarla.

Al segundo siguiente estaban abrazados. Con las sensaciones a flor de piel, Cate bebió el néctar de sus labios y dejó que su dulzor suavizara el dolor que Rick le había causado. No quería volver a sufrir.

Sus manos avanzaron por la espalda de Andrew hasta llegar a la parte posterior del cuello, donde le acarició antes de continuar entre sus cabellos. Se estremeció cuando él le rozó la piel desnuda, cuando le acarició el estómago firme y plano, cuando empezó a juguetear deslizándole los dedos por la espalda.

Andrew fue el primero en romper el exquisito contacto. Se apartó de ella despacio, respirando superficialmente, y la miró fijamente con sus ojos de tigre.

Cate se sintió como una muñeca de trapo. Dejó caer los brazos a los lados del cuerpo y se puso de pie temblorosamente. Apenas podía respirar. Se abrazó como buscando protección y lo miró.

–Tal vez será mejor que te marches, Andrew.

Él inclinó la cabeza y se pasó la mano por los ojos. Con un ágil movimiento se puso de pie y dio la vuelta al sofá. Ladeó la cabeza y la miró con curiosidad.

–¿Por qué te sorprendes tanto, Cate?

–Nos conocemos desde hace apenas diez minutos –dijo con voz temblorosa.

Él sonrió cansinamente.

–Diez minutos, diez años. Lo que hay entre nosotros tendrá que resolverse inevitablemente.

Y, dicho eso, se marchó.

Cate no se movió hasta que el ruido del motor de su coche se fue apagando. ¿Querría tener una aventura con ella? Soltó una palabrota entre dientes, se apoyó en la pared y se deslizó hasta quedar sentada en el suelo. ¿Y ella?

El lunes por la mañana, de camino al trabajo, Cate estaba hecha un lío. No tenía ni idea de qué esperar de Andrew. Pero, por otra parte, reconoció que él debía de estar sintiendo la misma confusión, preguntándose qué reacción podría esperar de ella. ¡Era una verdadera pena que no pudiera decírselo!

A media mañana aún no lo había visto, y cuando uno de sus pacientes llamó cancelando la cita con Cate, esta decidió tomarse algo caliente.

Abrió la puerta de la sala de personal y encontró allí a Andrew. Estaba de pie mirando por la ventana, con una mano metida en el bolsillo de sus vaqueros y en la otra una taza de café.

–Hola, Cate.

–Andrew.

–¿Cómo estás? –cuando se volvió y le sonrió a ella le dio un vuelco el corazón.

Aterrorizada, confusa, loca. Así se sentía.

–Bien. ¿Y tú?

–Estupendamente.

¿A quién pretendía engañar? Cate Clifford lo había sorprendido como ninguna otra mujer lo había hecho. Pero, probablemente, habría perdido ya su oportunidad con ella. Fue hacia la pila a aclarar la taza.

–Estoy a punto de salir a hacer un par de visitas a domicilio en nombre de Pete.

Cate se obligó a sonreír.

–¿Tienes el callejero?

–Desde luego. ¿A qué hora vas a ver a la señora Twigg?

Cate se quedó inmóvil. Se le había olvidado totalmente.

–Será mejor que no lo deje para muy tarde. Le da miedo abrir la puerta cuando se hace de noche.

Andrew emitió un sonido silbante.

–La situación no parece muy buena.

–Desde luego que no. ¿Te parece bien a las cuatro?

–Estaré listo. ¿Necesitamos llevarnos los dos coches?

Cate vaciló. Andrew tenía las piernas muy largas y su coche era relativamente pequeño. –Probablemente no. Podemos llevarnos el tuyo si quieres.

Se preparó una taza de café y pasó junto a él. Al hacerlo, él le tomó de la muñeca con delicadeza.

–Creo que he encontrado ya un apartamento –dijo.

–¿Es como tú querías?

–Está bien –dijo sin mucho entusiasmo–. Tan solo hay una cosa que necesito saber antes de quedármelo.

–¿Ah, sí? –Cate retiró la muñeca discretamente–. ¿Hay algún problema?

–Espero que no –sonrió levemente–. Está en una calle al lado del tuyo.

En pocos segundos, una serie de imágenes subidas de tono se pasaron a Cate por la mente.

–Eso no será un problema, Andrew. Quédatelo.

Andrew la estaba esperando junto a su coche cuando Cate salió del centro unos minutos después de las cuatro.

–Hola –dijo mientras le abría la puerta para que entrase.

–Hola –respondió y sintió que se le aceleraba el pulso.

–Parece que el tiempo no acompaña hoy.

–Sí, eso parece –Cate se cerró el abrigo rojo de paño.

En realidad, los famosos vientos del oeste de Brisbane ya habían soplado, llevándose consigo los últimos retazos del invierno y dejando una serie de chubascos esporádicos.

–Espero que Madeleine haya podido encender la chimenea –dijo Cate mientras él daba marcha atrás y salía del aparcamiento.

–Creo que uno de esos convectores de aire caliente sería mucho mejor para ella.

Cate se puso tensa, como si las palabras de Andrew la implicaran a ella.

–La señora Twigg tiene su manera de hacer las cosas. No voy a obligarla a cambiar las costumbres de toda una vida.

Él apretó los labios.

–Supongo que tiene agua corriente.

Cate se quedó pensativa. ¿Por qué se mostraba tan cascarrabias?

–Supongo que sabes adónde vas.

–Chrissie me dio la dirección. Y esta mañana, después de las otras visitas, he estado callejeando un poco. La casa de la señora Twigg está en la zona de Highgate, ¿verdad?

–Sí –Cate flexionó los dedos al sentir el chorro de aire caliente de la calefacción del coche–. Algunas partes de los suburbios son bastante nuevas, pero aún quedan algunas casas antiguas.

Se produjo un breve silencio mientras él se concentraba en la carretera. No la necesitaba para que le indicara el camino, pensaba Cate mientras pasaban por las conocidas calles.

–¿Te quedaste con el piso?

Él arqueó una ceja.

–Les he dado dinero, con lo cual supongo que sí.

Parecía tan poco interesado que Cate se preguntó de nuevo qué sería lo que movía a Andrew Whittaker. ¿Lo sabría alguna vez? ¿Y acaso deseaba saberlo?

Cuando llegaron a casa de Madeleine Twigg, había dejado de llover, pero el cielo seguía cubierto de nubes negras. Cate miró a Andrew cuando este apagó el motor.

–Probablemente este no sea el momento adecuado para ofrecernos a llevarla a visitar el asilo, ni aunque ella se mostrara dispuesta. Lo digo por el mal tiempo que hace.

–Veamos qué es lo que pasa. Lo esencial es actuar con cautela, creo yo –parecía a punto de añadir algo más, pero sacó las llaves con un movimiento brusco y salió del coche.

A Cate no le quedó otra que seguirlo. Con el mal tiempo que hacía, la casa de Madeleine parecía aún más vieja y ruinosa. Parte de la valla estaba caída, la pintura de las paredes desconchada y los arbustos tenían las ramas peladas como un intrincado andamio.

–¡Doctora Clifford! –una joven le agitó la mano desde la puerta abierta de la casa.

–¿Roxanne? –Cate dijo asustada; la chica parecía nerviosa–. ¿Qué ha pasado? –preguntó.

Roxanne bajó los escalones y llegó hasta el coche.

–Estaba a punto de llamarla –cuando Andrew se acercó, ella lo miró alarmada–. La señora Twigg no está bien. Yo acabo de llegar... –aspiró hondo–. He estado fuera una semana más o menos. Le dejé comida en la nevera, pero no la ha tocado.

–Pasa tú –Andrew le puso la mano a Cate en el hombro–. Yo iré a por mi maletín.

Capítulo 6

CATE soltó una exclamación de inquietud. Parecía como si Madeleine Twigg estuviera anclada a la butaca.

«Por favor, Dios mío, que no le haya dado un infarto», pensó Cate mientras se agachaba rápidamente a examinar a la anciana. Madeleine tenía la cabeza inclinada y las manos entrelazadas bajo la manta que le cubría las rodillas.

–Madeleine, soy Cate... La doctora Clifford. ¿Puede oírme?

Madeleine abrió los ojos un poco y los volvió a cerrar.

–¡Roxanne! –Cate alzó la cabeza–. ¿Podrías llamar a una ambulancia, por favor? La señora Twigg tendrá que ir al hospital. Y dígales que traigan fluidos.

–Lo haré desde mi casa –la joven salió corriendo con el rostro desencajado.

–¿Tiene fiebre? –Andrew había entrado discretamente y había dejado su maletín sobre una pequeña mesa.

–Está ardiendo –le confirmó Cate–. Está totalmente deshidratada. Yo diría que no ha comido nada sustancioso desde hace varios días.

Andrew auscultó a Madeleine por la espalda y el pecho. Apretó los labios.

–¿Cuándo la viste por última vez?

Cate tragó saliva.

–Creo que hace poco más de una semana –Cate se estremeció por dentro.

¿Debería haber actuado con más firmeza por el bien de la anciana?

–Uno no puede preverlo todo, Cate –dijo Andrew en voz baja–. Unas veces se pierde y otras se gana.

Cate se mordió el labio. ¿Perdería ella a Madeleine?

–La ambulancia está de camino –Roxanne entró a toda prisa y se detuvo junto a ellos; al ver a la señora Twigg se llevó la mano a la boca–. ¿No estará... ?

–No –Cate negó con la cabeza–. Pero está muy enferma.

–¿Es culpa mía? –Roxanne se agarró nerviosamente a los

pliegues de su falda escocesa hasta los pies.

–No es culpa de nadie, Roxanne –dijo Cate en tono tranquilizador, mientras se lo decía también para sí misma; miró a Andrew–. Este es el doctor Whittaker, de Ferndale.

–Ah... –Roxanne abrió mucho los ojos–. Creía que era usted de la Seguridad Social o algo así.

–He oído que ha sido usted de gran ayuda para la señora Twigg –dijo Andrew.

Roxanne se puso colorada.

–Ella siempre ha sido buena conmigo.

–¿Sabe dónde guarda Madeleine sus camisones? –Le preguntó Cate–. Los necesitará para el hospital. Y también unas zapatillas, un neceser y cualquier cosa más que se le ocurra.

–Lo prepararé –la joven parecía angustiada–. Sé dónde está todo.

–¿Adónde la vas a enviar? –le preguntó Andrew mientras acomodaban a la señora Madeleine.

–Veré si la pueden atender en Santa Ana –Cate sacó su teléfono móvil–. Si no han tenido muchos ingresos hoy, tal vez tengamos suerte.

En Santa Ana le dijeron que no había ningún problema. Cate estaba terminando de hablar cuando llegó la ambulancia.

–¿Andrew, te importaría atenderlos tú?

–He examinado a la señora Twigg –Andrew les dijo a los enfermeros–. Presenta síntomas de neumonía incipiente. Pitos leves en la base de ambos pulmones. Nada más ingresar deben hacerle radiografías.

–De acuerdo, doctor. Gracias por la información –los enfermeros colocaron la camilla junto a la enferma y la levantaron con mucha delicadeza–. Vamos, cielo. Tranquilamente. Ahora te vamos a llevar al hospital, ¿vale?

–Si no tienes mucha prisa, me gustaría ordenar un poco la casa –dijo Cate cuando la ambulancia se marchó, y ella y Andrew volvieron dentro.

–Te echaré una mano –Andrew se ofreció enseguida–. ¿Por dónde empezamos? ¿Por la cocina?

Cate arrugó la nariz.

–Pobre anciana. Parece que ha estado alimentándose de té y tostadas cuando conseguía comer algo. Tú friega y yo secaré.

–Sí, señorita –Andrew hizo una reverencia y se dispuso a subirse las mangas.

–Tendremos que tirar esto –dijo Cate cuando abrió el frigorífico–. Mira a ver si hay alguna bolsa de plástico que podamos utilizar, Andrew.

–A este ritmo vamos a acabar siendo profesionales de la limpieza –comentó Andrew en tono seco un rato después.

Pasó la bayeta por dentro del frigorífico una vez más y la lanzó a la pila.

–Bueno, me gustaría dejar la casa más o menos curiosa para cuando Madeleine vuelva –Cate se retiró con el brazo unos mechones de pelo que se le habían soltado–. Eso si vuelve –dijo con tristeza.

–Cate... –Andrew dijo en tono de advertencia–. Eres una doctora de gran dedicación. Solo has podido hacer lo que tu paciente te ha permitido.

–Todo eso lo sé –dijo con impaciencia–. Pero si me hubiera empeñado más en convencerla para que ingresara en un hogar de ancianos...

–Lo intentaste. Madeleine no quería abandonar su casa. A pesar de ser muy mayor, Cate, aún tiene derechos.

Cate suspiró.

–Lo sé; ya me callo. Gracias por ayudarme, Andrew.

Él se encogió de hombros.

–No hay de qué. Me ha servido para quitarme el mal humor.

Cate ladeó la cabeza y lo miró inquisitivamente.

–¿Estabas de mal humor?

–Sabes que sí –sonrió ligeramente y miró a su alrededor–. ¿Hemos terminado ya?

–Mmm –Cate metió unos periódicos viejos en una bolsa de plástico y le hizo un nudo–. Roxanne dijo que cambiará las sábanas y hará lo que haga falta mañana.

–De acuerdo. Entonces vayámonos –agarró su maletín y fue hacia la puerta–. ¿Cate?

–Ya voy –dijo mientras echaba una última mirada por la casa.

–¿Estás segura de que no necesitas tomarte unos días más, Bea? –Cate le preguntó cuando coincidieron en la sala de personal a la mañana siguiente.

–Jeff está en casa hoy –le explicó la administradora–. No tiene inconveniente en quedarse. Will no va a ir a clase durante toda esta

semana, para estar más seguros, y Andrew va a reconocerlo de nuevo el viernes.

–¿Ningún problema?

–Hasta ahora, no. Ay, Cate, no sabes lo afortunados que nos sentimos.

Cate asintió. El accidente de Will Harrison podría haber sido muy grave.

Bea dio un sorbo de café.

–¿Sabes que Brent está mejorando también?

–El señor Walker me llamó para decírmelo –le confirmó Cate–. Lo cual fue muy amable por su parte, puesto que no son pacientes de Ferndale.

Bea parecía pensativa.

–Esperamos que acceda a que los niños pasen estos días juntos en nuestra casa.

Cate sonrió.

–Es una buena idea, si puedes apañártelas.

–No será un problema –Bea se volvió a aclarar la taza–. Mi madre va a venir también a echarnos una mano.

Cate puso cara de tristeza.

–Qué bonito es cuando las familias se mantienen unidas, ¿verdad?

–Estás pensando en la pobre señora Twigg, ¿no? –le preguntó Bea en tono suave.

–Mmm –Cate miró el reloj–. Y ahora que tengo un rato, voy a llamar a Santa Ana para ver qué tal ha pasado la noche nuestra Madeleine.

El primer paciente del día de Cate fue Shane Edmunds, un niño de tres años que se había metido un cacahuete en la nariz.

–Cuando vi lo que había hecho, no me lo podía creer –la madre del niño negó con la cabeza–. Normalmente no dejamos frutos secos a su alcance, pero el muy diablillo encontró un trozo de chocolate con cacahuetes que mi marido y yo habíamos estado comiendo la noche anterior mientras veíamos la tele.

Cate llamó a Jessica.

–Vamos a llevar a Shane a la enfermería, señora Edmunds. Le echaremos un vistazo con una lámpara más potente que hay allí.

–¿Dónde lo pongo, doctora? –la señora Edmund le preguntó

unos minutos después cuando ya estaban en la enfermería.

–Creo que lo más fácil es que lo siente en sus rodillas para que el niño se sienta más seguro.

Jessica le agarró los brazos al niño, que no estaba muy dispuesto a quedarse quieto, y así Cate pudo echarle un vistazo al orificio nasal. El cacahuete estaba allí bien encajado.

Cate pensó que sería un procedimiento algo difícil.

–No quiero poner nervioso a Shane más de lo necesario, señora Edmunds, así que lo intentaré una vez. Pero si no puedo sacárselo lo enviaremos al otorrinolaringólogo.

La madre se mordió el labio mientras Cate introducía una pinza en el orificio nasal. El niño, como si sintiera que aquella operación dependía también mucho de él, se quedó inmóvil.

–Lo tengo –dijo Cate mientras tiraba lentamente de la pinza.

El cacahuete hizo un ruido al caer en la bandeja de metal.

–¡Pero qué grande es! –exclamó la madre.

–Cosas de niños –Jessica sonrió.

–¿Y si lo hubiera aspirado?

–No piense en esa posibilidad –respondió Cate mientras le acariciaba la cabeza al niño–. Si sujeta a Shane un momento, quiero asegurarme de que no hay nada de tejido dañado.

–¿Crees que los niños tienen más accidentes que las niñas? –Cate le preguntó a la enfermera minutos después mientras se lavaba las manos y Jessica ordenaba la enfermería.

La enfermera se echó a reír.

–Según los acontecimientos de este fin de semana, parece que sí. Solo podemos esperar que a medida que se van haciendo mayores los niños se vuelven más inteligentes.

Cate no comentó nada al respecto y volvió a su consulta.

Algo no cuadraba allí. Cate se quedó pensativa mientras retiraba del brazo del paciente el aparato para tomar la tensión. Elysse Maxelton era una paciente nueva que Cate había metido al final de la consulta de la mañana.

La chica de diecisiete años parecía tener muy buena forma física, pero al final del examen médico Cate no estuvo ya tan segura. Estaba claro que tendría que averiguar más detalles, aunque Elysse no parecía demasiado dispuesta a colaborar.

–Háblame de tu estilo de vida –Cate la animó–. ¿Qué haces para

divertirte y todo eso?

La chica se encogió de hombros.

–Me gusta hacer ejercicio.

–¿Qué tipo de ejercicio? –Cate le preguntó mientras se le ocurrían varias posibilidades que pudieran explicar los extraños síntomas.

–Dos veces al día voy al gimnasio. También salgo a correr.

–¿Te estás entrenando para algo?

–No, soy un cero a la izquierda para los deportes.

Sin embargo algo estaba empujando a esa mujer a someter a su cuerpo a un gran estrés. Confusa, Cate guardó el tensiómetro en su caja de metal.

–¿Tienes la menstruación regular?

Elysse vaciló.

–Llevo seis meses sin tenerla. Antes siempre la tenía regular.

Cate se puso alerta inmediatamente. A ese paso, la muchacha iba de camino a padecer un trastorno conocido como amenorrea.

–Te voy a pedir un análisis de sangre –dijo en tono práctico–. Podrías tener falta de hierro. Y tenemos que hablar de tu dieta.

Elysse tragó saliva con dificultad.

–¿Qué me pasa?

–Tu cuerpo está respondiendo a las extraordinarias exigencias físicas que le estás poniendo. Cuando una mujer no tiene la regla se reduce drásticamente el nivel de las hormonas. Yo te recomiendo que medites sobre tu estilo de vida, Elysse. Si sigues así, puedes llegar a sufrir fracturas de fatiga e incluso osteoporosis.

Elysse arqueó las cejas.

–¡Pensé que eso solo le pasaba a las personas mayores!

–En absoluto –Cate negó con la cabeza–. Piensa en tu cuerpo como una máquina en la que todo está en un delicado equilibrio. Si una parte falla, los efectos se notan en el resto. Pero no te alarmes –Cate esbozó una sonrisa encantadora–. Creo que podemos decir con seguridad que has buscado ayuda a tiempo. Veremos lo que dicen los análisis y, después, me gustaría que charlaras con la experta en dietética.

–¿Tengo que hacerlo? ¿No podría seguir viéndola a usted?

–Posiblemente –Cate completó el volante para que le hicieran el análisis–. Lo hablaremos la próxima vez que vengas. Tal vez quieras decirle a tu madre que te acompañe.

Cate pensó que si la familia se implicaba en el problema tal vez

pudieran charlar sobre la dieta que llevaban en casa.

–Mis padres están divorciados –Elysse se mordió el labio y bajó la vista–. Vivo con mi padre.

De repente, Cate sintió que allí había un problema mayor.

«Discreción, discreción», se dijo para sus adentros.

Primero tendría que ganarse la confianza de su paciente y después, y solo después, podría empezar a averiguar la causa real del problema de Elysse.

Cuando se marchó la joven, Cate se quedó sentada, agachó la cabeza y empezó a darse un suave masaje en las sienes.

¿Habría abierto una especie de caja de Pandora con Elysse? ¿Y qué clase de relación tendría la chica con su madre? ¿Se llevaría bien con su padre?

Cate suspiró. La adolescencia era una etapa difícil. Un divorcio solo hacía que un adolescente se sintiera aún más confundido.

Resopló mientras pensaba en su propia confusión. Andrew se había despedido de ella sin mediar palabra después de volver de casa de Madeleine la noche anterior. No había sido su intención intimidarlo, pensaba con consternación. Solo quería que las cosas fueran más despacio. Que pudieran conocerse un poco. Emitió un leve quejido de frustración.

Entonces alguien llamó a la puerta.

–Sí, pasa –Cate cambió de cara inmediatamente.

–¿Tienes un minuto? –Andrew asomó la cabeza por la abertura.

–Espero que varios –Cate lo miró.

–¿Una mañana dura?

–No más de lo habitual. ¿Querías algo?

Él se cruzó de brazos y la miró.

–¿Estás bien?

–Por supuesto que estoy bien –contestó enfadada.

–Si quieres, me marcho.

Cate señaló una silla.

–Si quieres hablar, por favor, Andrew, siéntate –dijo con impaciencia.

Lo hizo y por un momento se quedaron callados.

–Lo siento –Cate fue la primera en hablar–. No era mi intención hablarte así.

Él se encogió de hombros.

–No pasa nada. Los ojos se te ponen color topacio cuando te enfadas.

–Por favor –a Cate le entraron ganas de reír.

–Te lo digo en serio.

–Te creo –Cate se retiró el pelo del cuello y seguidamente se lo soltó–. ¿Para qué me querías ver?

–En realidad he venido a que me contaras algo de Madeleine.

–Hablé con el jefe de admisiones del hospital. Madeleine tiene neumonía, pero gracias a Dios se la han pillado a tiempo. Ahora está con antibióticos y probablemente eso le salvará la vida...

–Madeleine no puede volver a su casa, Cate –Andrew dijo en tono bajo.

–Lo sé...

–¿No tiene familia?

–El esposo de Madeleine murió hace años, aparentemente. Tenían una hija adoptada...

–¿Cuál es la historia? –Andrew la miró muy concentrado.

Cate vaciló. Supuso que si hablaba con Andrew el asunto no dejaría de ser confidencial.

–Parece ser que los Twigg no se lo habían dicho. Era el señor Twigg el que estaba en contra de ello. Cuando murió, Madeleine pensó que era su deber decírselo. Después de todo, era ya una mujer hecha y derecha.

Él arqueó una ceja.

–¿No se lo tomó bien?

Cate negó con la cabeza.

–Se enfadó mucho, se mostró resentida. Dejó a Madeleine y nunca más volvió.

–Podríamos intentar encontrarla.

–Han pasado muchos años, Andrew.

–Eso no es nada –Andrew puso la mano sobre la mesa–. ¿Sabes cómo se llama?

Cate frunció el ceño.

–Sandra... ¡No, Sylvia!

Andrew asintió con satisfacción.

–Me pondré en contacto con el servicio de búsqueda de personas del Ejército de Salvación. Su índice de éxito es muy alto.

–Pero podría estar casada y tener otro apellido –Cate parecía dudosa.

–Eso no es algo insalvable.

–Andrew... –Cate bajó la vista–. No tienes por qué hacer esto.

–Por supuesto que sí –le cubrió la mano con la suya–. Es

importante para ti, Cate, lo que le pase a Madeleine. Y por ello a mí también me importa.

Cate se ruborizó.

–El hecho de encontrarla no nos garantiza una reconciliación –señaló en tono bajo–. ¿No crees que nos estamos entrometiendo, Andrew?

–Por supuesto que no –la miró con calma–. Los consejeros del Ejército de Salvación son expertos mediadores. El contacto solo es posible si las dos partes están de acuerdo –dijo en tono persuasivo–. ¿No te parece que vale la pena intentarlo, Cate?

De pronto, Cate se imaginó a su paciente sola, frágil, vulnerable. Sin duda, tenía derecho a estar rodeada de su familia en su vejez. Tal vez también tuviera nietos.

No era tan inocente como para pensar que fuera a resultar fácil poner en contacto a madre e hija, pero al menos había que intentarlo.

–¿Y bien? –Andrew arqueó una ceja–. ¿Nos ponemos en marcha?

Cate asintió lentamente.

–Sí. Al menos vamos a intentarlo.

–Bien –él le apretó al mano–. Empezaré a llamar por teléfono esta misma tarde.

Al ver que estaba a punto de levantarse, Cate sintió la necesidad imperiosa de retenerlo.

–¿Cuándo vas a mudarte a tu piso?

Él se arrellanó de nuevo en el asiento.

–En un par de días. El apartamento tiene lo esencial y he pedido una cama que me van a llevar mañana –hizo un gesto de desconsuelo con las manos–. A pesar de mis protestas, Ellie insiste en darme un montón de ropa de cama y utensilios de cocina.

Cate lo miró disimuladamente.

–¿Quieres que yo te dé algo?

Él la miró y entonces sonrió.

–¿En qué estabas pensando?

El corazón le dio un vuelco. Sus ojos le hacían un centenar de preguntas para las que no tenía respuesta. Por un momento, se sintió confusa, pero enseguida decidió refugiarse en el humor.

–Bueno, estaba pensando en un candelabro, o en un mantel de encaje.

Él se echó a reír.

–No creo que los necesite. De todas maneras, gracias.

Cate se puso las manos sobre el regazo.

–¿Me vas a invitar a verlo?

–Pásate esta tarde si quieres –dijo con brusquedad–. Voy para allá después del trabajo para ver si han vuelto a conectar la electricidad.

–De acuerdo –dijo Cate.

Capítulo 7

EL TRABAJO era lo único que la mantenía cuerda, pensaba Cate mientras esperaba a que llegara Elysse Maxelton.

Era viernes, justo una semana después de que Andrew Whittaker hubiera entrado en su vida. Una semana desde que sus emociones hubieran emprendido un viaje alucinante.

Se estremeció y colocó las muñecas bajo el chorro de agua fría de la pila para ver si se le calmaba el pulso. No había hablado con él desde la noche que había salido de su apartamento, excepto un par de comentarios relacionados con el trabajo cuando el resto de los compañeros estaban presentes.

¿Se habría mudado ya a su piso? Lo suponía. Estaba preocupada por él. Andrew parecía hastiado, afectado continuamente por el tipo de agotamiento que Cate recordaba de sus años de interna. ¿Estaría durmiendo mal?

¡Dios, santo! ¿Por qué no podía dejar de pensar en él? No podía arrancarlo de su corazón; de sobra sabía que se había hecho un hueco allí permanentemente.

–Pasa, Elysse –dijo Cate un rato después; para que la joven se sintiera más a gusto, dio la vuelta a la mesa y se sentó junto a su paciente–. ¿Cómo te encuentras hoy?

–Bien –Elysse se apretó la mochila contra el pecho y miró a Cate con recelo–. ¿Tiene ya los resultados de mi análisis?

–Sí, y tienes anemia. Voy a recetarte un preparado con hierro que deberás tomar hasta que tu nivel de hemoglobina vuelva a ser normal.

–¿Durante cuánto tiempo?

–Probablemente durante varios meses –dijo Cate–. Entonces repetiremos el análisis para ver si las reservas de hierro se han recuperado.

Elysse respiró aliviada.

–Pensaba que tenía algo horrible –confesó–, cuando le dije que me mareaba y esas cosas. Pero si me tomo las pastillas, voy a ponerme bien, ¿verdad?

Si fuera tan sencillo, pensaba Cate.

–Se trata de algo más que de tomar la medicina –dijo con cuidado–. Vas a tener que hacer menos ejercicio para empezar. Y aún estás creciendo. Necesitas alimentarte de manera adecuada. ¿Qué tipo de comidas haces normalmente? ¿Por ejemplo, qué sueles cenar?

–Papá trae a casa comidas preparadas –la chica se abrazó a la bolsa–. Pero yo nunca como lo que trae. No quiero ponerme gorda, como mamá.

–¿Dónde está tu madre, Elysse? ¿La ves?

Cate detestaba curiosear de ese modo, pero la salud de la chica estaba en juego.

Elysse se encogió de hombros.

–Se fue a vivir a la costa. No nos llevábamos bien.

–A veces es algo muy normal entre madres e hijas a tu edad. Cuando te hagas mayor seguramente verás que la cosa cambia y mejora.

La chica la miró sorprendida.

–Mis padres nunca se llevaron bien. Creo que solo se casaron porque mamá se quedó embarazada de mí… –tragó saliva–. Papá solía meterse con ella continuamente por la gordura. No me extraña nada que se marchara.

Cate se puso de pie. Elysse necesitaba unos momentos para tranquilizarse. Cate llenó un vaso con agua fresca y se lo ofreció a su paciente.

–¿Tu padre y tú os lleváis bien?

–Mi padre es majo. A veces vamos juntos al cine. Pero no tiene ni idea de cómo llevar la casa. Yo me tengo que encargar de todo.

Cate permaneció en silencio un momento. Debía tener en cuenta la necesidad que tenía aquella joven de desahogarse. Y cuanta más información tuviera Cate, mejor y más preciso podría ser el tratamiento que le aplicara a su paciente.

Elysse levantó el vaso y dio un trago de agua.

–Dejé el instituto hace cosa de un mes.

–¿Por qué lo hiciste?

–No encajaba. Odiaba estudiar. Quiero trabajar, tener un empleo. Me gustaría ser peluquera. Sé que sería una buena profesional.

Era la primera cosa positiva que decía Elysse, y Cate decidió agarrarse a eso.

–Creo que hay maneras de obtener información sobre la

formación profesional que necesitas para ser peluquera. ¿Y si hablaras con el orientador del instituto?

–Tal vez.

–Lo que sea –dijo Cate, decidiendo que había llegado el momento de mostrarse práctica–. Necesitas que alguien te ayude. ¿Tienes una tía, quizá? ¿O una abuela?

La chica sonrió.

–A veces veo a mi abuela. Es buena persona –ahogó una sonrisa–. Es la madre de papá. Normalmente lo regaña por no ocuparse lo suficiente de la casa.

Cate intuyó que en esa mujer Elysse tenía una aliada. En un segundo se decidió.

–De acuerdo, Elysse. Voy a llamar a tu abuela y las tres vamos a mantener una charla para ver qué podemos hacer para que tú lleves una vida más feliz.

Elysse negó con la cabeza.

–No sé cómo...

–Ya lo verás –Cate sonrió–. Y en cuanto empieces a tomar el hierro y a alimentarte de cosas ricas, te sentirás mucho más fuerte y animada para hacer cualquier cosa. Te lo prometo. ¿Te gustan los batidos?

Elysse asintió y esbozó una tímida sonrisa.

–Podrás escoger la fruta que más te guste –Cate sonrió–. Personalmente a mí me encantan las fresas o la fruta de la pasión con un poco de nata, o helado, y unas cuantas nueces...

–Mmm... Qué rico.

Oh, pobre chica. Cate pestañeó y sintió ganas de abrazarla para ayudarla a sentirse menos abandonada. Pero, por supuesto, no podía hacerlo.

En lugar de eso, descolgó el teléfono.

–¿Estará tu abuela en casa ahora, Elysse?

La chica pareció sorprenderse.

–¿Va a pedirle que venga aquí?

–No –respondió Cate en tono bajo–. Iremos a verla. Tengo una hora libre antes de volver aquí para una reunión. Así que si me das su número de teléfono, Elysse, la llamaré y le diré que vamos para allá. ¿Te parece bien?

Elysse asintió rápidamente y eso fue suficiente respuesta para Cate.

–Así que eso es lo que hemos hecho –concluyó Cate.

La reunión estaba tocando a su fin, y Cate miró a los presentes con vacilación.

–Me parece estupendo –dijo Jon en tono de aprobación–. Bien hecho, Cate.

Andrew parecía pensativo.

–No estarás pensando en hablar con el señor Maxelton ahora, ¿no?

–Prefiero que la familia intente resolver el problema entre ellos. Pero cuando vuelva a ver a Elysse podré juzgar mejor cómo van las cosas.

Peter miró a Cate.

–¿Estás segura de que la abuela cumplirá lo prometido, que apoyará a la chica?

–Me ha asegurado incluso que acompañará a Elysse una vez por semana a hacer la compra y la ayudará a planear las comidas. Maise Maxelton es una buena mujer. Pondría la mano en el fuego –Cate sonrió–. Y además ha tenido una idea genial. Va a animar a Elysse a que se saque el carné de conducir. Aparentemente, Maise tiene un coche pequeño que ya no utiliza, que le serviría a Elysse para ir al supermercado y le sería muy útil cuando consiga un empleo.

–Excelente –Peter asintió–. Tan solo puedo repetir las palabras de Jon. Bien hecho, Cate.

–¡Así se habla! –Andrew dijo en voz baja.

–Bueno, en ese momento me pareció lo mejor que podía hacer –Cate se sintió emocionada por las palabras de sus colegas.

Todo el mundo necesitaba sentirse aceptado y halagado de vez en cuando. Miró brevemente a Andrew pero parecía totalmente ensimismado, dibujando algo en el cuaderno que tenía delante.

–Bueno, si hemos terminado, yo me voy –Jon se puso de pie despacio–. ¿Todos listos para la fiesta de mañana? –miró a su alrededor inquisitivamente; cuando los demás asintieron, Jon sonrió y miró a Andrew y a Cate–. En cuanto a los dos solteros, que sepáis que podéis venir acompañados.

Cate se puso tensa.

–Gracias, Jon, pero yo iré sola.

Andrew la miró y sus miradas se cruzaron. Entonces se encogió de hombros y siguió dibujando.

Cate notó que podía respirar de nuevo.

–Llamaré a Claire a ver si quiere que le eche una mano.

–Estoy seguro de que te lo agradecerá –Jon sonrió–. A sus tres años, Mitch no nos es de mucha ayuda que digamos. Vamos a hacer una barbacoa –dijo–. Espero que a todos os parezca bien.

–Bueno, debo confesar que a mí me parece estupendo –comentó Peter tímidamente–. Todos sabéis que Ellie y yo preferimos una reunión familiar donde la gente pueda llevar a sus hijos.

–Y donde al mismo tiempo puedes retirarte a una hora razonable –Andrew miró a su tío con pesar.

Peter se echó a reír.

–Eso también. Así que, Jon, ¿a qué hora queréis que vayamos?

Jon Goodsir se encogió de hombros.

–¿Hacia las cinco para tomar unas copas y picar algo? Así podré empezar a cocinar sobre las seis.

Con el consenso general, la reunión terminó y los cuatro se dispersaron.

–¿Cate?

Cate se detuvo y se volvió al tiempo que Andrew la alcanzaba en el pasillo.

–Mañana por la noche podríamos ir juntos –dijo–. ¿Para qué llevar dos coches?

Cate pestañeó. Él la miró con atención.

–Estoy de guardia mañana. Tendré que llevarme mi coche, Andrew.

Por un instante Cate se sintió tentada, pero al momento la sensatez imperó.

–Yo... No me gustaría que tuvieras que dejar la fiesta por mí.

–No tienes por qué seguir evitándome, Cate.

Ella tragó saliva.

–No lo estoy haciendo.

–¿Ah, no?

El ambiente se tornó tenso.

–Tenemos algo pendiente, Cate –le recordó en voz baja–. No va a desaparecer porque tú quieras que sea así.

Ante la provocación, Cate alzó la barbilla.

–Dime, Andrew. ¿Qué es lo que quieres?

–Tan solo tienes que utilizar la imaginación –dijo y esbozó una triste sonrisa–. Eso te dirá lo que quiero.

Mientras lo observaba alejarse a grandes zancadas, Cate sintió un calor en su interior. Si su intención había sido provocarla, lo

había conseguido. Sacudió la cabeza mientras su imaginación conjuraba una viva imagen provocada por sus palabras.

¿Entonces qué era lo que la retenía? Cate volvió a su despacho, como si alguien la estuviera persiguiendo. La atracción física entre ellos era irresistible, como la fuerza de un imán.

Se llevó la mano al corazón, que le latía aceleradamente a consecuencia de las palabras de Andrew. Pero ya había equivocado una vez en su vida las mismas señales. ¿Sería distinto esa vez?

Pero Andrew era distinto. Su instinto se lo decía a gritos. Tan diferente a Rick como la noche y el día.

Cate se levantó de la cama el sábado por la mañana sintiéndose como si hubiera alcanzado un momento decisivo en su vida.

Sin embargo, si alguien le hubiera pedido que explicara lo que sentía, no habría sido capaz.

Pero allí estaba. Sentía una nueva confianza, una orientación clara.

No paraba de darle vueltas a la cabeza en febril actividad. Recordó que tenía que ir al supermercado. Si salía enseguida, evitaría la aglomeración de los fines de semana.

Subió a su cuarto y se puso unos vaqueros, un jersey de rayas rojas y blancas y zapatillas de deporte. Después, se cepilló el cabello y se pintó un poco los labios. A los pocos minutos estaba sacando su Polo del garaje, de camino a las tiendas.

En el supermercado, Cate seleccionó los alimentos que necesitaba con rapidez. Al salir de la sección de fruta y verdura, se fijó en un cartel que anunciaba una oferta especial en plantas de interior.

¿Bueno, era o no era aquella una señal del cielo? Sin querer considerar las posibles repercusiones, se dirigió hacia donde estaban las plantas.

Cate llamó a la puerta de la casa de Andrew y esperó; el corazón le latía con fuerza dentro del pecho.

Por un instante pensó en marcharse. Entonces oyó que Andrew se acercaba a la puerta y al momento la abrió. Estaba descalzo y tan solo vestido con un albornoz azul marino.

A Cate le dio un vuelco el corazón al verlo.

–Hola.

Andrew se le quedó mirando un momento y entonces se echó a

reír.

–No crees en hacer las cosas a medias, ¿verdad, Cate?

–¿Te gusta?

Con orgullo miró las hojas brillantes y fuertes de la planta que le llegaba a la altura del pecho.

Él se froto la mandíbula.

–¿Cómo demonios la has traído hasta aquí?

–Dejé el capó abierto. No estaba demasiado lejos, tan solo en el centro comercial.

–Debe de pesar una tonelada –comentó, fingiendo que se tambaleaba mientras levantaba la maceta de cerámica y la metía en la casa.

–Es un ficus –Cate le explicó, siguiéndolo dentro con vacilación–. Pensé que más adelante podría servirte de árbol de Navidad...

–Ni se te ocurra pensar en eso, Cate –dijo rotundamente aunque en tono expresivo.

Entonces nada había cambiado. Cate sintió que su nuevo sentimiento de confianza disminuía. Se mordió el labio inferior y decidió centrarse en cosas más prácticas.

–No te quedes ahí parado todo el día, Andrew. ¿Dónde quieres ponerla?

–No me preguntes –gruñó.

–No seas ridículo –Cate le contestó despacio–. Creo que aquí al lado del arco quedará muy bien. Así la verás al entrar y te acordarás de regarla.

–¿Cómo?

Cate se puso nerviosa.

–Estás de mal humor esta mañana, ¿eh, doctor?

Lo miró mientras colocaba la planta en el suelo con movimientos un tanto nerviosos. Se llevó la mano a la garganta. ¿Habría hecho lo correcto presentándose esa mañana?

–¿Quieres café? –le echó una mirada interrogativa y se volvió hacia la cocina.

Cate lo siguió; le temblaban las piernas.

–Te has levantado temprano –dijo él.

–Mmm –Cate lo observó mientras llenaba de agua el hervidor y lo enchufaba; entonces se volvió a mirar por la ventana, desde donde se veían los cuidados jardines traseros a lo largo de la calle.

–Gracias por la planta –dijo por fin más tranquilo, más confiado.

Cate respiró aliviada y dio gracias al Cielo por ello.

–La planta lleva una tarjeta colgada que te dice cómo tienes que cuidarla –dijo–. Y un ficus es una buena planta para tener dentro de casa. Pero hay que alimentarlos bien.

Andrew la miró como si no tuviera idea de lo que le estaba diciendo.

–Ay, lo siento –Cate ahogó una sonrisa–. Quiero decir que les gusta que les eches fertilizante a menudo. Tengo una bolsa enorme en casa. Ya te daré un poco.

–Con instrucciones, por favor –apagó el hervidor y preparó el café–. ¿Te apetece comer algo? Tengo bizcocho de pasas, creo.

–No, gracias –Cate sacudió la cabeza–. Pero come tú.

–Paso –dijo mientras abría el frigorífico y sacaba un cartón de leche que dejó junto a la taza de café de Cate–. Me haré una tortilla más tarde cuando me haya duchado y limpiado un poco –se frotó con fuerza la barba cerrada que cubría su mentón.

Cate dio un sorbo de café. Estaban sentados en sendos taburetes altos delante del mostrador de la cocina–. ¿Vas a comprar un comedor?

Él esbozó una ligera sonrisa.

–Eso sería llevar demasiado lejos la comodidad, ¿no crees?

–¡Andrew! –exclamó con frustración.

Él sonrió pausadamente.

–Estaba bromeando, Cate. Pero me encanta cómo te pones.

Ella lo miró enfadada.

–No sé por qué me molesto.

–¿No lo sabes? –murmuró Andrew.

Cate ahogó una exclamación mientras un escalofrío le recorría la espalda.

–¿Te trajeron la cama?

Al momento se arrepintió de haberle hecho esa pregunta. ¿Pero qué demonios le pasaba?

–Por supuesto… –dijo en tono bajo y ronco–. ¿Quieres probarla conmigo?

Desesperadamente.

–Ahora no. En realidad… –miró el reloj– debo irme.

–Te deseo –dijo él adrede.

A Cate le brillaban los ojos.

–Amantes, Cate. Tú y yo…

Se pasó la lengua por los labios, sintiendo una desesperante

sensación de placer en las entrañas.

–Andrew...

Él sonrió y le acarició la mejilla.

–Por ti, incluso me afeitaría.

Ella bajó la vista para no ver la ternura en sus ojos, y respiró tan hondo que le dolió.

–Amantes, Cate –susurró–. Imagínatelo...

–Andrew...

–Te escucho.

Ella siguió con la vista baja, sin querer que él viera en sus ojos sus miedos, su debilidad.

–Pronto.

Él le tomó la mano y se la llevó a los labios.

–¿Cuándo es pronto?

El gesto la desarmó y estuvo a punto de hacerle caer.

–Pronto –repitió con voz temblorosa mientras retiraba la mano–. Esto... ¿Qué planes tienes para hoy?

Andrew agarró la taza y bebió el café despacio.

–Le prometí echarle una mano a Jon más tarde, para colocar los muebles en el jardín y lo que se necesite para la fiesta.

–Entonces, probablemente te veré allí. Yo voy a ayudar a Claire a preparar la comida. Gracias por el café –se bajó del taburete.

–Te acompañaré a la puerta –le dijo.

Cate se marchó, preguntándose cómo era posible que las piernas no le hubieran fallado ya.

Después de marcharse Cate, Andrew pasó un buen rato junto a la puerta, sintiendo el calor de su cuerpo envolviéndolo.

Negó con la cabeza, como si sus caprichosos pensamientos lo impacientaran.

–Ya basta –murmuró mientras se dirigía al cuarto de baño a ducharse y afeitarse.

¿Por qué le daba la impresión de que había perdido el control de su vida? Desde luego, eso era lo que sentía. Cate resopló con alivio. ¡Ni siquiera recordaba haber conducido el coche de vuelta a casa!

Empezó a sacar los alimentos de las bolsas automáticamente, como un robot, y después los metió en la alacena o en el frigorífico, según la necesidad. Un calor ardiente la recorrió de pies a cabeza al recordar la musculatura de su cuerpo abrazándola.

Andrew.

Volvió lentamente a la realidad, pestañeando, sin ver la cafetera que tenía en la mano. ¿Sería que se estaba enamorando? Sí era así, desde luego nada tenía que ver con lo que había experimentado con Rick. En absoluto.

Cuando le sonó el móvil, aspiró hondo y volvió a la realidad.

La llamada era de una de las pacientes de Cate, Jane Rossiter. Tenía niños pequeños y su marido a menudo tenía que trabajar lejos de casa.

–No me gusta molestarla, doctora Clifford –dijo la mujer en tono angustiado– pero Kirsty lleva toda la noche muy inquieta, y esta mañana le vio que tenía un sarpullido en el pecho. Supongo que a lo mejor me he puesto nerviosa innecesariamente...

–No, señora Rossiter –Cate dijo con firmeza–. Voy para allá. La veo dentro de un momento.

Cate agarró su maletín y fue hacia el coche, pensando que últimamente había un brote de estafilococos en niños que asistían a guarderías infantiles.

Aquel tipo de bacteria era un asesino en potencia y había que poner al enfermo en tratamiento médico sin dilación. Cate condujo un poco más aprisa de lo normal.

Jane la recibió a la puerta y se disculpó de nuevo.

–Jane, este fin de semana estoy de guardia de todos modos –dijo Cate con una sonrisa–. Y no es como si hubiera tenido que desplazarme treinta kilómetros.

–No, supongo que no –la joven madre parecía pesarosa–. Pasa – condujo a Cate hacia el cuarto de los niños.

–Hola, Kirsty –dijo Cate en tono suave mientras dejaba el maletín a los pies de la cama–. Mamá me dice que te sientes mal.

–Un poco –dijo la niña de seis años–. Tengo mucho calor y me pica mucho –se levantó el camisón para enseñarle a Cate el sarpullido que tenía en el pecho.

–Mmm, ya veo –Cate dijo con cara seria–. Bueno, vamos a echarte un buen vistazo, ¿vale? –Cate la examinó cuidadosamente y se alegró al ver que tan solo tenía varicela.

–Tienes varicela, cariño –le dijo mientras le bajaba el camisón–. Tienes que quedarte en casa hasta que se te hayan quitado los granos, ¿vale?

–Supongo que los demás niños también se habrán contagiado – dijo Jane con pesar mientras peinaba el rubio cabello de su hija con

los dedos.

–Posiblemente, pero probablemente será mejor que lo pasen todos de una vez. Contraer la varicela de mayor es mucho peor –Cate sonrió–. Yo la pasé cuando tenía quince años. Fue durante las vacaciones de verano. Me volví loca rascándome.

Jane sonrió.

–¿Entonces le pongo loción de calamina para los picores?

–En realidad, no –Cate abrió el maletín–. Han sacado un producto nuevo al mercado. Creo que tengo una muestra por aquí... Vamos a ver... Aquí está. Solugel. Supuestamente es muy efectivo. Te dejo esta, pero lo puedes comprar sin receta.

–Gracias, doctora –Jane miró el tubo–. Gracias a Dios Wayne va a estar en casa un par de semanas así que me podrá echar una mano.

–Estupendo –Cate le dio un apretón en la mano a Kirsty y se puso de pie–. Y tal vez los otros no se contagien.

–Bueno –dijo la madre en tono filosófico–. Supongo que tendremos que esperar a ver qué pasa.

La acompañó a la puerta.

–Podrías darle una ducha caliente a Kirsty –dijo Cate–. Sécale la piel despacio y sin frotar con una toalla suave y ponle después el gel en los granos. Una ducha la refrescará y le hará sentirse mucho mejor. Tiene que tomar mucho líquido y que coma poco cuando a ella le apetezca. Cuando se sienta bien para levantarse, te lo dirá.

–Me ha dejado muy tranquila, doctora –dijo Jane con agradecimiento–. Muchísimas gracias por venir.

Cate sonrió.

–No hay de qué. Y llámame cuando lo necesites si tienes alguna duda.

Cate miró el reloj y arqueó las cejas. La mañana se le había pasado volando. Tan solo tendría tiempo para tomarse un sándwich antes de salir para casa de Jon Goodsir.

–Bueno, las ensaladas verdes están listas –dijo Cate mientras cubría con film transparente para envolver alimentos una fuente y la metía en el frigorífico.

–Gracias, Cate, muchas gracias –Claire se irguió y la miró con satisfacción–. Creo que ya hemos terminado. Bea va a traer una de sus famosas ensaladas de champiñón y pimientos picantes para

acompañar los entrecots y Andrew me ha dado la receta de una ensaladilla de patata muy especial.

–¿Entonces es verdad que sabe cocinar?

Claire se echó a reír.

–Me apuesto a que nuestro doctor Whittaker podría hacer cualquier cosa que se propusiera.

Cate se sentó en uno de los taburetes de la cocina.

–Me dijo que vendría a echarle una mano a Jon.

–Ha estado ya aquí y se ha marchado –dijo Claire sin darle importancia.

–Ah –de pronto Cate se sintió nerviosa.

¿Lo habría hecho adrede para evitarla? Esa mañana le había dado al impresión contraria. Sintió que se ruborizaba al pensar en ello mientras observaba a Claire llenando la tetera de agua hirviendo.

–Creo que nos lo hemos ganado –Claire le sirvió momentos después un té recién hecho–. Será divertido juntarnos todos esta tarde, ¿verdad?

–Mmm –Cate asintió con entusiasmo.

–He invitado a mi amiga, Lyn Scali –Claire le confesó con una sonrisa de conspiración–. He pensado que ella y Andrew harían buena pareja. Lyn ha hecho un par de viajes al extranjero para Care Australia –continuó–. Esa experiencia al menos les dará algo de qué charlar.

Cate se quedó helada, tragándose las palabras que amenazaban con salir de sus labios. Que ella y Andrew eran…

¿Qué eran?

Se mordió el labio inferior y se quedó mirando el contenido de la taza de té, como intentando encontrar las palabras adecuadas. Pero no le llegó la inspiración. En lugar de eso se sintió sumida en un mar de incertidumbre, donde las olas y las corrientes la llevaban a la deriva.

–¿Se ha establecido ya?

Cate sonrió tristemente.

–Es un poco pronto para afirmarlo. Claire… –Cate se puso de pie rápidamente–. Si no te importa, tengo que irme. Tengo un par de visitas que hacer en el hospital –mintió–. No hace falta que me acompañes.

Capítulo 8

NI SIQUIERA después de pasar casi una hora metida en un baño de sales de lavanda pudo Cate relajarse un poco. Hizo una mueca de pesar mientras jugueteaba con la idea de no presentarse en la fiesta. Pero eso era imposible. Los Maguire eran unas personas muy especiales para ella.

Empeñada en ponerse lo más guapa posible por razones que ni ella misma quería analizar, abrió el ropero y examinó cuidadosamente su contenido.

Tenía vestidos de fiesta, pero no quería ponérselos. Por supuesto le apetecía arreglarse, pero como estaba de guardia, no le pareció lo más adecuado.

Decidió ponerse algo elegante, pero práctico, y eligió un pantalón negro de vestir y una camisa de seda en color dorado pálido. Se maquilló los ojos con un poco de sombra para darles profundidad y máscara de pestañas para acentuarlas.

¿Pero por qué se estaba molestando? Cate hizo una mueca delante del espejo del tocador mientras se ponía unos aros de oro en las orejas. Porque, le gustara o no, parecía que iba a tener que competir con Lyn Scali para llamar la atención de Andrew.

Cate estaba casi a punto de meterse en el coche cuando sonó el móvil, y tuvo que ir a ver a Terence Walsh. El señor Walsh, uno de los pacientes de Peter, tenía unos setenta años y vivía solo. Cate llegó a su casa a los pocos minutos.

–Me siento como un viejo inútil –se lamentó–. Fui a tomarme la medicina y vi que no tenía. Y lo peor es que no tengo tampoco ninguna receta.

–No pasa nada, señor Walsh –se sentó junto a él en el salón–. Le daré la medicación suficiente para el fin de semana y le haré una receta nueva que podrá ir a buscar el lunes. ¿Qué le parece eso?

Él asintió.

–Me parece muy bien, chica. Pero debería haberme acordado de dejarlo todo arreglado antes de marcharse el doctor Maguire. ¿Quién me atenderá ahora cuando vaya al centro?

Cate sabía que Peter le había dicho a sus pacientes que sería

Andrew quién les atendería en su ausencia. Estaba claro que al señor Walsh ya se le había olvidado.

–El doctor Andrew Whittaker lo atenderá ahora, señor Walsh –dijo Cate mientras anotaba los detalles de la medicación de la copia de la receta.

Terence Walsh se cerró la chaqueta.

–Un joven mocoso, ¿no?

–No, yo no diría eso –Cate ahogó una sonrisa–. El doctor Whittaker ha sido médico en las fuerzas armadas y tiene mucha experiencia.

–Tal vez esté bien, supongo –concedió el anciano.

Por ir a ver al señor Walsh, Cate llegó más tarde que el resto de los invitados. Como estaba de guardia, Jon le había dicho que le dejaría un espacio en su garaje para aparcar el coche.

Menos mal, pensaba Cate mientras se fijaba en la fila de coches que llenaban la acera. Nada más salir del coche Cate oyó la música y las risas de los invitados de Jon y Claire que estarían en el jardín trasero.

Ellie Maguire la saludó con un fuerte abrazo.

–Hace mucho que no nos veíamos –le dijo sonriente–. Y pasará más tiempo hasta que nos volvamos a ver, supongo.

–Tan solo debéis ocuparos de disfrutar todo lo posible de vuestras vacaciones.

Marc, el mayor de los hijos de los Harrison, apareció con una bandeja de bebidas en la mano y Cate eligió un zumo de frutas. Levantó el vaso y dio un sorbo mientras con nerviosismo paseaba la mirada por el jardín buscando a Andrew.

Casi inmediatamente lo vio conversando animadamente con Lyn Scali. Bueno, ¿qué esperaba?

Cate sintió la punzada de los celos. Lyn se había arreglado según sus propósitos. Llevaba un vestido negro recto que intensificaba su esbelta figura. Se había maquillado cuidadosamente, poniendo énfasis en sus grandes ojos y en los altos pómulos.

Cate agarró el vaso con fuerza. En un momento de locura pensó en acercarse a ellos y reclamar…

–Hacen una estupenda pareja, ¿verdad? –comentó Ellie Maguire–. ¿Cómo te parece que se está adaptando mi sobrino a la vida de civil?

«¡A mí no me lo cuenta!», Cate quiso gritar. Solo le había pedido que se acostara con él.

–Es un hombre hecho y derecho ya, Ellie. Supongo que meditó muy bien el paso que iba a dar.

La mujer negó con la cabeza.

–Me preocupa bastante.

–¿Quién, yo? –Peter apareció junto a su esposa y le echó el brazo por los hombros afectuosamente.

–Desde luego que no –Ellie se echó a reír y le dio un codazo–. Cate y yo estábamos hablando de Andrew y de cómo se está adaptando a la vida de civil.

Peter se encogió de hombros.

–A mí me parece que se está adaptando de maravilla. ¿Tú qué crees, Cate?

–Creo que es una persona muy independiente –dijo con cierta dificultad; tenía los músculos del rostro tensos de tanto controlar su expresión.

Se produjo un breve silencio y entonces Peter cambió de tema.

–Ah –miró hacia la barbacoa–. Jon nos está llamando para acercarnos a comer. Qué bien huele la carne, ¿verdad?

–Id vosotros –sonrió con esfuerzo–. Tengo que comentarle una cosa a Bea.

Era la mejor excusa que se le ocurrió en ese momento. Cate se volvió y miró a Andrew, que estaba de espaldas.

–Maldita sea –suspiró en voz baja al darse cuenta de que la opresión que sentía en el pecho no eran más que celos.

Cate se pasó la lengua por los labios. La intensidad de sus sentimientos la atemorizó.

Levantó la cabeza y miró a su alrededor, como si quisiera volver a la realidad, para calmarse un poco.

Jon y Claire habían hecho un gran esfuerzo para crear un ambiente festivo. Y estaba todo tan bonito. Las mesas redondas estaban cubiertas por manteles blancos y decoradas con hojas colgando de los bordes. Había vino en refrigeradores de piedra y una mesa larga literalmente cubierta de deliciosa comida para acompañar la carne a la brasa.

Miró hacia el cielo estrellado y se dio cuenta de que jamás se había sentido tan sola en la vida.

Por el rabillo del ojo vio que Andrew buscaba un par de sillas para él y para Lyn. Lo vio sentarse con naturalidad en una de las

butacas de mimbre. En ese momento, mientras Cate lo observaba, echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír a carcajadas por algo que le había dicho Lyn.

Maldito Andrew, pensó Cate hecha una furia. Se volvió rápidamente y fue hacia donde Bea y su marido brindaban junto a uno de los pequeños braseros. Los saludó con una sonrisa crispada.

–¿Os importa si me uno a vosotros?

Cate no supo cómo fue capaz de soportar los minutos siguientes. Pero lo que sí sabía era que hablaba de un modo forzado, y que su sonrisa era demasiado tensa.

–¿Te apetece beber algo más, Cate? –le preguntó Jeff Harrison mientras se ponía de pie y empezaba a recoger los vasos–. ¿Te apetece un vino?

–Yo no quiero nada, gracias Jeff –dijo con esfuerzo–. Estoy de guardia.

–Hoy te ha tocado, ¿no?

–Entonces, tal vez no estaría mal si fuéramos a comer –sugirió Bea–. Mientras tengas suerte y no te llamen.

Comieron en silencio durante un rato hasta que Cate dijo:

–No he visto a Will.

–No ha venido con nosotros –le explicó Bea–. Prefirió quedarse a pasar la noche en casa de Brent con él y su padre.

–Andrew le ha dicho que ya puede volver al colegio el lunes.

Bea se echó a reír.

–Me imagino que lo que le ha pasado le va a dar tema de conversación durante mucho tiempo.

Cate se quedó callada. Parecía que fuera dónde fuera y hablara con quién hablara, el nombre de Andrew siempre salía a relucir. Se llevó la mano a la sien y se la frotó para intentar aliviar el dolor que empezaba a martillearle la cabeza.

Cuando Chrissie y Jessica llegaron con sus respectivos novios, Cate empezó a sentirse fuera de lugar, ligeramente desesperada y no menos nerviosa.

¿Encontraría alguna vez al hombre adecuado? No podía engañarse. Dentro de un par de meses cumpliría treinta años y su reloj biológico le estaba diciendo que necesitaba un compañero, formar un hogar, tener hijos...

–¡Ah, allí esta Andrew! –Chrissie agitó la mano–. Nos ha visto. Creo que viene para acá.

Aterrorizada, Cate arrastró con torpeza la silla en la que estaba

sentada.

–Creo que voy a por una taza de café.

Con la sensación de que todos la estaban mirando, Cate avanzó hacia la mesa larga.

–¿Cate?

Se dio la vuelta. Andrew estaba tan cerca que pudo distinguir las finas arrugas alrededor de sus ojos y sus labios. El aroma a su colonia le llegó y aspiró temblorosamente.

–No te he visto llegar –dijo–. ¿Por qué no has venido a decirme hola?

A Cate le sonó a acusación.

–Era tarde. Tuve que hacer una visita a domicilio. Además, parecías muy contento donde estabas. No quise interrumpirte.

–Eso es un poco infantil, ¿no crees? –dijo en tono seco.

–¿Quieres un café? –le preguntó bruscamente.

–No –Andrew entrecerró los ojos–. Creo que debemos hablar.

–¿Hablar? –lo miró fijamente–. Me daba la impresión que eso era lo último que tenías planeado, Andrew.

Él apretó la mandíbula mientras se cruzaba de brazos.

–No parece que nos estemos aliviando mutuamente demasiado, ¿no, Cate?

No tenía nada que decir a eso. El corazón empezó a latirle demasiado deprisa y Cate sintió que su proximidad la envolvía.

El móvil empezó a sonar providencialmente.

Se subió a la terraza cubierta para contestar la llamada. No se sorprendió al volver y ver que la estaba esperando.

–Tengo que marcharme –dijo con brío.

–¿Es urgente?

Cate se retorció las manos con nerviosismo.

–Kurt Hayward.

–El padre de la niña que tiene leucemia.

Cate asintió.

–Parece que a su esposa, Ginny, le ha dado una crisis nerviosa.. Aparentemente, acaba de ver con claridad el verdadero problema que les ha caído encima. Lleva horas llorando –lo miró distraídamente–. Le diré a Jon que me marcho.

–Te esperaré –dijo Andrew con firmeza–. Te acompaño al coche.

–No hay necesidad –protestó débilmente–. Lo tengo en el garaje.

Pero Andrew no le hizo caso y salió con ella.

Cate maldijo entre dientes mientras intentaba poner el marcha el coche por cuarta vez.

–¡Porras! –exclamó y levantó la cabeza cuando Andrew llamó con los nudillos en la ventanilla.

–Parece que te has quedado sin batería –dijo–. Yo te llevaré.

–Tomaré un taxi –Cate agarró el bolso y salió del coche.

–Déjalo, Cate –tiró de ella hacia la calle donde estaba aparcado su Audi–. Es sábado por la noche –dijo con énfasis–. Tendrás que esperar mucho rato.

Cate se rindió. Probablemente, Andrew tenía razón y estaba muy preocupada por el disgusto de Ginny Hayward.

–Parece un caso claro de ansiedad y depresión como resultado de un diagnóstico –dijo Andrew mientras conducían.

–Sí –a Cate se le encogió el corazón; miró su perfil fuerte con aprensión–. Te lo agradezco mucho, Andrew.

Él le echó una rápida mirada.

–Estamos en el mismo barco, Cate. Que yo recuerde ambos accedimos a apoyar a los Hayward cuando fuera necesario.

Cate se encogió de hombros.

Tardarían veinte minutos en llegar al bloque de pisos donde vivían los Hayward. Cate pensó que podían hacer el viaje en silencio o charlar y romper así la tensión. Se decidió por lo último.

–¿Sabes algo del departamento de personas desaparecidas del Ejército de Salvación?

–Me han dicho que están haciendo avances –dijo–. Aunque siento decirte que no tengo idea de lo quiere decir eso. ¿Qué pasa con Madeleine?

–Ha mejorado bastante y ya la han trasladado a planta. Pero, por supuesto, el hospital no puede tenerla allí para siempre.

Andrew se concentró en el tráfico de la calle.

–No has hablado con ella sobre la posibilidad de irse a un hogar para ancianos, ¿verdad?

–Estaba esperando a que mejorara para abordar el tema. Hablaré con ella la semana que viene.

–Mi oferta sigue en pie, Cate.

–¿La de venir conmigo a verla?

–Si está bien, podríamos llevarla a dar una vuelta. A visitar el hogar y tal vez a tomar el té a algún sitio. Podríamos crear un vínculo nuevo entre ella y el exterior.

Cate sonrió.

–Ahora me vas a sugerir que invitemos también a Roxanne.

–¿Por qué no? A lo mejor serviría de ayuda. Nada se resuelve si uno no pone empeño, Cate.

Cate tragó saliva. ¿Por qué le daba la impresión de que se estaba refiriendo a otra cosa totalmente distinta a lo que estaban hablando?

–La casa de los Hayward está en la siguiente calle a la derecha.

–¿Quieres que entre contigo? –Andrew le preguntó cuando aparcó y apagó el motor.

Cate sintió un gran alivio. No tenía ganas de entrar en casa de los Hayward ella sola.

–Si no te importa.

Kurt los recibió a la puerta, e inmediatamente Cate sintió su ansiedad. Tenía los ojos enrojecidos y el pelo revuelto, como si llevara horas angustiado.

Cate los presentó rápidamente y añadió:

–Mi coche no quería arrancar, así que el doctor Whittaker me ha traído hasta aquí.

Kurt asintió distraídamente, como si aquello no fuera importante. Solo parecía infinitamente agradecido de verlos allí.

–No sé lo que hacer –dijo con tristeza–. Ginny ha sido muy fuerte desde que Shannon fue hospitalizada. Pero ahora... –negó con la cabeza.

–¿Se ha quedado Ginny a dormir en el hospital? –le preguntó Cate con delicadeza.

Él asintió.

–Hasta hoy. Llegamos a casa sobre las cuatro y entonces empezó a llorar sin parar.

Andrew le puso una mano en el hombro.

–¿Dónde está ahora su esposa, señor Hayward?

–Está tumbada en el salón. Creo que se le está partiendo el corazón de tanto dolor como siente...

–¿Está aquí su otra hija? –Cate lo interrumpió, preguntándose si tal vez tuvieran que tratar también con una hermana histérica.

–Mis padres se la han llevado a pasar el fin de semana con ellos.

–Bien –dijo Cate–. Pasaré a ver a Ginny ahora –le echó a Andrew una mirada suplicante y él asintió.

–¿Qué le parece si usted y yo preparamos un poco de té, Kurt? Estoy seguro de que a todos nos sentaría bien tomar una taza.

–Oh, sí, claro, doctor –se mostró agradecido de tener algo positivo que hacer–. La cocina está por aquí.

–No he podido evitar fijarme en los vidrios de colores de la puerta de entrada –Andrew le iba diciendo a Kurt de camino a la cocina–. Son muy bonitos.

–Los hice yo mismo –Kurt parecía complacido–. Es uno de mis pasatiempos.

Cate se alegró al oír a Andrew intentando animar a Kurt. El salón de los Hayward era pequeño y elegante, suavemente iluminado por una lámpara que había en un rincón.

–¿Ginny? –Cate le puso la mano en el hombro a la mujer que estaba acurrucada–. Soy Cate Clifford.

Ginny se volvió y suspiró largamente.

–Yo... no sé lo que me pasa. Volvimos a casa de ver a Shannon y... –empezó a llorar otra vez–. Yo quería mostrarme fuerte...

–Lo que estás sintiendo es una reacción de lo más normal tras el diagnóstico de Shannon –Cate abrió el bolso–. Te voy a dar algo que te relajará un poco y después podremos hablar tranquilamente si quieres.

Cate salió del salón sin hacer ruido y fue hacia la cocina.

–¿Cómo está, doctora Clifford? –Kurt se levantó de la silla inmediatamente.

–Parece agotada, Kurt. Y me da la impresión de que piensa que debe cargar ella sola con todo el peso –Cate fue clara–. Le voy a administrar un sedante. Me preguntaba si podrías darme un vaso de agua, por favor.

–¿Qué le vas a dar? –Andrew le preguntó en voz baja–. ¿Valium?

Cate asintió.

–Creo que es lo que hace falta. Pero solo de cinco miligramos.

Kurt le pasó a Cate un vaso de agua.

–¿Podría ver a mi esposa, doctora Clifford? Yo no pensé que... Quiero decir, creí que la estaba ayudando...

Andrew se puso de pie.

–Tal vez sea el momento adecuado para mantener una discusión sincera sobre este asunto. ¿Kurt, por qué no trae la bandeja con el té al salón y la doctora Clifford y yo intentaremos contestar cualquier duda que tengan sobre la enfermedad de Shannon?

Casi una hora después, Cate y Andrew se dispusieron a salir.

–¿Entonces piensa que hay esperanzas de que nuestra pequeña venza la enfermedad? –Kurt tenía a su esposa agarrada de la mano

y ambos los miraban con alivio.

–No podemos asegurar nada –dijo Andrew pacientemente por enésima vez–, pero según el informe de Jon, la primera sesión de quimioterapia fue bien, como estoy seguro de que os habrá contado.

Los padres asintieron.

–No se puso tan mala como nos habían advertido que podría ponerse –dijo Ginny.

–Y es una luchadora –Kurt le dio un apretón en la mano a su esposa–. Como su mamá.

–Bueno, pues debéis agarraros a eso –Andrew se puso de pie e invitó a Cate a que hiciera lo mismo–. ¿Llevamos pastillas para dormir encima, doctora Clifford?

Cate asintió. Había estado a punto de sugerir lo mismo. Sacó una píldora de un bote y la dejó en una bandeja.

–Con eso podrás dormir bien esta noche, Ginny –le sonrió–. Y tal vez un baño caliente te haga mucho bien.

–Y estamos en el centro si necesitáis hablar con cualquiera de los dos –Andrew se ofreció cortésmente.

Se marcharon y Cate se sentó en silencio en el coche mientras pensaba en lo que habían hablado.

–¿Crees que lo soportarán? –preguntó.

–Maldita sea, Cate –Andrew metió la llave en el contacto y puso en marcha el motor–. Pregúntame algo fácil.

Cate se sintió rechazada y se abrazó en un gesto de protección. ¡Qué tarde más horrible había resultado! Se sentía agotada, extenuada.

–¿Podrías dejarme en casa, por favor?

–¿No vas a volver a la fiesta?

–No. Llamaré a los Maguire por la mañana antes de que se marchen.

–¿Qué quieres hacer con tu coche?

Cate se abrazó con más fuerza.

–Iré a la compañía de seguros nada más levantarme. Si quedo con ellos en casa de los Goodsir, podrán instalarme una batería de repuesto enseguida.

Andrew aminoró la velocidad al ver el semáforo cambiar a rojo.

–¿Y si vuelven a llamarte?

–Tomaré un taxi –dijo–. Seguramente a estas horas ya no habrá tanto problema.

Cate se alegró de que el fin de semana estuviera tocando a su fin. Lo único bueno era que ya tenía el coche, pensaba mientras llenaba la lavadora de nuevo.

No sabía nada de Andrew y ella no se había atrevido a llamarlo. Ahogó un suspiro. Ya no tenía ni idea de lo que había entre ellos.

La noche anterior cuando la había llevado a casa se había mostrado claramente reacio a quedarse un rato con ella. La había acompañado hasta la puerta y antes de marcharse le había dicho:

–Se te ve agotada, Cate. Duerme un poco.

El busca había sonado varias veces durante el día, pero ninguna de las visitas le había llevado demasiado tiempo, y llegadas las ocho de la tarde le había dado el relevo a la agencia que utilizaban durante la semana.

Pensó en llamar a Andrew y descolgó el auricular, pero volvió a colocarlo en su sitio inmediatamente. En lugar de eso se fue a la cama temprano y se durmió enseguida, pero a las pocas horas se levantó con una desazón tremenda.

En su sueño había perdido a Andrew, había ido corriendo detrás de él, gritando su nombre… Oh, Dios… Extendió el brazo y encendió la lámpara de la mesilla; se dejó caer sobre el colchón y fijó la vista en el techo. Se sentía como si le hubieran dado un golpe en la cabeza.

Cate se enfrentó a la verdad con angustia. Se había enamorado perdidamente de Andrew Whittaker. Era un sentimiento más profundo y mayor de lo que jamás pudiera haber imaginado.

¿Pero qué hacer cuando lo único que él parecía querer era un romance pasajero?, se preguntaba con tristeza.

Con la mañana recuperó la sensatez. Tan solo había sido un sueño, pensaba Cate mientras se metía en la ducha. No había perdido a Andrew y aún había tiempo de dejar que la situación siguiera su curso.

Se dio cuenta de que lo amaba, y decidió que algún día él también acabaría entendiendo que sentía lo mismo por ella. Tenía que sentirlo. El destino no podía ser tan cruel.

En el aire flotaba un aire primaveral y Cate se vistió apropiadamente. Resultaba agradable dejar de lado la ropa de invierno, pensaba mientras se ponía una falda de vuelo azul marino

con diminutas margaritas amarillas. Por arriba se puso un top de algodón blanco y una rebeca a juego de perlé.

Condujo hasta el consultorio confiada en que algo bueno pasaría ese día. Tal vez se produjera un gran adelanto con Andrew y él le diría que iba a quedarse allí indefinidamente.

–Cuando las ranas críen pelo –se dijo.

Sin embargo, salió del coche y se dirigió hacia la puerta trasera del consultorio muy animada.

Un delicioso aroma a café la arrastró hacia la sala de personal.

Cuando estaba a punto de entrar y saludar, una exclamación entrecortada de Chrissie le hizo pararse en seco y aguzar el oído.

–¿Andrew y Lyn Scali? ¡No me digas!

–Los vi con mis propios ojos –las palabras de Jessica le sentaron como un jarro de agua fría.

–Se lo ligó sin problemas –continuó diciendo la enfermera–. Casi al momento de volver de la visita de Cate. Andrew se quedó en la fiesta unos minutos y entonces se marcharon juntos.

Cate no quiso escuchar nada más. Sintiendo un gran dolor, Cate corrió a refugiarse en la intimidad de su despacho.

Capítulo 9

CON el corazón roto en mil pedazos, Cate cerró la puerta del despacho y se dejó caer sobre ella.

¿Cómo podía Andrew?

Sintió náuseas. Sintió dolor. Estaba enfadada con él y consigo misma por permitir que volviera a repetirse lo mismo.

Rick también la había engañado. Pero las circunstancias presentes no eran iguales a las pasadas, pensaba Cate con lógica. Entonces estaba prometida a Rick. Andrew no le debía nada.

Sacudió la cabeza levemente, ignorando la opresión que sentía en el pecho. Pero Andrew la había besado, la había abrazado. Había actuado como si ella fuera especial para él. Aunque estaba claro que no lo suficiente.

Maldito Andrew Whittaker.

Pestañeó rápidamente para dejar de pensar, se sentó a su mesa y empezó a abrir el correo. ¿Cómo demonios iba a soportar el día? ¿Y la semana?

Intentó tranquilizarse, pensar con sensatez. Si se hubiera mostrado fría y distante desde el principio… Si al menos no se hubiera enamorado de él. Si…

Llegado el final de la semana, empezaba a preguntarse si los dos estarían evitándose adrede. En realidad no había resultado tan difícil.

Cate apretó los labios. Desde luego había contribuido el hecho de que Andrew había estado muy ocupado, intentando hacerse con una lista de nuevos pacientes. Cate miró el reloj y sintió que se le formaba un nudo en el estómago. En menos de una hora tendrían la reunión semanal; gracias a Dios que por lo menos Jon estaría allí.

Al oír que llamaban a la puerta, levantó la cabeza y se encogió en el asiento al ver la cara de Andrew asomándose por la puerta.

–¿Tienes un momento?

No se molestó en devolverle el saludo, sino que entró directamente y se detuvo con brusquedad al llegar a la mesa. Apoyó

las manos en la pulida superficie y se inclinó hacia delante.

–Tengo un paciente con herpes –dijo sin más preámbulo–. Hace mucho tiempo que no veo un caso y estoy algo perdido. Le he sugerido que siga los pasos normales; compresas de hielo para bajar la inflamación y reducir el calor y la irritación. También le he dicho que utilice un gel no alcalino en lugar del jabón.

Cate tragó saliva y miró las manos que hacía pocos días la habían acariciado.

–Algunos dicen que el aloe vera ayuda –dijo.

Andrew sonrió.

–Su madre sugirió aceite de castor.

–¿Por vía oral? –abrió los ojos como platos.

–En realidad en aceite –la miró con los ojos entrecerrados–. Sin duda habrá algún fármaco nuevo en el mercado.

Cate se mordió el labio inferior.

–Podrías intentarlo con una medicación antivírica –apuntó un nombre en un papel y se lo pasó–. Al menos le amortiguará el dolor.

–De acuerdo, gracias. Le haré una receta y podrá intentarlo.

Cate asintió, intentó sonreír, pero no pudo.

Andrew dio media vuelta y se marchó.

–¿Bueno, Cate, y qué vas a hacer este fin de semana? –le preguntó Jon–. ¿Algo interesante?

Habían terminado la reunión de los viernes y estaban recogiendo sus cosas.

Cate agarró el bolígrafo que tenía en la mano con fuerza. La resolución con la que había conseguido fingir normalidad delante de Andrew estaba empezando a flaquear.

–En cuanto salga del trabajo me voy a la Costa Dorada –esbozó una sonrisa luminosa–. Voy a ver a mi madre y a mi padrastro.

Andrew la miró.

–¿En qué parte de la costa viven?

–En Playa Sirena –Cate recogió sus notas–. Mi madre dirige una pequeña galería de arte allí.

–¿Tú pintas? –Jon se inclinó hacia delante con interés.

–¡Ay, no! –rio suavemente–. Mamá tampoco. Tan solo tiene bueno ojo para lo que le gusta al público.

–Tengo que llevar a Claire un día. Está buscando algo para animar nuestro dormitorio –sonrió–. Bueno –Jon adoptó de nuevo

un aire profesional–. ¿Andrew, te las estás apañando bien? ¿Te parece bien cubrir el fin de semana?

–Totalmente.

–Estaré en casa los dos días por si te surge algún problema.

Andrew arqueó una ceja.

–Creo que me las arreglaré. Pero gracias de todos modos.

–No te apetecerá echar un partido de tenis, supongo –Jon lo miró esperanzado–. Uno de los que juega con nosotros no puede hacerlo este fin de semana.

–Lo siento, Jon –Andrew giró los hombros y se estiró–. Demasiado competitivo para mí. Prefiero salir a correr.

Él solo, sin duda. Mientras escuchaba, a Cate no le sorprendió que ese fuera su ejercicio favorito.

–¿Y tú, Cate? –la suave pregunta de Andrew la sacó de su ensimismamiento.

Alzó la barbilla.

–¿Qué pasa conmigo?

–¿Qué haces tú para divertirte, qué ejercicio?

Parecía una pregunta con doble sentido y Cate lo miró con frialdad.

–Lo que me apetezca en el momento.

–Bueno, yo me largo –Jon se puso de pie y se despidió de sus colegas.

No queriendo quedarse a solas con Andrew, Cate también se puso de pie.

–Por mí, no tienes por qué echar a correr, Cate.

Su cálido elogio le hizo sentir una especie de incómodo cosquilleo en la piel.

–Tengo cosas que hacer, doctor Whittaker, aunque tú tal vez no.

Cate fue a la nevera, se sirvió un vaso de agua e intentó calmarse. Pensó que Andrew parecía cansado otra vez. ¡Pues que se aguantara! Si estaba tratando de abarcar demasiado, ¿qué esperaba?

–Que pases un buen fin de semana, entonces –se puso de pie y fue hacia la puerta.

–Gracias...

Cate notó que no era capaz de mirarlo. Cuando la puerta se cerró suavemente, Cate se limpió los ojos con un pañuelo de papel. Quería correr tras él, rogarle que le dijera por qué la situación entre ellos había terminado así. Por qué prefería a Lyn en lugar de a ella.

Sin embargo, ya sabía la respuesta. Volvió a su despacho cabizbaja. Estaba claro que Lyn era como él, una mujer preparada para vivir el momento; mientras que ella, Cate, tan solo podía moverse sobre seguro.

Cuando llegó a su apartamento, a Andrew le pareció más vacío y solitario que nunca. Fue a su dormitorio, se desvistió y se puso unos pantalones cortos y una camiseta.

Estaba en una especie de encrucijada, pensaba en silencio mientras se ponía las zapatillas de deporte. Y tal vez por segunda vez en su vida no sabía qué camino tomar.

Salió, hizo algunos ejercicios de calentamiento y tomó el camino que le llevaría hasta casa de Cate. No supo por qué sintió necesidad de ir en esa dirección. De todos modos, ella no estaría allí.

Antes, cuando había estado mirando por la ventana de su despacho, la había visto metiendo una bolsa de viaje en el maletero de su coche. En ese momento estaría de camino a la costa.

El fin de semana se le presentaba largo y solitario. Soltó el aire con fuerza como si quisiera deshacerse de aquellos negros pensamientos; apretó el paso y fue en dirección al parque.

Al llegar al centro médico el lunes por la mañana, Cate les dijo a todos que Kelly Davenport había dado a luz a una niña de casi cuatro kilos y medio el sábado.

–Es estupendo –Chrissie sonrió–. Ahora ya tienen la parejita. ¿Cuándo nos la va a traer para que la conozcamos?

Jessica sonrió.

–Dale a la niña un respiro, tesoro. Probablemente estará todavía con la molestia de los puntos y otras cosas innombrables después de traer al mundo a una niña tan grande.

Cate se echó a reír, pensando que tal vez Kelly estaría más dispuesta en ese momento a que su marido se hiciera la vasectomía.

Al oír el sonido de la risa femenina salir de la sala de personal, Andrew sonrió. Se dio cuenta esa mañana de que tenía ganas de ir al trabajo; se había pasado el fin de semana solo y aburrido. Pero, al menos, había tenido la oportunidad de aclararse un poco. Bueno, eso esperaba.

–¿Ese reloj va bien? –gritó Chrissie y salió apresuradamente de

la sala.

–Sera mejor que yo también me vaya –Jessica se levantó y colocó la silla en su sitio–. Siendo lunes, seguramente tendré una larga fila de heridos esperando a que les cambie la gasa. Ah... –levantó la vista y sonrió–. Aquí llega Andrew para hacerte compañía, Cate. Os veré más tarde.

Andrew se retiró cortésmente para dejar salir a Jessica. Levantó la vista y vio la expresión comedida en el rostro de Cate cuando se volvió de espaldas a la ventana.

–Cate.

El corazón le dio un vuelco.

–Andrew.

Él la miró con curiosidad, sorprendido por el deseo que inmediatamente se encendió en sus entrañas. Se metió las manos en los bolsillos despacio.

–¿Has pasado un buen fin de semana?

–Maravilloso. ¿Y tú?

–Sin problema.

Santo cielo, pensaba Cate ligeramente desesperada. ¿Cuánto tiempo podrían prolongar aquel angustioso intercambio de monosílabos? El hecho de evitarse el uno al otro la estaba matando, afectando su capacidad de mostrarse natural con él. Decidiendo poner fin a aquella ridiculez, Cate se lanzó a hablar.

–Me han regalado un poco de té que cultivan en la zona. Está bastante bueno. ¿Te gustaría tomar una taza?

Una sonrisa asomó a sus labios.

–Te han empleado de embajadora, ¿eh, Cate? Me encantaría probarlo.

El alivio que sintió fue tan grande que consiguió esbozar una luminosa sonrisa que a Andrew le llegó directamente al corazón.

Tomó la taza de té que ella le ofrecía y le dijo:

–Siéntate un momento, Cate. Quiero hablar contigo.

Por un instante, lo miró alarmada y en su pensamiento se conjugaron las dudas más terribles. ¿Se lo iba a soltar todo en ese momento? ¿Las razones por las que prefería a Lyn?

–El Ejército de Salvación me llamó durante el fin de semana –dijo.

–Ah –Cate se sintió aliviada–. ¿Qué te dijeron?

–Tuvieron noticias de la hija de la señora Twigg. Desafortunadamente, murió hará cosa de un año en un accidente de

tráfico.

Cate se mordió el labio.

–Madeleine se va a disgustar mucho.

–Hay más –Andrew agarró la taza con ambas manos–. Madeleine tiene una nieta, Tania Eastley, de unos veintisiete años, casada. Por lo que me han dicho en el Ejército de Salvación, lleva una vida estable. Aparentemente, ha mostrado interés en conocer a su abuela.

Cate asintió despacio.

–Eso es bueno, ¿no?

–Eso espero –Andrew arqueó una ceja–. Parece ser que Tania no era más que una niña cuando su madre dejó de ver a sus padres adoptivos, y a partir de entonces nunca lo habló con su hija. Por muchas razones pensó que su abuela estaba muerta.

Cate tragó saliva.

–Puede ser un encuentro muy emotivo, ¿no crees?

–Mmm. ¿Cuándo vas a volver a ver a Madeleine?

–Esta semana –Cate lo miró con curiosidad–. ¿Dónde vive la nieta? ¿Te lo dijeron?

–Creo que no vive lejos de la ciudad.

–Entonces es bastante posible que Tania pueda visitar a Madeleine bastante a menudo.

–Bueno, sí –Andrew apretó ligeramente los labios–. Si Madeleine así lo quiere. No te hagas demasiadas ilusiones, Cate –le advirtió–. Tal vez la señora Twigg diga que se vayan todos al infierno.

–Estoy segura de que no reaccionará así –Cate sonrió comedidamente–. Pero entiendo lo que quieres decir. Evaluaré el bienestar general de Madeleine cuando la vea y hablaré con el jefe de admisiones. Si la opinión general es que está lo bastante bien para recibir este tipo de noticia, te lo haré saber y podrás darle la información a los del Ejército de Salvación.

Andrew frunció el ceño mientras miraba el té.

–Eso es más o menos lo que les dije que querrías hacer.

–Andrew... –se le hizo un nudo en la garganta–. Gracias.

–Eh, yo no soy más que un mensajero –impulsivamente le tomó de la mano.

De repente, el ambiente entre ellos se volvió cargado, intenso.

Cate sintió como si estuviera ardiendo por dentro y el pulso se le aceleró. Durante unos minutos se quedaron allí sentados, sin moverse, cada uno esperando a que el otro rompiera el silencio.

Con el corazón a punto de estallarle, Cate retiró la mano despacio.

–Los dos tenemos pacientes esperándonos –dijo.

Cate se alegró de haber tenido una semana ajetreada. Tan ajetreada que tan solo tuvo tiempo de saludar a Andrew cuando se cruzaban en el pasillo.

Por la noche la cosa era totalmente distinta. Había esperado que él diera el primer paso, que se pusiera en contacto con ella y, a pesar de que la tensión entre ellos había cedido, Cate se preguntaba a cada momento si tendría futuro con él.

Echando a un lado aquellos negros pensamientos, se dirigió hacia la sala donde se iban a reunir como cada viernes.

–¿Qué noticias puedes darnos de la señora Twigg, Cate? –Jon le preguntó mientras se acomodaba en una butaca.

–Ha mejorado tanto que no lo creerías. Parece que le gusta mucho que la mimen. Y ya está a favor de ingresar en un hogar de ancianos –Cate miró a sus colegas–. En realidad me preguntó a mí si pensaba que aún podría encontrar un sitio. Que, por supuesto, puede. Llamé por teléfono al director del Hogar Jazmín hace un rato.

–Gran parte del problema se ha resuelto, entonces –Andrew le dedicó una sonrisa alentadora.

–También charlé con la jefa de admisiones, Catherine Yeo –Cate miró a Andrew a la cara–. Ella opina que Madeleine está lo suficientemente bien como para recibir noticias de su familia, pero preferiblemente antes de salir del hospital.

Andrew asintió brevemente.

–Entonces llamaré al Ejército de Salvación y se lo contaré.

–¿Me mantendrás informada? –dijo en tono más seco del que había pretendido y Andrew le dirigió una mirada confusa.

–Por supuesto –le contestó y empezó a hablar del estado de uno de sus pacientes.

A mitad de la reunión, Jon carraspeó y preguntó con timidez:

–¿Podría alguno de vosotros sustituirme mañana durante un par de horas? –volvió las palmas hacia arriba expresivamente–. –No os lo pediría, lo que ocurre es que la madre de Claire viene a visitarnos desde el campo y Claire ha reservado entradas para la mañana en el teatro. Tendré que quedarme a cuidar de Mitch.

–A mí no me importa –dijo Cate–. ¿Qué quieres que haga?

–Estar presente como médico en la gran final del torneo de

rugby entre dos colegios. Uno de ellos es el colegio de enseñanza secundaria local y el otro ese elegante colegio privado que hay de camino a la costa.

–Radleigh –dijo Cate–. ¿Han pedido que haya un doctor allí? Sé que normalmente siempre hay una ambulancia presente en esos partidos importantes. Pueden ser muy violentos.

Jon hizo una mueca.

–Chicos de diecisiete y dieciocho años golpeándose los unos contra los otros. Y lo de enviar a un médico es un acuerdo personal entre Peter y el director del colegio de secundaria local.

Andrew se echó a reír.

–Otro de los compañeros de golf de Peter, seguramente –se pasó la mano por el mentón–. No me importaría ver un partido de rugby. ¿Por qué no te recojo, Cate? Iremos juntos.

–Es una idea maravillosa –Jon sonrió con satisfacción–. Gracias, chicos. Os debo una.

–Yo... –Cate abrió la boca y la cerró bruscamente.

La tarde siguiente en el extenso campo de juego del colegio, a pesar de lucir el sol, de la belleza de los arbustos de flores rojas y de la emoción de la gran final, Cate se sentía nerviosa. Todo aquello le estaba haciendo recordar cosas que hubiera preferido no recordar.

Aspiró hondo y al mirar a su alrededor a punto estuvo de pegar un respingo al ver la abundancia de testosterona masculina que había en el campo. Estaba de pie junto a Andrew en la línea de banda del campo al lado de la tienda de primeros auxilios.

–No sé cómo me he dejado convencer para hacer esto –dijo de modo conciso y expresivo.

–No tenías por qué venir, Cate, te ofreciste voluntaria.

Ella frunció el ceño. ¿Se lo estaba imaginando o Andrew estaba tenso? No podía decirle que agradecía toda oportunidad de pasar tiempo con él lejos del centro médico.

–Supongo que sobreviviré –dijo y esbozó una sonrisa forzada.

–Si es todo demasiado macho para ti, siempre puedes ir a sentarte en el coche –Andrew la miró con humor–. Me las arreglaré.

–¿Y que me acusen de ser una tonta? –Cate se abrazó la cintura–. Ni hablar. Es que hay tantos –sacudió la cabeza, sorprendida al ver a los fornidos jóvenes corriendo por el campo y practicando movimientos.

–¡Son tan grandotes! –Cate se apartó cuando una pelota le pasó muy cerca–. Parecen una manada de búfalos...

–Y este es el equipo local –Andrew sonrió, divertido por su reacción–. ¡Ah! –señaló al entrenador que se paró muy cerca de ellos–. Parece que ya llega el equipo visitante.

¿Oh, Dios mío, más búfalos? Cate observó resignada al equipo de Radleigh mientras salía del autobús. Estaban muy entusiasmados, nerviosos por tratarse de la gran final, empujándose y arremetiendo los unos contra los otros juguetonamente.

El capitán, que había bajado el último del autobús, alzó la voz y los envió a todos al vestuarios. Entonces se volvió para mirar el campo y, de repente, se quedó inmóvil.

–¿Cate? –exclamó con incredulidad.

Cate se quedó helada, y se abrazó la cintura con tanta fuerza que apenas podía respirar. No había cambiado nada. Apretó los labios. Seguía siendo apuesto a rabiar, e iba elegantemente vestido con chándal y zapatillas de diseño y una camiseta azul marino con el nombre del colegio marcándole los músculos del pecho.

–Hola, Rick.

–¿Qué estás haciendo aquí? –dijo con cierto sarcasmo–. Tú odias el rugby.

Molesta, Cate alzó la barbilla.

–Supongo que lo mismo que tú, Rick. Mi colega y yo hemos sido contratados por el colegio de secundaria local para darles cobertura médica durante el partido de hoy –con el corazón latiéndole a toda pastilla, Cate medio volvió la cabeza–. Este es Andrew Whittaker. Andrew, te presento a Rick De Lisle.

–El antiguo prometido de Cate –Rick añadió, como queriendo establecer su posición.

Andrew le dio la mano brevemente.

–¿A qué se dedica exactamente, señor De Lisle? –preguntó con desgana.

–Soy el capitán deportivo del Instituto Radleigh –Rick respondió en tono bravucón–. Al igual que Cate ha cambiado de trabajo, yo también. ¿Dónde trabajas ahora? –sus ojos verdes la miraron interrogativamente.

Por un momento Cate pensó en decirle que eso no era asunto suyo. ¿Pero por qué darle la satisfacción de demostrarle que la había molestado? Ya no podía hacerle daño, y pensando en eso fue capaz de responder con tranquilidad.

–En el Centro Médico de Ferndale. ¿Hace cuánto que saliste de la universidad?

–Unos meses –levantó un hombro en gesto defensivo–. Prefiero lo que hago ahora.

¡Pues que se lo contara a alguien a quien le importara! Cate sintió la rabia agolpándose en su interior.

Andrew la miró con preocupación.

–Debemos ir a hablar un momento con la gente de la ambulancia, Cate.

En silencio dio gracias al cielo por su sagacidad y por haberle dado la oportunidad de escapar.

–Que tengas un buen partido, Rick –dijo y se volvió para seguir a Andrew.

Rick la detuvo al ponerle la mano sobre el hombro.

–Me faltan algunas cosas –dijo en tono suave–. Mis zapatillas de correr, mi traje de goma y otras cosas. ¿Sabes dónde están?

Cate apartó su brazo de ella, como si fuera una serpiente venenosa.

–Supongo que alguien los llevará puestos –dijo con la misma tranquilidad–. Doné tus cosas a la tienda benéfica.

–¿Qué? –gritó.

Al ver la rabia reflejada en su rostro, Cate se armó de valor. ¿Qué demonios habría visto en él? Tragó saliva.

–Sabías muy bien que tenías tus cosas en mi casa, Rick. Las dejaste allí cuando te eché... y nunca te molestaste en ir a recogerlas. ¡Tienes lo que te mereces!

–Eres tan altiva y orgullosa, Cate –se burló–. ¡Tan limpia! Si de vez en cuando te hubieras esforzado en hacerlo mejor, no habría tenido que buscar a otra persona fuera de casa...

–¡Cuida tus palabras, De Lisle! –Andrew lo cortó echando chispas.

La rabia le oprimió el pecho.

–Andrew... –Cate gritó angustiada–. Déjalo... por favor. Él no merece la pena.

Dios mío, qué valiente era Cate. Andrew sacudió la cabeza con admiración. Una persona de menos valía habría abandonado. Pero su Cate, no.

Después de los primeros cinco minutos Andrew se dio cuenta de

que era una especie de ajuste de cuentas entre los dos equipos. Y ellos dos no habían parado un solo momento.

–Es peor que una maldita guerra –le murmuró a Cate mientras le ponía una bolsa de hielo a un jugador lesionado.

–Este joven va a necesitar que le den puntos.

A su derecha, Cate estaba examinando a un muchacho con un corte en la ceja. Le hizo una señal al entrenador del colegio de secundaria local y le explicó lo que le pasaba al chico.

–Tenemos una enfermería, doctora. ¿Podría hacérselo allí?

–Llévelo a la casa de socorro más cercana –Andrew lo interrumpió en tono autoritario–. Necesito a la doctora Clifford aquí conmigo.

De vez en cuando, Cate se sentaba unos segundos para tomar aliento, y en una de esas ocasiones notó que Rick se había ido al otro lado del campo de rugby. Suspiró aliviada. Si tenía que volver a hablar con él…

Finalmente, terminó el partido y Cate y Andrew iban hacia la calle.

–Recuérdame que esté ocupado cuando llegue la fecha de la gran final del año que viene, ¿quieres?

–¿No te ha gustado el partido? –Cate estaba algo sorprendida.

–No mucho –comentó con seriedad–. Hoy en día está tan orientado hacia lo profesional. Algunos de esos chicos están esperando hacer carrera del deporte. Cuando yo estaba en el colegio, jugábamos por amor al deporte, por el honor del colegio.

–Todo cambia, Andrew –dijo Cate en tono bajo.

–¿Quieres hablar de ello?

Le tomó la mano.

–No –estaba muy confusa y alterada y se echó a reír–. No tengo nada en contra del equipo de Radleigh, pero me alegro de que ganaran los otros.

La breve mirada de Andrew fue afilada como una cuchilla.

–Lo entiendo.

Andrew sintió que Cate se retraía instantáneamente. Tendría que ser muy discreto y cauteloso si quería tener alguna oportunidad con ella.

Capítulo 10

TIENES planes para esta noche? –le preguntó Andrew mientras paraba el Audi a la puerta del apartamento de Cate.

Cate pestañeó y volvió al momento presente.

–¿Planes? –repitió aturdida.

–Sí, palabra de seis letras que empieza por pe –sonrió con pesar.

–No –se mordió el labio–. Tan solo iba a...

–¿Lavarte el pelo? –arqueó una ceja–. Pásate sobre las siete. Yo prepararé la cena. No te preocupes, Cate –le pasó los nudillos suavemente por la mejilla–. No tenemos por qué hablar de ello si no quieres. Solo ven.

Ella lo miró, miró los ojos azules que estudiaban su rostro, y frunció el ceño con preocupación.

–No tienes por qué sentir lástima por mí, Andrew. Sé que me he librado de Rick. Y hacía mucho que no pensaba en él.

Desde que había conocido a Andrew no había vuelto a pensar en él.

Andrew se mordió los labios.

–He conocido a hombres como él, arrogantes y egoístas.

Cate soltó una risa.

–Así es él. Al principio era muy atento, divertido. Pero más tarde empecé a sospechar que tan solo me quería como si yo fuera una especie de trofeo.

–Seguramente se pavoneó mucho de que fueras médico –dijo Andrew con rabia.

–Supongo... –Cate se miró las manos–. En cuanto se fue a vivir conmigo, empecé a tener serias dudas. No había tenido mucha experiencia con hombres. Me faltó la figura del padre y encima fui a un colegio solo femenino. Rick apareció de repente, supongo –soltó una risotada–. A mamá nunca le gustó.

Andrew la abrazó sin decir nada y empezó a acariciarle el cabello.

–Tal vez te suene anticuado, Cate, pero Rick no te merecía.

Cate suspiró largamente.

–Él me mintió. Y una relación no puede basarse en la mentira,

¿no crees?

–No...

Sintió sus labios presionándole la sien, como si fuera una niña a la que quisiera consolar. Inmediatamente se sintió mucho mejor, más fuerte. Andrew... Cate lo abrazó también.

–Oh, Catie –dijo en voz baja y sus labios encontraron los de ella.

La respuesta de Cate fue apasionada; un tremendo deseo la recorrió de arriba abajo. No tenía fuerza para apartarse de él, para romper el contacto.

En lugar de eso le echó los brazos al cuello y empezó a acariciarle los suaves mechones de pelo de la nuca. Gimió suavemente cuando él la levantó y la estrechó contra su cuerpo, al momento sus manos cálidas y suaves le acariciaban un pecho.

–Eres tan suave –murmuró en su garganta y seguidamente empezó a pasarle la punta de la lengua por el hueco en la base del cuello.

–Dulce Cate –suspiró y apoyó la mejilla sobre sus cabellos, agarrándola como si no quisiera soltarla jamás.

Cate no supo cuánto tiempo permanecieron así. Solo supo que jamás se había sentido tan a gusto. Las palabras no eran necesarias. Amaba a ese hombre. Las palabras se repetían una y otra vez en su mente y se acurrucó más entre sus brazos.

Cuando por fin él levantó la cabeza ella emitió un leve murmullo interrogativo.

–¿Qué?

–Casi se ha puesto el sol –dijo–. Será de noche dentro de unos minutos.

–Mmm –Cate alzó la vista y vio como el último trazo de color empezaba a abandonar el toldo celeste.

–Será mejor que nos movamos –Andrew se retiró despacio, entonces, inesperadamente, la agarró y la besó brevemente, pero con pasión–. Vente conmigo a casa ya, Cate. Pasaremos por la bodega a comprar una botella de vino.

¿Qué podía decir? En ese momento quería estar con él más que nada en el mundo. Y si tan solo era capaz de ofrecerle una relación temporal, pues que así fuera. Se enfrentaría al final de la historia en su momento. Mientras tanto, ella necesitaba a Andrew tanto como respirar.

–He encontrado una bodega estupenda saliendo de la calle Macklin –dijo mientras se apartaba de la acera y se ponía en camino

hacia la calle principal; le tomó la mano, se la llevó a los labios y le dio un beso en la palma–. ¿Qué te apetece?

«Me apeteces tú». A Cate se le aceleró el pulso.

–¿Qué vino?

–Mmm –le soltó la mano–. ¿Blanco o tinto?

–No me importa, la verdad.

Él se echó a reír con satisfacción.

–Entonces compraremos una de cada.

Cate sonrió.

–Lo dices como si fuéramos a pasarnos la noche entera despiertos y bebiendo.

–Tal vez lo hagamos –le dijo en tono suave y sugerente–. Pero no necesariamente bebiendo.

El ambiente entre ellos se llenó de pronto de expectación. Cate aspiró temblorosamente y se cruzó de brazos, emocionada como una chiquilla.

–¡Maldita sea!

La explosión de alarma de Andrew la devolvió al presente y se inclinó hacia delante para mirar por el parabrisas.

–Oh, Dios mío... –exclamó, viendo lo que Andrew ya había visto.

El pequeño coche que iba delante de ellos, como iba demasiado deprisa había pasado por encima de una esquina y justo evitado un palo de la luz. Asustada, Cate vio cómo el coche se salía de la carretera y se detenía con gran estruendo.

Andrew frenó en seco, sin dejar de soltar palabrotas entre dientes.

–¡Llama a los servicios de emergencia, Cate! Le pasó el móvil, salió del coche y echó a correr hacia el escenario del accidente.

Cate intentó tranquilizarse y marcó el número que unía los tres servicios. Hacía mucho tiempo que no asistía en un accidente de circulación, pero de pronto, de manera milagrosa, reaccionó como cualquier profesional médico debía reaccionar ante una emergencia como aquella.

Andrew había dejado las llaves en el contacto y las sacó y corrió a abrir el maletero.

Sacó todo lo que pudo y dio gracias al cielo porque Andrew fuera un hombre tan metódico.

Andrew había tomado precauciones extra por el partido de rugby.

Incluso había un pequeño extintor que Cate se metió debajo del

brazo; agarró como pudo el resto del equipamiento médico y echó a correr hacia el retorcido coche.

Rezó para que no hubiera muertos.

Para Cate, los minutos siguientes fueron surrealistas. Al llegar al coche, se oyó un tremendo chasquido y el capó del coche se prendió fuego.

–¡Dame eso! –Andrew agarró el extintor y empezó a barrer la superficie con el chorro de lado a lado.

–He sacado al conductor –le gritó a Cate–. Pero hay una mujer dentro. Está embarazada.

Oh, santo Dios. Cate dejó las cosas y fue hacia el asiento del pasajero. Nada más mirar vio que la puerta se había movido con la fuerza del impacto y que estaba atascada.

–¡Andrew! –Cate gritó; en el interior del coche la mujer estaba haciendo frenéticas señales y llorando a lágrima viva–. No puedo abrir la puerta.

–Déjame intentarlo –empujó a Cate bruscamente a un lado–. Maldición –soltó–. Dónde están los servicios de emergencia cuando uno los necesita.

Cate miró frenéticamente a su alrededor. El accidente había ocurrido en una zona industrial, de modo que no había un alma en los alrededores, puesto que al ser fin de semana todos los locales estaban cerrados.

Andrew soltó varias palabrotas mientras trataba de abrir la puerta.

–Deberían prohibir este diseño –dijo con los dientes apretados mientras golpeaba el metal con el puño–. Esto no va a funcionar.

–¿Tienes alguna herramienta del coche?

–Un gato... –Andrew echó a correr.

Cate empezaba a sentirse totalmente impotente. Se había hecho de noche y la débil luz de la farola no servía de mucho. Se inclinó hacia delante y se asomó por la ventana; lo que vio dentro le hizo soltar una exclamación entrecortada.

Andrew volvió y a los pocos segundos consiguió abrir la puerta.

–Mi niño... –la voz de la mujer se fue apagando–. Sáquenlo... por favor...

–Estará bien –Andrew le dijo mientras la levantaba en brazos con delicadeza y seguidamente la tumbaba sobre una manta que Cate había colocado en el arcén–. Somo médicos. Le sacaremos al bebé.

–Andrew –a Cate le tembló la voz–. Creo que se refiere a su otro hijo. Hay uno niño de unos dos años atado en su sillita en el asiento de atrás.

–Y el coche podría estallar en cualquier momento –dijo en tono tenso–. De acuerdo, intentaré echar hacia delante el asiento del conductor y sacaremos al niño por allí. Tendrás que hacerlo tú, Cate, que eres más menuda.

Cate había logrado calmarse un poco y de ese modo podía pensar con prontitud y actuar de manera práctica.

–Lo haré enseguida –dijo y así fue.

El niño parecía ileso, pero Cate supuso que estaba muy asustado.

–Vamos, cariño –dijo mientras soltaba los cinturones y lo levantaba del asiento.

El niño le echó los brazos al cuello y Cate salió despacio del vehículo.

–Bien hecho –dijo Andrew con gravedad mientras le tomaba al niño y lo envolvía en otra de las mantas–. Vamos a ponerte aquí –dijo– donde pueda verte tu madre.

–¿Cómo está el conductor?

Cate empezó a sacar el botiquín de primeros auxilios.

–Aún está inconsciente –Andrew sacó una linterna de la bolsa de emergencia–. No tiene nada roto.

–¿Hace cuánto tiempo que has traído al mundo a un niño? –le preguntó Cate.

La mujer estaba levantando las rodillas como si tuviera ganas de empujar.

–No tanto como tú puedas creer, doctora Clifford –dijo Andrew en tono ligero–. Y te digo que este bebé no va a esperar a la ambulancia.

La mujer les dijo que se llamaba Anna Ross.

–Íbamos de camino al hospital. ¿Cómo... está mi esposo? ¿Han dicho ustedes que son médicos?

–Sí, somos médicos –Cate desvió la linterna para ver cuánto había dilatado la paciente–. Soy Cate y este es Andrew. Su marido está inconsciente, pero no parece tener nada roto.

–La cabeza está coronando ya –dijo Andrew–. Puedes empezar a empujar, Anna. Pero con suavidad, ¿vale?

Los vehículos de emergencia llegaron enseguida.

–A buenas horas –gruñó Andrew–. Ahora que ya hemos hecho lo más duro.

Cate sonrió. En realidad tan solo habían pasado unos minutos, pero Cate entendía a Andrew perfectamente. Parecía como si hubiera pasado mucho rato desde que habían sacado a la mujer y a su pequeño del coche. Oía cómo Andrew alentaba en voz baja a la madre y se dio cuenta de que estaba viendo una nueva faceta en Andrew.

–Gasas estériles, Cate –le ordenó–. ¿Podrías abrir el paquete, por favor? Y después ayudar a Anna a ponerse en posición.

Cate actuó con rapidez.

El bebé, un niño, nació a la luz de la linterna unos minutos después.

–Es una preciosidad –dijo Andrew con embeleso mientras cortaba el cordón umbilical y se lo pasaba a la madre.

–Ahora nos encargaremos nosotros, doctor.

–Son todos suyos –Andrew le tomó la mano a Cate y se apartaron mientras los enfermeros se arrodillaban junto a la madre y al bebé y se preparaban para montarla en la camilla.

–¿Dónde tenías que dar a luz al bebé, Anna? –Cate levantó en brazos al niño mayor.

–En Santa Ana –Ana esbozó una trémula sonrisa. Gracias a los dos... Muchas gracias. ¿Está Keith... ? –miró con preocupación hacia donde estaba tumbado su esposo.

–Ahora mismo iba a echarle un vistazo –Andrew acarició la regordeta mejilla del bebé–. ¿Estoy seguro de que está bien.

–¿De verdad? –Cate le preguntó en voz baja mientras le pasaba a Andrew su maletín.

–Más o menos –Andrew lo examinó a fondo–. Las pupilas reaccionan –dijo–. De momento, es una buena señal. ¿Señor Ross, puede oírme?

Él hombre gimió y pestañeó levemente.

–Su familia está bien.

De pronto Keith Ross abrió los ojos del todo.

–El bebé... –exclamó angustiado.

–Acaba de tener un hijo –Andrew le estaba tomando el pulso.

–¿Recuerda el accidente, Keith? –Cate le subió la manta para taparlo mejor.

–Sí... Iba demasiado deprisa. Se me atascó el freno. Maldita sea...

–¿Este es para nosotros, doctor? –preguntó uno de los enfermeros.

–Por favor.

–¿Podrían llevar al señor Ross al mismo hospital que a su esposa, por favor? –les pidió Cate.

–No creo que haya problema, doctora. Qué suerte que estuvieran cerca para atenderlos.

A los pocos minutos, la familia Ross iba de camino al hospital. La policía estaba tomando medidas para elaborar el informe del accidente y los bomberos se aseguraron de que el coche estaba listo para ser remolcado.

En silencio, puesto que ambos estaban preocupados, Cate y Andrew metieron sus cosas en el maletero del Audi.

–No se te olvide esto –Cate le pasó el extintor–. Espero que haya abuelos o alguien que pueda cuidar del niño hasta que sus padres salgan del hospital –dijo.

–En Santa Ana se ocuparán de arreglar eso –Andrew guardó el extintor en un rincón del maletero–. Pero sea como sea, estoy seguro de que mañana o pasado querrás enterarte de cómo están. O no serías la Cate que yo conozco –le echó el brazo por los hombros.

Cuando se disponía a abrirle la puerta, Andrew se volvió y la abrazó por la cintura con ternura.

–¿Bueno, sigue en pie nuestro plan para esta noche? –le preguntó con voz ronca.

–Eso espero –Cate le echó los brazos al cuello–. ¿Pero podrías dejarme primero en casa? Necesito darme una ducha y cambiarme después de todo esto.

–Hecho. Aún tenemos que comprar el vino.

Cate llamó al timbre de la casa de Andrew. Tenía los nervios a flor de piel.

Y era normal que estuviera nerviosa. Ella no tenía mucha experiencia con los hombres. ¿Y si lo hacía mal y él se desanimaba?

–Hola –él abrió la puerta y al verlo todas sus dudas se disolvieron como el humo.

Era Andrew, el hombre que amaba, grandote, vestido con unos vaqueros desteñidos y una camiseta blanca. A diferencia de ella, él parecía totalmente relajado.

–No habré llegado demasiado temprano, ¿verdad?

Cate sintió el calor de su mano sobre su cintura cuando él la invitó a pasar. Olía a jabón y aún tenía el pelo húmedo de la ducha.

–En absoluto. Incluso he empezado ya a preparar la cena.

–¿Vamos a tomar el famoso *risotto*?

–Eso es. ¿Quieres un vaso de vino?

–Por favor. Ay... –se mordió el labio–. No he traído nada para la comida.

–Cate... –la regañó con suavidad–. No tenías que traer nada. Yo te invité, ¿recuerdas?

Mientras él iba a servirle una copa de vino, ella miró a su alrededor. ¿Estaría buscando pruebas de la presencia de Lyn Scali en el apartamento de Andrew? ¿Y si encontraba alguna, qué haría?

Andrew llegó con la copa de vino y Cate lo probó.

–La planta parece estar bien –observó Cate y él sonrió.

Cate arrugó la nariz y fue a sentarse en uno de los taburetes. Observó sus ágiles movimientos, la seguridad con que se afanaba en la cocina.

El vino empezó a hacerle efecto y Cate sintió un agradable calor. Automáticamente se fijó en Andrew, en el hombre que tenía delante. Cerró los ojos y dejó volar la imaginación, absorbiendo su esencia.

Flexionó los dedos inconscientemente, como si ellos tuvieran vida propia y su misión fuera la de quitarle la camiseta despacio y acariciarle la espalda musculosa.

Dio otro sorbo de vino y pensó que probablemente no había vuelto a cortarse el pelo desde que había salido del ejército. Le había crecido el cabello que ya le llegaba hasta la base del cuello.

–Y ahora un poco de caldo de pollo... –Andrew se dijo a sí mismo mientras abría uno de los armarios de la cocina.

–Lo tienes delante –le dijo Cate con una sonrisa.

–Sabelotodo –volvió la cabeza y él también sonrió.

–¿Y ahora qué? –le preguntó Andrew mientras abría el cartón de caldo de pollo y lo echaba sobre el arroz.

–Tengo que añadir esto hasta que el arroz adquiera la consistencia adecuada. Llevará al menos quince minutos –le echó una mirada–. Espero que no estés muerta de hambre, doctora.

–Pues la verdad es que lo estoy –dijo Cate, muy relajada ya gracias al vino–. Solo he comido un sándwich a la hora del almuerzo.

Andrew chasqueó la lengua y le dirigió una mirada de advertencia.

–Ten cuidado entonces con el vino, se te subirá a la cabeza.

Ella se echó a reír.

–Creo que ya se me ha subido. ¿Quieres que ponga la mesa?

–Ah… –parecía confuso–. Eso puede ser un poco difícil.

Cate sacudió la cabeza con resignación.

–Aún no tienes mesa, ¿verdad? –se bajó del taburete–. Entonces supongo que podríamos hacer una cena campestre.

Al entrar había visto unos grandes cojines en el suelo del salón, y también un baúl de madera que podría hacer las veces de mesa.

–Me parece buena idea –empezó a freír ajo y cebolla en otra sartén–. Hay una caja llena de cosas que me dio Ellie en aquel rincón. Tal vez encuentres algo útil.

Cate volteó los ojos, preguntándose a qué le llamaría él 'útil', pero al final encontró unas velas blancas que encendió y colocó una a cada extremo del baúl. La suave luz daba al cuarto un ambiente romántico, decidió mientras colocaba los cojines.

Miró su colección de discos compactos, seleccionó uno de música ambiental y lo preparó.

Andrew no había perdido ripio de sus pequeñas preparaciones. Algo molesto, echó una pocas espinacas en la sartén. ¿Por qué no se lo decía y al cuerno con las consecuencias?

–Qué rico estaba todo.

Andrew la miró con indulgencia mientras ella se metía en la boca la última cucharada.

–Bueno, adelante –insistió–. ¿No me vas a pedir la receta?

–Había pensado que serías un caballero y me la dirías sin necesidad de pedírtela yo.

–Voy a poner más música –se puso de pie y fue hacia el equipo.

En pocos segundos se vieron envueltos por los mágicos sonidos de las flautas irlandesas, que los sumieron en un mundo maravilloso en el que solo existían ellos dos.

Acurrucada contra el fornido cuerpo de Andrew, Cate perdió cuenta del tiempo, deseando solo que pudieran quedarse así para siempre.

Las velas casi se habían consumido cuando por fin ellos se movieron.

–Vamos –Cate le dio un leve codazo–. Freguemos los platos antes de que se quede la comida pegada.

–La siempre práctica de Cate –Andrew le dio un beso en la sien–. No hables de lavavajillas –le advirtió.

Mientras recogía los platos, Cate le dirigió una mirada afligida.

–¿Yo? ¡Qué cosas tienes! –se burló.

Él se echó a reír y la miró mientras ella salía de la habitación. Dios mío, cómo le gustaba tenerla allí. Esperó un minuto y entonces se levantó de los cojines y la siguió a la cocina. Al llegar, vio que había llenado la pila de agua jabonosa.

Cate volvió la cabeza y le echó una mirada.

–Dentro de nada estará el café.

–Bien –la abrazó por la espalda.

Medio volviéndose, Cate le dijo tímidamente:

–Es agradable tener a alguien que te prepare la cena.

–Cuando quieras, Cate.

–¡Andrew! –gritó riendo mientras él le daba besos en el cuello–. ¿Me vas a ayudar o no?

–No –le dio la vuelta–. Deja que se queden en remojo. Los fregaré mañana –la miró con sus brillantes ojos azules–. Prefiero hacer esto...

Emitió un leve sonido cuando sus labios se encontraron con los de ella, deleitándose con los contornos musculosos de su espalda. A Cate la invadió una necesidad tan grande que le asustó tal intensidad.

–Quiero hacer el amor contigo...

Cate emitió un gemido entrecortado al sentir su avidez mientras Andrew le desabrochaba los botones de la camisa y se agachaba a besarle entre los pechos. Le abrió la camisa y empezó a lamerle todo el cuerpo.

Cate se sintió llena de fuerza y lo deseó más de lo que había deseado nada ni a nadie en su vida. Él no le había dicho que la amara. No le había ofrecido ningún futuro juntos. Pero eso no era nada comparado con lo que podría compartir con él en ese momento.

–¿Cate? –pronunció su nombre con un tono aterciopelado que le hizo estremecer.

–Sí –suspiró ella, sintiendo ya la impronta de Andrew en todo su ser.

A la puerta de su dormitorio vaciló, miró a su alrededor despacio y vio el cuarto suavemente iluminado por una lámpara que había en la mesilla de noche.

–¿Cate? ¿Qué pasa?

Le habló con una voz ronca y sugerente que le llegó hasta el

corazón, y Cate tragó saliva, llena de nervios. Se volvió hacia él, aún agarrada a la suave tela de su camiseta.

–¿Andrew... ? ¿Y si... ?

–No –la levantó en brazos y la depositó sobre la cama–. Nada de remordimientos. Esta noche no. Esta noche es nuestra. Tuya y mía –se inclinó y le besó en los labios de nuevo–. Será algo especial entre nosotros, Cate –se quitó la camiseta y la tiró a un lado.

Cate lo imitó, se desabrochó el último de los botones de su camisa y se quitó los vaqueros.

Andrew la observaba ensimismado.

–Las mujeres se desvisten con mucha más gracia que los hombres.

–No me he fijado.

–Eres preciosa, Cate.

Ella se sonrojó.

–Qué vas a decir.

–Con una diferencia, cariño –la levantó y la colocó en el centro de la cama con sumo cuidado–. Que yo lo digo en serio.

Hipnotizada, Cate lo observó mientras se quitaba el resto de la ropa y después se acercaba a tumbarse junto a ella. Tenía un cuerpo macizo, cálido.

Por la ventana entreabierta entraba el aroma embriagador de los alhelíes y los jazmines. Primavera, pensó Cate. El nacimiento de la vida. Suspiró levemente y pronunció su nombre mientras se volvía hacia él.

–Cate...

Cuando él la tocó ella empezó a temblar, llena de amor por él. Y Andrew la acarició con dulzura, con habilidad, llevándola en un viaje de despertares, de búsquedas, dibujando el contorno de su rostro, de sus pechos, la curvatura de su espalda. El fuego la quemaba ya por dentro cuando Andrew sustituyó la boca por las manos.

–Déjame –le susurró Cate emocionada, deseando descubrir su cuerpo.

Le oyó gemir de placer y al momento estaban perdidos cada uno en la textura y el sabor del otro, moviéndose al unísono, siguiendo un ritmo perfecto.

Cuando alcanzaron el clímax, Cate pensó que se había caído de la cresta de una ola gigante; fue una sensación distinta a cualquier cosa que hubiera experimentado jamás.

Cuando el corazón volvió a latirle más pausadamente, vio que Andrew estaba a su lado, con la mano puesta sobre sus temblorosas costillas.

–Vaya, vaya –murmuró–. ¿Qué es lo que sabes?

–Algo más de lo que sabía ayer. Oh, Andrew... –se volvió y apoyó la cara en el hombro de su amor.

–Te lo dije, ¿verdad? –le dijo en tono suave y sugerente, y entonces le besó el hombro, el cuello, y extendió su cabello sobre la almohada, como si fueran hilos de plata.

Cate notó que debía de haberse dormido, porque se despertó de pronto y encontró a Andrew sentado en el borde de la cama. Estaba totalmente vestido.

–Ah, hola –se sentó con dificultad y agarró la sábana para cubrirse–. ¿Qué hora es?

–Tarde. O temprano –le acarició la mejilla–. Depende de cómo se mire. ¿Podrías vestirte?

Cate pestañeó. ¿La estaba echando de su cama? Desde luego eso parecía.

–Yo... Supongo que sí.

Él asintió y se puso de pie.

Ella consiguió sonreír.

–¿Te preocupa tu reputación, doctor?

–En absoluto –la miró sin comprender.

Cuando volvieron al apartamento de Cate, ella abrió la puerta y se quedó allí de pie. Tenía tantas cosas que preguntarle.

–¿Te veré mañana? –le preguntó.

–No, lo siento –levantó la mano y se frotó la parte de atrás del cuello–. Los Cameron me han invitado a pasar el día con ellos en su yate.

–Caramba –Cate hizo una mueca–. ¿Qué es? ¿Quiere darte las gracias por salvarle la vida?

Andrew fingió estremecerse.

–¡Que Dios me perdone!

Cate sonrió.

–Parece ser que mañana va a hacer un tiempo maravilloso. Y la Bahía de Moreton es un auténtico paraíso para salir a navegar...

–Cate –dio un paso adelante y la abrazó–. Deja de hablar. Ojalá pudiera llevarte conmigo, pero...

–Andrew –le puso el dedo sobre los labios–. Lo entiendo.

Tan solo deseaba poder entender por qué no había querido pasar la noche con ella.

Mucho tiempo después de marcharse él, Cate seguía preguntándose lo mismo.

Capítulo 11

ANDREW se sintió mal.

Había tenido la intención de hablar con Cate antes. Al menos telefonearla. Pero cada vez que se decidía a hacerlo acababa echándose atrás. ¿Cómo solucionaba uno lo que no tenía solución?

Cate debía de pensar que era un cretino insensible, se decía Andrew mientras se pasaba la mano por el mentón. Debería haber dejado las cosas como estaban antes.

¡Pero claro, tenía que tenerlo todo!

Llegado el jueves, Cate estaba ya volviéndose loca.

No podía creer que no hubiera hecho esfuerzo alguno para verla fuera del centro, pero Andrew no le había hecho ninguna invitación. Nada que reforzara el hecho de que, físicamente, habían estado lo más cerca posible que pueden estar dos personas. ¡Por amor de Dios, se habían acostado juntos!

De camino a su despacho, Cate llegó a la clara conclusión de que Andrew la había estado utilizando.

Sin embargo, en el fondo de su corazón, se negaba a creérselo. El presentimiento era muy fuerte.

Con el corazón latiéndole con fuerza, llamó a su puerta y asomó la cabeza.

–Hola –dijo con voz entrecortada–. Chrissie me dijo que estabas libre en este momento.

–Cate... –Andrew se levantó rápidamente, se acercó a ella y le tomó ambas manos–. Ahora mismo iba a verte.

–¿De verdad? –no le creía del todo, pero cuánto deseaba hacerlo–. Tengo noticias sobre Madeleine y Tania –dijo apresuradamente.

–¿Y bien?

–Todo fue bien.

–Eso es estupendo –Andrew le apretó las manos–. Bien hecho, Cate.

Ella se echó a reír.

–Bien hecho los dos, creo. Tania y su marido van a ayudar a Madeleine a que se mude al Hogar Jazmín y todo eso.

Andrew entrecerró los ojos y la condujo hasta una silla.

–¿Y tú estás contenta?

–Totalmente –Cate le quitó importancia a su preocupación–. Es la mejor solución para Madeleine. Es bueno que tenga a su familia a su alrededor, aunque solo sea su nieta; es mucho mejor que no tener a nadie –se encogió de hombros–. Y yo seguiré siendo su médico de cabecera cuando se traslade al hogar.

Andrew parecía pensativo; se apoyó sobre el borde de la mesa, junto a ella.

–¿Y la familia Ross? ¿Sabes algo de ellos?

–Mmm. Todos han vuelto a casa ya. Ah, y me he enterado de otra cosa.

Él arqueó las cejas.

–¿Me la vas a decir?

–Le han puesto Andrew al bebé.

–Pobre niño –se rió avergonzado, pero Cate se dio cuenta de que el detalle le complacía.

–¿Vas a hacer algo esta noche? –le preguntó Cate antes de que la abandonara el ánimo.

–Esto... no. No lo creo –Andrew se puso derecho–. ¿Te gustaría salir a cenar, quizá?

–No, yo te invito a cenar. Hace tan buen tiempo ahora de noche que pensé que estaría bien preparar unos filetes en la barbacoa.

–¿Los mismo que nunca nos comimos?

–Por favor –Cate sonrió–. Esos cayeron hace días ya. No, le he comprado unas chuletas estupendas a Trevor.

–¿Quién es Trevor?

Andrew quiso continuar un poco la absurda conversación para que se quedara con él un poco más.

Ella ladeó la cabeza.

–Trevor James, mi paciente el carnicero.

–¡Ah! –Andrew chasqueó los dedos–. Ya sé quién es. Recuerdo que hablamos de sus radiografías.

Hacía ya tanto tiempo. Cate se levantó de la silla.

–Te veo sobre las siete, entonces.

–Cate... –Andrew suspiró con fuerza–. No puedo olvidar lo bien que estuvimos juntos. Lo bien que me sentí.

Tan bien que no había hecho ningún esfuerzo para demostrárselo, ni siquiera acercarse a ella, durante toda una semana. Abrió la boca y volvió a cerrarla. No pudo decir nada al ver

la vulnerabilidad en su rostro.

Oh, Andrew.

Se volvió hacia la puerta antes de que él pudiera decir o hacer algo que la cautivara todavía más.

En cuanto llegó a casa, Cate salió al patio. Tenía una barbacoa que le llevó un rato preparar para poder cocinar en ella. Colocó los trozos de carbón especial bajo la rejilla y los encendió.

La emoción se apoderó de ella mientras subía las escaleras. Se duchó y lavó la cabeza, y se la secó con el secador hasta que sintió los suaves y rizados mechones cayéndole por los hombros.

¿Qué ponerse? Aspiró hondo y decidió darse un gusto.

Su ropa interior no era demasiado seductora, pero tenía un conjunto nuevo de algodón blanco con pequeñas florecitas rosas.

Se visitó con una falda roja que tenía una raja en el lateral y una blusa de seda sin mangas del mismo color que la falda. Se pintó los labios de un color mate y respiró hondo para intentar calmarse un poco.

–Estás preciosa, para comerte –Andrew comentó cuando ella le abrió la puerta.

Cate se echó a reír.

–Pues acabo de poner las chuletas.

–Ah, estupendo –la siguió hasta la cocina–. Tengo un hambre de lobo.

–Maldición –Cate chasqueó la lengua–. Debería haberme pasado por la bodega a comprar algo.

–Estás un poco despistada hoy, ¿verdad doctora? –levantó una mano y le acarició el cabello–. He traído un poco de cerveza.

Cate soltó una carcajada nerviosa.

–Menos mal. Los vasos están en ese armario. Voy a preparar una ensalada verde.

Mucho después de terminar de comer, Andrew y Cate siguieron sentados en el pequeño jardín trasero. Cate se dio cuenta de que habían hablado de todo menos del tema que les ocupaba la mente.

¿Se iría a marchar?, se preguntó Cate mientras metía los cacharros en el lavavajillas con lentitud. ¿O acaso solicitaría quedarse en el centro?

No tendría que esperar mucho para enterarse.

–Bueno, ya está todo –entró del jardín y cerró la puerta

corredera.

–Gracias –Cate puso el lavaplatos.

–Cate... –Andrew la abrazó por detrás y le habló con voz sugerente–. ¿Has cambiado de opinión en cuanto a nosotros?

Lo ideal sería que le dijera que se sentía confusa, que no sabía qué había entre ellos. Pero eso sería ponerle entre la espada y la pared. Él no le había prometido nada.

–No... –la voz le tembló–. Nada ha cambiado, Andrew.

Se volvió y él la abrazó con fuerza. Sin decir más subieron a su cuarto.

Hicieron el amor apasionadamente. Cate lo deseó con desesperación y se mostró mucho más audaz de lo que se habría creído posible.

Cuando el tumulto en su interior se había sosegado, Andrew la levantó en brazos y la cubrió de dulces besos que a Cate le expresaron mucho más que las palabras.

Cate se quedó dormida entre sus brazos.

El grito de Andrew la despertó; un grito estridente que rebotó contra las paredes de la habitación.

Cate se sentó en la cama. Encendió la lámpara de la mesita de noche con el corazón desbocado. Andrew estaba tumbado a su lado, medio dormido medio despierto, atrapado en medio de una horrible pesadilla.

Sus ahogados ruegos de desesperación le partieron a Cate el corazón.

–Andrew –le urgió en voz baja–. Calla... No pasa nada, no pasa nada...

Su gemido se convirtió en un suspiro tembloroso.

–Todo va bien, cariño –Cate se inclinó sobre él y le acunó la cabeza mientras seguía murmurando palabras tranquilizadoras.

Finalmente, se quedó quieto y ella sintió que se había despertado. Pasó un buen rato hasta que se movió. Abrió los ojos y la miró.

–Oh, maldita sea, Cate –sacudió la cabeza y cerró los ojos con fuerza, como si le doliera–. Vaya héroe que estoy hecho, ¿verdad? –dijo con amargura.

Cate lo abrazó y entonces todas las piezas del rompecabezas encajaron a la perfección. El hombre que amaba sufría un trastorno

de estrés post traumático.

Sabría Dios cuándo había dormido bien por última vez. Estaba claro que había tratado por todos los medios de ocultarlo, incluso yendo hasta el extremo de echarla fuera la última noche.

–Pobre mío –murmuró mientras le daba un masaje en el cuello y en los hombros.

Mucho rato después, Cate sintió que Andrew empezaba a relajarse.

–Ya es casi de día –le dijo al oído–. ¿Por qué no te das una ducha y yo preparo un té? Después podemos hablar.

–Siempre queriendo arreglarlo todo, ¿verdad, Cate? –dijo en tono seco–. Hablar no servirá de nada.

–¡Por amor de Dios, Andrew! –saltó de la cama y se puso la bata–. Hablar con las personas adecuadas te ayudará. ¿Has hecho alguna terapia desde que saliste del ejército?

Su silencio le dijo todo lo que necesitaba saber.

–Voy a utilizar el cuarto de baño grande –dijo y sacó una muda limpia de un cajón–. Utiliza el que hay aquí en el dormitorio. Te veré en la cocina dentro de diez minutos.

Capítulo 12

CATE soltó un suspiro entrecortado.

¿Habría abordado el tema con demasiada brusquedad? Probablemente. Pero también era cierto que la mayoría de los médicos no se cuidaban adecuadamente cuando se trataba de ellos mismos.

Se asomó por la ventana de la cocina y vio el rosado brillo del amanecer en el cielo. Se volvió cuando oyó entrar a Andrew. Se había duchado y vestido.

–Hola –le sonrió comedidamente.

–Hola –suspiró largamente–. Siento haberte hablado así antes.

Cate se encogió de hombros. Andrew retiró una silla y se sentó a la mesa de pino. Ella terminó de preparar el té y colocó la tetera azul en la mesa, recordando lo que su madre siempre solía decirle: que muchos problemas se resolvían con una taza de té y una buena charla.

–¿Te apetece que te prepare unas tostadas? –le preguntó.

–No, gracias. Solo quiero un té.

Se quedaron allí sentados unos minutos sin decir nada. Cate sintió una tremenda incertidumbre apoderándose de ella. Justo cuando había decidido iniciar la conversación, Andrew empezó a hablar.

–Esto… No sé por dónde empezar –dijo con la vista fija en la mesa.

–Tal vez podrías empezar contestando a la pregunta que te he hecho antes –dijo en tono suave–. ¿Has hecho algún tipo de terapia desde que abandonaste el ejército?

Él negó con la cabeza.

–Pensé que podría arreglármelas solo. Esta claro que no he sido capaz.

Bueno, al menos estaba reconociendo que necesitaba ayuda. Cate cruzó los dedos. Aquello era un buen comienzo.

–¿Quieres que te envíe a un especialista? –le preguntó.

–No, pero gracias de todos modos. Hay caminos que puedo seguir y que seguiré. Sé lo que debo hacer, lo que debería haber

hecho hace semanas.

Dio un sorbo de té y dejó la taza sobre la mesa.

–El llanto de los niños fue lo peor –como si se hubiera abierto una puerta, Andrew empezó a hablar–. Ahora que ha pasado el tiempo me doy cuenta de que eso fue lo que más me afectó –se frotó los ojos, como si quisiera borrar de su mente aquellas imágenes–. Se mostraban tan austeros, Cate. Como si fueran sabios ancianos. Había una niña de nueve años cuyos padres habían fallecido en el maremoto. Ella se había hecho cargo de sus dos hermanos pequeños. Y había tantos niños que se quedaron sin algún miembro. Y gente que llegaba al hospital militar con tan solo trozos de cartón soportándoles los huesos... si acaso.

–Andrew –Cate inclinó la cabeza y lo miró–. Tal vez suene mal, pero tú no pudiste hacer más de lo que hiciste. Nadie podría hacer más que eso. Por la tele vi que fue una enorme tragedia. Pero para los que estuvisteis allí, no puedo ni empezar a imaginar cómo fue, cómo fuisteis capaces de soportarlo día tras día.

–Perdí mi objetividad profesional –dijo rotundamente.

–¿Y cómo no perderla? –se apartó de él y lo miró a los ojos.

Tras varios minutos él extendió el brazo y le tomó la mano.

–Te quiero, Cate –sonrió con vulnerabilidad–. Al menos de eso estoy seguro.

–Oh, Andrew... –Cate sintió que le quitaba un enorme peso de encima y sintió ganas de llorar–. Yo también te quiero. Desde hace ya tiempo.

Entonces él se movió, tiró de ella y la levantó en brazos.

–¿Cuándo te diste cuenta de que me querías? –le preguntó con timidez.

Él apoyó la frente contra la de ella.

–El día que me trajiste esa planta. Cuando saliste de mi apartamento, de pronto me di cuenta de todo –Andrew empezó a besarla de nuevo–. Descubrí que estaba enamorado de ti, Cate Clifford. Que te necesitaba en mi vida –torció el gesto con pesar–. Pero hice lo posible para no dejar que nada ocurriera. Después de todo, ello desbarataba totalmente mis planes, ¿no?

–Nada de compromisos –hizo una leve mueca–. Las personas cambian de parecer continuamente, Andrew. Y ya es hora de que te establezcas en un lugar. Mientras que lo hagas conmigo –dijo con énfasis mientras lo abrazaba con fuerza–. ¿Andrew? –le preguntó pasado un momento.

–¿Mmm? –se apartó y la miró.

Cate hizo un mohín y le deslizó las manos por el pecho.

–¿Has visto mucho a Lyn Scali?

Él la miró confuso.

–¿De dónde has sacado eso?

–Yo... Bueno, solo me lo preguntaba. Le oí decir a alguien que salisteis juntos de casa de los Maguire.

–¿Ah, sí? –frunció el ceño–. Ah, sí. Ahora me acuerdo. Lyn no se había llevado el coche. Tenía turno de noche en el hospital. Yo la llevé –chasqueó la lengua–. Pensabas que nos habíamos ido juntos, ¿no?

–Bueno, eso parecía –dijo Cate algo molesta–. Y Claire parecía querer juntaros.

Él se echó a reír.

–Lyn me lo dijo. Pero Claire está perdiendo el tiempo. Lyn tiene un novio en los Estados Unidos, un tipo relacionado con una de las agencias de salud. Va a pasar el Año Nuevo allí con él. Oh, Catie... –le levantó la cabeza y sus miradas se encontraron, llenas de amor–. Cásate conmigo –dijo con expresión seria.

–Sí –contestó ella sin más–. Cuando nos convenga a los dos –lo miró tiernamente y le acarició la mejilla–. Mientras tanto, podrías venirte a vivir conmigo, ¿no crees?

–Aún no –la abrazó con fuerza–. Primero necesito arreglar este problema que tengo.

–Eso no te llevará mucho tiempo –dijo confiada, y él la abrazó tan fuerte que casi la asfixió.

–Me encanta tu casa, Cate.

Ella sintió la felicidad que él sentía.

–Aquí uno se siente como en un verdadero hogar, ¿verdad?

–Oh, desde luego –dijo con mirada divertida–. Y también por otra razón muy importante. Ya está toda decorada.

–Pero ahora que llega el verano... –Cate se echó a reír con suavidad y se puso de puntillas–. Tal vez podamos arreglar la...

Andrew no esperó a averiguar lo que estaba a punto de decir. En lugar de eso, se inclinó hacia delante y la silenció con un beso tierno y apasionado.